























































Os pido a todos que respetéis el silencio, justamente para ayudarnos a estar del lado de Jesús. No lo demos por descontado. Si no nos ayudamos a que el silencio sea pleno y no algo mecánico, lleno de tensión por reconocer Su presencia, si no nos ejercitamos en hacer silencio, estos no serán para nosotros unos «*ejercicios*» espirituales. También el silencio tiene que nacer de la carne para que llegue a ser mío.

Este año hemos pensado dedicar una parte del silencio que pedimos al entrar en los salones para retomar algunos cantos de nuestra historia. Esta propuesta que os hacemos nace del deseo de no dar por descontado el don que es cantar juntos. Deseamos que cada uno de nosotros –y por tanto nuestras comunidades– pueda descubrir nuevamente el gusto, la belleza y la fuerza educativa de cantar juntos.

# SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 5,34-42; Sal 26; Jn 6,1-15*

## HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

«Se retiró otra vez a la montaña él solo» (Jn 6,15). ¿Qué es este retirarse? ¿Es una huida de la realidad? ¿Es un esconderse humilde? Jesús acaba de realizar el más clamoroso de sus milagros saciando el hambre de miles de personas. Solo la resurrección de Lázaro superará este signo por su excepcionalidad, por su evidencia inequívoca del poder divino de aquel Hombre. Pero en ese momento, cuando está solo en el monte, a Cristo le importa sobre todo la libertad de los suyos, que ha sido puesta a prueba ese día delante de esa multitud inmensa. Sabe que al día siguiente habrá una prueba todavía mayor, cuando diga en la sinagoga: «No os daré de comer un pan que perece, sino mi cuerpo, mi sangre» (cf. Jn 6,51ss). Y todos aquellos que le buscan ahora entusiasmados para hacerle rey porque cuenta con un consenso social, incluso político, se marcharán escandalizados. «¿También vosotros queréis marcharos?», preguntará a los suyos. Pedro responderá: «No. ¿A quién vamos a acudir? Solo tú tienes palabras que dan sentido a la vida». Y Jesús le dirá: «Esto no te lo ha revelado tu humanidad, sino el Padre».

Aquí empezamos a ver el sentido profundo de ese «retirarse solo». En la última cena, en el último discurso a los suyos, dirá: «Yo no estoy solo» (Jn 16,32). Para Él, «solo» quiere decir estar siempre con el Padre; quiere decir reconocer la relación continua con el Padre como raíz y consistencia de su humanidad. Y de este modo, la libertad de Cristo, la obediencia de Jesús al Padre, penetra en la libertad de los suyos, en la libertad de Pedro, que le dirá con lealtad: «Solo Tú eres el sentido total de mi vida» (cf. Jn 6,68). Es la libertad de Cristo, la pasión de Cristo por cada uno de nosotros, de la que nos ha hablado Carrón esta noche en la introducción a través de una pregunta: ¿cuál es el sentimiento dominante ahora en mi vida? ¿Cuál es el amor más querido ahora, en este momento? Los apóstoles se dejaron ganar, aferrar, llevar dentro de ese amor de Cristo por el Padre y, en Él, por el destino del hombre.

Pidamos a Su madre, María, que nos dejemos aferrar por Él de nuevo, profunda y totalmente, uno a uno, cada uno de nosotros.

# *Sábado 29 abril, por la mañana*

*A la entrada y a la salida:*

*Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 7 en la mayor, op. 92*

*Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker*

*“Spirto Gentil” n. 3, Deutsche Grammophon*

**Don Pino.** Si estoy presente, si soy consciente, sé que estoy aquí para llegar a ser yo mismo y que este día puede ayudarme a ello. Pero soy un cántaro vacío, un cántaro vacío que se acerca a la fuente. Responde Tú a mi grito.

*Ángelus*

*Laudes*

## ■ PRIMERA MEDITACIÓN

**Julián Carrón**

### *«Bienaventurados los pobres en el espíritu»*

Me gustaría partir de la carta que el papa Francisco nos ha enviado para agradecer nos las colectas realizadas durante las peregrinaciones con ocasión del Jubileo de la Misericordia. Como todos hemos leído, el Papa ha aprovechado esta ocasión para ofrecernos algunas sugerencias para nuestro camino en el momento presente de la Iglesia y del mundo. Ciertamente, no podemos dejar pasar una carta que nos escribe el Santo Padre sin tratar de comprender todo su alcance. Por ello, aprovecharemos el gesto más importante de nuestro movimiento, los Ejercicios de la Fraternidad, para seguir profundizando en su contenido.

El Papa tiene interés en que sepamos por qué motivo ha sido un consuelo para su corazón el hecho de que «muchas personas han emprendido el camino de la misericordia con el espíritu de compartir con los necesitados»<sup>45</sup>, es decir, que en el Año santo no nos hemos olvidado de las personas necesitadas.

El agradecimiento por nuestra experiencia de compartición le ha ofrecido la ocasión para recordarnos que «los pobres nos recuerdan lo esencial

<sup>45</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

de la vida cristiana»<sup>46</sup>. La radicalidad de este reclamo se deduce de la cita de san Agustín que aparece en la carta: «A algunos les resulta más fácil repartir todos sus bienes a los pobres que convertirse ellos mismos en pobres de Dios». El sentido de esta frase lo explica el mismo san Agustín, que habla de aquellos que son «ricos de sí mismos, no pobres de Dios; llenos de sí, no necesitados de Dios»<sup>47</sup> y cita a san Pablo: «Si repartiera todos mis bienes a los necesitados y si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría»<sup>48</sup>.

En sintonía con estos pensamientos, el Papa nos indica a qué quiere reclamarnos: «Esta pobreza es necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él»<sup>49</sup>.

Por tanto, nuestra pobreza es tan profunda que es necesidad de Él, necesidad de Dios. El pobre es, todo él, espera, como nos recuerda don Giusani: «Decidme si esto no es en verdad la descripción del pobre, pobre, pobre, del pobre que va por la calle: espera que alguien le dé lo que le permita vivir el momento siguiente, lo que le permita seguir el camino; su persona consiste por completo en esa espera, pero no tiene ninguna pretensión, porque no tiene nada sobre lo que apoyar esa pretensión; por tanto, toda su consistencia está por entero en el instante»<sup>50</sup>.

Entonces, el primer paso de nuestro trabajo de estos días, siguiendo al papa Francisco, es descubrir nuevamente nuestra pobreza constitutiva, nuestra verdadera necesidad. Plantear el tema de la pobreza, dice también el Papa en la carta, «no es un programa liberal, sino un programa radical porque significa un retorno a las raíces»<sup>51</sup>.

Intentemos caer en la cuenta de esta pobreza.

## **1. La naturaleza de la necesidad del corazón**

La pobreza es el reconocimiento de la necesidad de la que está hecho nuestro corazón. «El pobre de espíritu es alguien que no tiene nada excepto algo para lo que está hecho y que a su vez le constituye, es decir, una aspiración sin fin [...]: una espera sin límite. No es una espera sin límite porque

---

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> San Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 71,3.

<sup>48</sup> 1 Cor 13,3-4.

<sup>49</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

<sup>50</sup> Encuentro de la casa, Gudo Gambaredo (MI), 23 marzo 1970. Transcripción de la grabación. Archivo Histórico de la Asociación Eclesial Memores Domini (ASAEMD), Grabaciones audiovisuales, OR.AUDIO/1458.

<sup>51</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

carezca de límite el cúmulo de cosas que espera; no, no espera nada, pero vive con una apertura sin límite –y no espera nada!–. Como dice una poesía de Clemente Rebora [...]: “No espero a nadie...”, y sin embargo está ahí, en tensión. [...] Esta es la originalidad del hombre<sup>52</sup>: ser espera. El hombre tiende por entero a algo distinto de él, algo más allá de todo límite, algo que no sabe definir.

Puede parecer una perogrullada, algo obvio, pero como veremos enseguida, pensar que es algo ya sabido puede llevarnos rápidamente al formalismo. El verdadero desafío que tenemos ante nosotros es cómo volver a descubrir siempre quiénes somos, cuál es la naturaleza de nuestro deseo, desde lo más íntimo de las circunstancias concretas que vivimos, para evitar sucumbir al formalismo y al moralismo. Don Giussani nos ha marcado el camino, y seguirlo depende de la apertura que tengamos: «Una definición», dice, «ha de formular una conquista ya conseguida; de lo contrario sería la imposición de un esquema»<sup>53</sup> o una repetición formal que se convierte en doctrina. Si esto es importante para todos, lo es en primer lugar para nosotros. Ahora. En el momento presente.

El corazón no es una premisa teórica sino existencial. Es decir, está en acción, pero debe salir a la luz para que podamos reconocer su naturaleza. Partir de la experiencia facilita el encuentro con todos en un momento en el que ya no existe una definición compartida sobre lo que es el hombre, como constatamos en las discusiones de cada día.

La naturaleza del corazón no es una definición ya sabida que podamos conformarnos con repetir –haciendo que se cristalice en una doctrina abstracta– y que no mueva ni un ápice nuestro yo. Muchos de nosotros nos sabemos el discurso correcto sobre el corazón, pero todos percibimos que no es suficiente con «saberlo» para que nuestro deseo se despierte constantemente. Aun conociendo la definición, podemos pasar días enteros vacíos, llenos de olvido, sin sentir «la necesidad de Él». Por otra parte, existencialmente, siempre está al acecho la posibilidad de vivir según una imagen reducida del corazón. Por ello, hemos de hacer un camino para poder descubrir, desde nuestra experiencia, la humanidad que hay en nosotros.

¿En qué consiste este camino? ¿A qué estamos llamados? «Primero de todo tenemos que abrirnos a nosotros mismos», nos recomienda Giussani, «es decir, darnos cuenta vivamente de nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tomar en consideración lo que verdaderamente somos. Considerar significa tomar en serio lo que

<sup>52</sup> L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 298.

<sup>53</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 75.

sentimos, *todo*; descubrir *todos* sus aspectos, buscar *todo* su significado»<sup>54</sup>. Esta simpatía por lo humano, por cada cosa que vibra dentro de nosotros, es tan crucial, tan «radical», que sin ella no se puede entender ninguna otra cosa.

Don Giussani nos testimonia cómo se dio cuenta, en su experiencia como joven seminarista, de aquella ausencia constitutiva que caracterizaba su humanidad, es decir, de la naturaleza de su corazón. Y se dio cuenta de ello partiendo de las circunstancias concretas que vivía. Os invito a identificaros con su experiencia: «Cuando estaba en tercero de secundaria, en el timbre de aquella voz percibí el estremecimiento por algo que le faltaba, no al canto bellísimo de la romanza de Donizetti, sino a mi vida: había algo que faltaba y que no podía encontrar apoyo, cumplimiento, respuesta, satisfacción en ninguna parte. Y sin embargo el corazón exige una respuesta, vive solo para ella». Es un punto capital que permite juzgar todo lo que sale a nuestro encuentro. Por eso Giussani subraya: «Si no se parte de esto, luego ya no se puede entender ninguna otra cosa»<sup>55</sup>. Cuando nos equivocamos, cuando nos confundimos, es porque no partimos de esta exigencia, y entonces todo se vuelve abstracto, lo único que queda son frases repetidas.

Don Giussani era bien consciente de que no es obvio partir de la experiencia, de lo que vivimos realmente. Por ello nos invita a prestar mucha atención: «Demasiado fácilmente no partimos de nuestra verdadera experiencia, es decir, de la experiencia completa y genuina. En efecto, a menudo identificamos la experiencia con impresiones parciales [...]. Y, más a menudo todavía, confundimos la experiencia con los prejuicios o con los esquemas quizá inconscientemente asimilados del ambiente que nos rodea». Como constatamos a menudo, la mentalidad que nos rodea, que penetra también en nosotros, «no considera nuestras auténticas necesidades, ni siquiera sabe en qué consisten»<sup>56</sup>.

¿Cómo podemos evitar quedarnos en impresiones parciales? Don Giussani nos ofrece el camino: «Observar la experiencia con mirada clara, y aceptar todo lo que exige lo humano». Si no es así, cuando nos damos cuenta de que no somos capaces de hacerlo terminamos oscilando «entre esta exasperada presunción» de resolver nuestras necesidades «y la más oscura desesperación»<sup>57</sup>.

---

<sup>54</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 60.

<sup>55</sup> L. Giussani, «*Quel che cerchi c'è*», en *Spirito Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidata da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2011, p. 12.

<sup>56</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 60.

<sup>57</sup> *Ibidem*.

Por tanto, la cuestión es descubrir las verdaderas necesidades que nos constituyen. Pero para poder hacer esto se necesita un compromiso con nuestra experiencia que implica el ejercicio de esa libertad de la que habla Péguy. De hecho, nuestras verdaderas necesidades salen a la luz en la experiencia («desde lo más íntimo de las circunstancias concretas que vivimos»<sup>58</sup>, como decía don Giussani): solo en la experiencia sale a la luz lo que de verdad desea nuestro corazón. Es decir, lo humano se ve provocado a salir fuera con todas sus exigencias en la relación con la realidad, frente a las cosas que suceden. Sin la provocación de la realidad cada uno podría interpretar a su antojo qué es lo que quiere el corazón, identificándolo con esta imagen o aquella –que nada más ponerse a prueba queda puntualmente desmentida–. En definitiva, es la experiencia la que nos muestra cuáles son nuestras auténticas necesidades. Y la experiencia, como siempre hemos dicho, no consiste en un mero tantear, probar. Las exigencias que me constituyen emergen ante mi conciencia solamente cuando estoy comprometido con aquello que vivo; dichas exigencias, observa don Giussani, afloran en mí cuando me comprometo con lo que pruebo. Y cuando salen a la luz tales exigencias, juzgan todo lo que vivo. Solo de esta forma lo que vivo se convierte en experiencia<sup>59</sup>.

«Cuando empezaba a decir estas cosas hace treinta años –dice don Giussani–, no creía que al cabo de treinta años habría tenido que repetirlas muchas veces para hacérselas entender a los que desde hace años caminan ya por este camino. Uno las lee [¡atención!], cree que las ha comprendido y pasa a lo siguiente, pero no es serio con las palabras que usa, es decir, no es serio con la realidad que indican esas palabras»<sup>60</sup>. Como podéis ver, el formalismo siempre está al acecho.

Pero la realidad es testaruda y vuelve a llamar a nuestra puerta con sus provocaciones. Por ello, ni siquiera quien tiene una definición reducida de sí mismo puede impedir que emerja en la experiencia el tejido auténtico de su corazón. Las ideologías son demasiado débiles frente a lo imponente de la realidad, que se manifiesta en la experiencia.

¿A través de qué signos se revela la naturaleza del corazón del hombre? Uno de ellos es el aburrimiento del que habla Moravia, siempre tan poco comprendido, y que él percibe como el síntoma de la insuficiencia de la realidad: «Mi aburrimiento podría definirse como una enfermedad de

<sup>58</sup> Ver aquí, p. 15.

<sup>59</sup> «L'uomo è educato dall'esperienza, non da ciò che prova» (L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, BUR, Milán 2011, p. 82).

<sup>60</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 83.

los objetos consistente en un marchitamiento o pérdida de vitalidad casi repentina; como si viéramos en pocos segundos, por transformaciones sucesivas y rapidísimas, una flor pasar del capullo al marchitamiento y al polvo. [...] Para mí, el aburrimiento es justamente una insuficiencia, inadecuación o escasez de la realidad. [...] El sentimiento del aburrimiento nace en mí de lo absurdo de una realidad [...] insuficiente, o sea, incapaz de persuadirme de su propia existencia efectiva»<sup>61</sup>. Pero lo que Moravia no dice es que nosotros solo podemos hacer experiencia de la insuficiencia de la realidad, y por tanto del aburrimiento, por la naturaleza infinita de nuestro deseo. De hecho, los perros no se aburren. Leopardi captó muy bien esta cuestión: todo se revela «poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo», para la infinitud de nuestro deseo. Padece «necesidades y vacío», y por tanto «aburrimiento», es «el mayor signo de grandeza»<sup>62</sup> de la naturaleza humana.

Otro signo es la nostalgia, la añoranza de algo que nos falta y que no conseguimos definir. «Siempre me han echado en cara», escribe Ernesto Sábato, «mi necesidad de absolutos, que por otro lado aparece en mis personajes. Esta necesidad atraviesa como un cauce mi vida, como una nostalgia más bien, a la que nunca hubiera llegado. [...] Yo nunca pude calmar mi nostalgia, domesticarla, diciéndome que aquella armonía fue un tiempo en la infancia; ojalá hubiera sido, pero no. [...] La nostalgia es para mí una añoranza jamás cumplida, el lugar al que nunca he podido llegar. Pero es lo que hubiéramos querido ser, nuestro deseo. Tanto no se lo llega a vivir que hasta podría creerse que está fuera de la naturaleza, si no fuese que cualquier ser humano lleva en sí esa esperanza de ser, ese sentimiento de que algo nos falta. La nostalgia de ese absoluto es como un telón de fondo, invisible, incognoscible, pero con el cual medimos toda la vida»<sup>63</sup>.

Esta «añoranza jamás cumplida» nos revela el tejido del corazón, nos permite comprender la naturaleza de nuestra pobreza, nos hace darnos cuenta de la profundidad de nuestra necesidad. Esta nostalgia que no se puede colmar la llevamos con nosotros como un «telón de fondo, invisible, incognoscible [pero real], con el cual medimos toda la vida». Como dice Andrei Tarkovski: «Todo lo que somos lo llevamos con nosotros en el viaje. Llevamos con nosotros la casa de nuestra alma, como hace una tortuga con su caparazón»<sup>64</sup>. Existe en nosotros una nostalgia de otra cosa que no

<sup>61</sup> A. Moravia, *La noia*, Bompiani, Milán 1992, pp. 7-8.

<sup>62</sup> G. Leopardi, «Pensamientos», LXVIII, en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 466.

<sup>63</sup> E. Sábato, *España en los diarios de mi vejez*, Seix Barral, Barcelona 2004, pp. 178-179.

<sup>64</sup> Las palabras de Andrei Tarkovski (1932-1986) proceden de una entrevista publicada originalmente en sueco: cf. A. Tarkovski, «Att resa i sitt inre. Samtal med Tarkovskij», entrevista de Gideon Bachmann, *Chaplin*, n. 193, septiembre 1984, pp. 158-163.



podemos domesticar, que se entrelaza con una insatisfacción implacable que nadie consigue esconder al final. Lo escribe Pavese: «Todos los hombres tienen un cáncer que les roe [...]: su insatisfacción; el punto de choque entre su ser real, esquelético, y la infinita complejidad de la vida. Y todos, antes o después, se dan cuenta»<sup>65</sup>.

Estos son algunos ejemplos –podríamos poner muchos– que ponen de manifiesto la hechura original del corazón. Todo lo que vivimos, las circunstancias, los desafíos, no se nos dan para complicarnos la vida sino que son ocasiones para comprender cuál es la naturaleza de nuestra necesidad, para descubrir nuestras verdaderas necesidades. De hecho, como ya hemos dicho, el impacto con la realidad es el modo a través del cual emergen las dimensiones fundamentales del hombre.

En este camino todo sirve (y contribuye a sacar a la luz quiénes somos), incluso la desilusión. La experiencia de la desilusión, inevitable precisamente porque nada corresponde totalmente al corazón, no detiene al hombre, sino que –como nos recuerda don Giussani– acentúa su deseo, acentúa su sed. «Esta es la naturaleza de la razón, esta es la naturaleza del corazón del hombre, esta es la naturaleza de lo que constituye al hombre como hombre. Es decir, el hecho de que uno, al afrontar cualquier cosa, perciba el límite de esta cosa y se vea de algún modo herido por ello siempre, en cualquier caso (en la medida, claro está, en que se dé cuenta de lo que sucede, en la medida en que no está distraído); por tanto, el hecho de que, al afrontar todo, uno se dé cuenta del límite y de la desilusión, de la falta de correspondencia, y esto no lo detenga sino que lo avive, pone de manifiesto que él no pertenece al límite y al dolor, y por eso vive como inducido, empujado, llevado a tratar de aferrar más, a conocer más, a penetrar más en todo»<sup>66</sup>. En nuestra vida, tratamos continuamente de aferrar aquello que provoca nuestra nostalgia, tenemos sed de conocer ese algo más cuya falta advertimos y que siempre se nos escapa.

Partiendo de la experiencia a la que estamos haciendo referencia podemos descubrir qué es la pobreza.

Lo que el Evangelio llama pobreza, dice Giussani, está muy bien descrito por Romano Guardini en su comentario a los primeros capítulos de las *Confesiones* de san Agustín: «“Nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que encuentre reposo en ti”. La concepción agustiniana del hombre llega hasta el fondo en estas palabras. El hombre está puesto por el Creador en el ser real, autorizado a mantenerse en su centro

<sup>65</sup> C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 69.

<sup>66</sup> L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, BUR, Milán 2011, pp. 491-492.

y a proceder con sus pasos; pero su realidad es distinta de las demás criaturas. Estas están radicadas en su naturaleza, están basadas en sí mismas y vuelven sobres sí. La figura que describe su existencia es un círculo que se cierra sobre sí mismo. En cambio, la figura de la existencia humana es un arco lanzado más allá de lo que conoce. [...] Esta es la ley de su existencia, que atestigua una inquietud profunda que no desaparece jamás; inquietud que puede ser malentendida, pero no eliminada. Cuando el hombre se da cuenta de ella se convierte en un tormento; pero cuando la acepta, le conduce a la calma esencial, es decir, a la plena realización de su ser»<sup>67</sup>. Entonces, la pobreza es la «disposición a tensar la cuerda del arco propio no en busca de uno mismo sino de otro»<sup>68</sup>, más allá de sí mismo, sin reducirlo a su propia medida.

Por tanto, ¿quién es el pobre? Quien no tiene nada que defender más que su propia sed, su propia espera, su propia naturaleza original, que no se ha dado a sí mismo y que tiende por completo a reconocer y a acoger a quien pueda responder a ella. Es la razón por la que Jesús llama a los pobres «bienaventurados». «Bienaventurados los pobres en el espíritu... Bienaventurados los que tienen hambre y sed...»<sup>69</sup>. En realidad, dice don Giussani, «todas las bienaventuranzas son sinónimos, son formas distintas» de hablar de esta pobreza, de la «pobreza de espíritu»<sup>70</sup>.

Pero, ¿por qué esta insistencia de Jesús en la pobreza? ¿Por qué esta insistencia de Giussani? ¿Y por qué esta insistencia ahora del papa Francisco?

Porque es justamente esta pobreza, esta espera, este deseo profundo de conocer quién puede satisfacer nuestra sed, lo que «nos hace capaces de reconocer el acento de Su voz cuando resuena en nuestra vida. Lo que nos permite reconocer a Cristo, su acento, el acento de Su presencia, es la lealtad, la sinceridad y la intensidad de este deseo de conocer lo que Dios es para mi vida, para nuestra vida. “Los hombres raramente aprenden lo que ya creen saber”, decía una novelista inglesa, Bárbara Ward. Los fariseos creían que ya sabían, y no aprendieron a reconocer esa Presencia que era la respuesta a su sentido religioso, a toda su historia»<sup>71</sup>. Por eso, en el elenco de las bienaventuranzas la primera es: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». De hecho, solo aquellos que son

<sup>67</sup> R. Guardini, *L'inizio*, Jaca Book, Milán 1973, pp. 30-31; citado en: L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 289.

<sup>68</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 289.

<sup>69</sup> Mt 5,3-12.

<sup>70</sup> L. Giussani, «Dal senso religioso a Cristo», en *Dove la domanda si accende*, a cargo de Camillo Fornasieri y Tommaso Lanosa, Itaca, Castel Bolognese (Ra) 2012, pp. 55-56.

<sup>71</sup> *Ibidem*, pp. 53-54.

conscientes de su pobreza, que admiten su necesidad, que sienten su hambre y su sed, podrán reconocer al portador del reino, al portador de la respuesta.

Podrá parecernos sorprendente, pero ¡atención!, esta sed, como subraya sin tregua don Giussani, es lo más importante no solo para los que deben encontrarse con Cristo, sino también para nosotros, que ya somos cristianos. El sentido religioso no es una premisa que pueda abandonarse en un momento dado, sino que es una *condición* siempre necesaria: en primer lugar, para «reconocer el acento de Su voz cuando resuena»; en segundo lugar, para que se dé una experiencia de esa respuesta presente que es Cristo. En cuanto censuramos o minimizamos la sed, en cuanto nos cansamos del fundamento humano, Cristo se vuelve irrelevante, tan absurdo como la respuesta a un problema que no se plantea o que ya no se plantea (por tanto, el encuentro con Cristo responde a la sed haciéndola más profunda, no apagándola). «Cristo es la respuesta a la sed que tiene el hombre de vivir la relación con lo que constituye su destino, es el significado de lo que hace, del comer, del beber, del velar, del dormir, del amar, del trabajar. En la medida en que esta espera y este deseo no están vivos en mí, no soy capaz de reconocer la respuesta [...]. Por ello, lo más importante para nosotros, cristianos, es la verdad de nuestro sentido religioso, porque entonces la realidad de Cristo se comunica a nuestra vida»<sup>72</sup>.

Una persona como la samaritana, que sentía la sed de su corazón, captó enseguida Quién era capaz de saciarla. Su sed salió a la luz por completo, ella pudo mirarla hasta el fondo como no había hecho antes, solo delante de Aquel que encarnaba la promesa de responder a ella. Porque el «sentido religioso» –es decir, la sed del corazón– se aclara y se despierta de forma completa únicamente en el encuentro con Cristo: «El encuentro histórico con este hombre constituye un encuentro con el punto de vista resolutivo y clarificador de la experiencia humana»<sup>73</sup>. Por eso siempre es necesario que Cristo sea contemporáneo, para que el sentido religioso pueda despertarse una y otra vez y mantenerse vivo.

He citado antes un texto en el que Giussani se asombraba de la cantidad de veces que había dicho estas cosas, y la gente sigue leyéndolas y pasándolas por encima. Veamos lo que sucede cuando alguien, por el contrario, se las toma en serio: «Querido Julián, desde hace años quería contarte estas cosas, pero no era capaz de hacer que salieran a la luz. Me considero una persona sin familia. Por desgracia, los sufrimientos que he vivido han sido tan terribles que han determinado el final de mi matrimonio. He vivido esto

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 54.

<sup>73</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 65.

con rabia durante muchos años, y cuando tú ponías continuamente ejemplos que tienen que ver con el amor de la madre o del padre, yo te mandaba con mucho gusto a freír espárragos, pensando que tú habías sido afortunado por no haber tenido padres con problemas psicológicos que marcaran tu mente y tu cuerpo. Yo he tenido un encuentro excepcional, pero siempre me he considerado distinta de los demás, con esta objeción de fondo». Esto significa que el encuentro puede no determinar la percepción que tenemos de nosotros mismos; a pesar de que reconocemos que hemos tenido un encuentro excepcional, puede permanecer en nosotros una objeción de fondo, ligada a contradicciones y problemas que son para nosotros «como una carcoma: un sentimiento de abandono que me perseguía como una sombra en todo, en el juicio sobre la compañía, en pensar si era acogida o no, si me buscaban y me valoraban o pasaban de mí. Pero algo sucedió en mí después de la última conexión con la Escuela comunidad de marzo: me encontraba fatal, pero cuando tú hablaste de meter las manos en la masa y de comprometernos con la realidad –esa realidad que me costaba muchísimo– en el trabajo, con nuestros familiares, con los amigos y con muchos aspectos de mi vida, comprendí que no era libre, que esperaba la felicidad de los «momentos luminosos» y que identificaba la presencia de Jesús únicamente con la compañía. El momento crucial que despertó mi corazón fue la cita de Giussani de *Vivendo nella carne*: “El motivo por el que la gente ya no cree o cree sin creer [el encuentro excepcional ya no incide hasta el punto de despertar una experiencia distinta de la vida, una percepción distinta de sí] [...] es porque no vive su propia humanidad, porque no está comprometida con su propia humanidad, con su propia sensibilidad, con su propia conciencia, y por tanto con su propia humanidad”<sup>74</sup>. Allí, aquella noche, respiré aliviada».

Esta es la cuestión: cuando dejamos que el encuentro entre en nuestra vida y ponemos en juego nuestra necesidad, reconocemos enseguida una correspondencia, y el signo es que podemos respirar aliviados. Continúa la carta: «Tomé una decisión porque me habías ayudado a comprenderme mejor, me habías permitido comprender la cuestión central de mi vida. Empecé a tomarme en serio todo lo que había en mí: la rabia, la tristeza, las dificultades, las injusticias, los dolores y soledades... Cada mañana me levanto y decido [aquí entra en juego la libertad] tomarme todo en serio, no censurar nada, y lo que está sucediendo es un espectáculo. No se trata de un análisis introspectivo, sino de hacer experiencia de que metiendo las manos en la masa nunca estoy sola, y el asombro y el gusto crecen hasta llegar a la misericordia hacia mis hermanos y mis pobres padres».

<sup>74</sup> L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, p. 66.

Cuando se vence la lejanía del corazón con respecto a Cristo –al reconocer que ha sido Él quien ha vencido primero esa lejanía– se vence también la lejanía con respecto a los demás, como expresa nuestra amiga en su carta: «Creo que estoy empezando a entender que esta es la actitud justa porque estoy feliz; he descubierto que Jesús está presente en todo lo que vivimos si lo vivimos con la actitud justa, ¡que es la de la certeza de nuestra dependencia total! Esto me hace vivir con un gusto tal que a los ojos de los demás parece que no tengo problemas [no es que no los tenga, sino que ya no le determinan]. Últimamente la gente me dice que estoy más guapa y me pregunta qué me está sucediendo; yo no soy joven, ¡tengo más de cincuenta años! Gracias, querido Julián, yo también quiero aprender el método de don Giussani. Quiero que se vuelva mío, quiero ser feliz y poder disfrutar de todo en la vida. Ya no me dan miedo los domingos que paso sola en casa preparando las clases y limpiando. He descubierto que no estoy sola. Pido por ti, para que la Virgen te sostenga. Con gratitud».

Se trata de una experiencia que está al alcance de todos, como podemos ver. Y no porque no existan problemas, sino porque nos abrimos a otra posibilidad: tomarnos en serio lo que nos ha propuesto don Giussani.

## **2. Desde lo profundo de nuestro error, una sed de salvación, una necesidad de perdón**

La necesidad de significado –de cumplimiento– de la que hemos hablado no puede separarse de otra necesidad, igualmente radical, que nos constituye y que todos conocemos perfectamente: la necesidad de perdón, de misericordia, de rescate después de cada error que cometemos, después de cada fracaso, derrota o carencia que se repite. Por ello, una mirada realista sobre nosotros mismos no puede dejar fuera de nuestra consideración dicha necesidad. Como tampoco la deja fuera de su mirada Jesús.

Somos necesidad de perfección, de significado, de amor, de justicia, pero a medida que vivimos, también nos hallamos con nuestras exigencias frente a los resultados de nuestra impotencia para cumplirlas, frente a lo contradictorio de nuestra acción. Como muestra la carta que acabamos de leer, todos tenemos la experiencia de destruir lo que amamos (¡qué frecuente es en las relaciones afectivas o con los hijos!), de que fracasamos allí donde querríamos triunfar, de que somos incapaces de construir justamente las situaciones que más nos importan, de que caemos en una espiral de errores, de debilidades, de mezquindades, sin saber cómo salir de ahí. Nos vemos impotentes, aplastados por nuestros límites, jueces despiadados de nosotros mismos, casi hasta el punto de que nos consideramos imperdo-

nables. ¿Quién volverá a darnos crédito, después de todo lo que hemos hecho? ¿Quién podrá querernos aún, si somos tan frágiles, tan inadecuados, tan incoherentes? Es el rostro más incómodo, más humillante de nuestra pobreza, de nuestra impotencia para ser, de la que el Evangelio nos habla constantemente. Nosotros somos exactamente como los «pobres», los publicanos y los pecadores con los que Jesús se relaciona. En el fondo de nuestro sentimiento de fracaso, de frustración, de rabia, existe una sed de perdón más o menos expresada, existe la espera de una mirada que nos permita empezar de nuevo, aunque a veces no nos lo confesemos ni siquiera a nosotros mismos.

Los publicanos del Evangelio son como el prototipo de esta situación, que muchas veces es también la nuestra. Se hallaban rodeados de una mentalidad tan profundamente moralista que no podían evitar que penetrara también en ellos. Lo podemos ver en la parábola del fariseo y del publicano en el templo. Para comprender la oración del publicano tenemos que mirarlo, recomienda el estudioso Joachim Jeremías, con los ojos con los que se sentían mirados y se miraban los mismos publicanos en aquel tiempo, los mismos con los que nosotros nos sentimos mirados muchas veces por los demás y nos miramos a nosotros mismos cuando nos equivocamos: «También al publicano lo tenemos que ver con los ojos de sus contemporáneos. [...] El dolor le abrumba, porque está lejos de Dios». Se queda al fondo del templo y no se atreve ni siquiera a levantar la cabeza. «Su situación y la de su familia es de hecho desesperada. Pues, para hacer penitencia, no solo debe abandonar su vida pecadora, es decir, su profesión, sino también reparar, que consistía en la restitución de la cantidad defraudada [...]. ¿Cómo puede saber [después de pasarse toda la vida haciendo estas cosas] a quién ha robado todo? No solo su situación, sino también su petición de misericordia es desesperada»<sup>75</sup>. Y ni siquiera cumplir la pena impuesta por el mal cometido puede bastar para devolverle la tan deseada paz, como nos muestran los presos. Es como si no consiguiésemos quitarnos de encima el mal que nos hemos hecho a nosotros mismos –ese que solo conocemos nosotros– y el que hemos hecho a los demás.

Comentando algunos pasajes del Evangelio, el papa Francisco identifica muy bien la cuestión: «Ninguno de los que estaban allí, incluido Mateo, ávido de dinero, podía creer en el mensaje de ese dedo que lo indicaba, en el mensaje de esos ojos que lo miraban con misericordia y lo elegían para el seguimiento»<sup>76</sup>. Es como si no pudiese creer en esa posibilidad. El Papa

<sup>75</sup> J. Jeremías, *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1970, p. 176.

<sup>76</sup> Francisco, *Discurso al Movimiento de Comunión y Liberación*, 7 marzo 2015.

describe a Zaqueo de un modo similar: «Ni siquiera se atreve a esperar que se supere la distancia que le separa del Señor; se resigna a verlo solo de paso»<sup>77</sup>.

¿Cómo mira Jesús la pobreza de quien no se atreve siquiera a esperar? Para responder, «hemos de identificarnos con las personas de las que habla el Evangelio», dice don Giussani. Y añade a continuación: «Pero no las comprendemos y no conseguimos identificarnos con lo que eran si no nos identificamos con Cristo, que dice: “Zaqueo”. Cuando resuena la palabra “Zaqueo”, entonces comprendemos a Zaqueo. Cuando Cristo dice: “Zaqueo, baja que tengo que ir a tu casa”, entendemos quién era Zaqueo en ese momento. Pensad en lo que sintió Zaqueo, en cómo juzgó de pronto todos los errores cometidos sin juzgarlos siquiera, cómo sintió quién era él y quién era el que le llamaba. Solo vemos quién era Zaqueo si nos identificamos con Cristo»<sup>78</sup>. «Es esta cercanía, esta presencia; presencia no de alguien que mira para otro lado, sino de alguien que te mira a ti. Es esta cercanía lo que descoloca, lo que hace que la vida se vea transfigurada; Zaqueo no dijo mientras iba de camino a su casa: “Ahora este me dirá que he robado cien de aquí, treinta y cuatro de allá, ahora...”. Estaba lleno de esa mirada, fue a casa con el fin de preparar la comida para aquel hombre, para ese hombre que le había mirado»<sup>79</sup>. Estaba lleno de silencio.

Pero no es suficiente la presencia llena de ternura de Jesús para hacer experiencia del perdón que Él ofrece. Es necesario aceptar su presencia, rendirse a su perdón, a su misericordia. Y, como Zaqueo, es necesario bajar del árbol y correr a casa para recibirle. Aquí está en juego nuevamente la libertad. Algunos pasajes de ciertas novelas que se nos ha sugerido leer nos ofrecen una imagen viva y dramática de esta experiencia. Pensemos en el *Innominado* de Manzoni delante del cardenal Federigo: «El innominado estaba atónito ante aquel modo de hablar tan inflamado, ante aquellas palabras, que respondían tan resueltamente a lo que aún no había dicho, ni estaba del todo decidido a decir; y conmovido pero atónito, guardaba silencio. “¿Y bien?”, prosiguió aún más afectuosamente Federigo: “¿Tenéis una buena nueva que darme, y me hacéis suspirar tanto por ella?”. “¿Una buena nueva, yo? Tengo el infierno en el corazón; ¿cómo os voy a dar una buena nueva? Decidme vos, si lo sabéis, cuál es esta buena nueva que es-

<sup>77</sup> Francisco, Ángel, 3 noviembre 2013.

<sup>78</sup> ASAEMD, Transcripciones impresas y mecanografiadas, OR.STAMPA/104. Asamblea con un grupo de jóvenes que han empezado el camino vocacional en la Asociación Eclesial Memores Domini, Gudo Gambaredo (MI), 26 junio 1993.

<sup>79</sup> Apuntes de la lección de los Ejercicios espirituales de los novicios de los Memores Domini. Le Pianazze (PC), 7 agosto 1982, conservados en la Secretaría de los Memores Domini, Milán.

peráis de alguien como yo”. “Que Dios os ha tocado el corazón, y quiere haceros suyo”, respondió sosegadamente el cardenal. “¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Si lo viera! ¿Dónde está ese Dios?”. [...] “Si existe ese Dios, si es lo que dicen, ¿qué queréis que haga conmigo?”. Estas palabras fueron dichas con un acento desesperado; pero Federigo, con un tono solemne, como de plácida inspiración, respondió: “¿Qué puede hacer Dios con vos?, ¿qué quiere hacer? Una muestra de su poder y de su bondad: quiere obtener de vos una gloria que ningún otro podría darle [...]. ¿Qué puede Dios hacer con vos? ¿Y perdonaros?, ¿y salvaros?, ¿y cumplir en vos la obra de la redención? ¿No son cosas magníficas y dignas de Él?”<sup>80</sup>.

Aquí aparece principalmente Su verdad, aquí resplandece más Su gloria. Escuchemos de nuevo al cardenal Federigo: «“¡Oh, pensad! Si yo, gusano, si yo, miserable, y sin embargo tan lleno de mí mismo, yo, siendo así, me consumo ahora tanto por vuestra salvación, que por ella daría jubiloso (Él es testigo) los pocos días que me quedan; ¡oh, pensad, cuánta, cuál será la caridad de Aquel que me infunde esta tan imperfecta, pero tan viva; cómo os ama, cómo os quiere Aquel que me ordena y me inspira un amor por vos que me devora!”. A medida que estas palabras salían de sus labios, el rostro, la mirada, cada movimiento, exhalaba su sentido. La cara de su oyente, de alterada y convulsa, se volvió al principio atónita y atenta; luego se compuso en una emoción más honda y menos angustiada; sus ojos, que desde la infancia no habían vuelto a conocer las lágrimas, se arrasaron; cuando cesaron las palabras, se cubrió el rostro con las manos, y estalló en un llanto incontenible, que fue como la última y más clara respuesta»<sup>81</sup>. El innominado se rinde por fin. Se ve en su cara, que pasa de «alterada y convulsa» a «atónita y atenta». Sin este movimiento de la libertad la salvación nunca será mía. Lo que no significa prescindir de Dios para salvarnos por nosotros mismos. Significa que Dios, que nos ha creado sin nosotros, no puede salvarnos sin nosotros.

El drama continuo de la libertad consiste en rendirse a una presencia que perdona; supone aceptar ser salvados. E incluso después de habernos rendido la vida vuelve a ser pesada, prevalece la medida sobre nosotros mismos. Como le sucede a Miguel Mañara, el protagonista de la homónima obra teatral de Miñosz: «Después de haberse confesado con el abad, sigue yendo al abad a desahogarse por sus propios pecados; no podía olvidarlos, no podía “arrancarlos”, no podía eliminarlos: existían, los había cometido»<sup>82</sup>. También a nosotros nos puede costar lo mismo que a él. Durante un encuentro,

<sup>80</sup> A. Manzoni, *Los novios*, Cátedra, Madrid 1985, pp. 453-454.

<sup>81</sup> *Ibidem*, pp. 454-455.

<sup>82</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 388



le plantean a don Giussani lo siguiente: «Uno puede salir del confesionario oprimido por sus propios pecados exactamente igual que ha entrado». Y él responde: «Para una gran mayoría la confesión no vale, *non valet*, no tiene consistencia existencial, no incide en la existencia, y mucho menos incide por tanto en la historia. Domina más la reacción que en un momento dado, quizá después de un año, se tiene frente al recuerdo de los pecados cometidos: la humillación, el peso de las consecuencias, especialmente sociales. Mientras que uno haya hecho algo y no afecte a nadie, puede estar tranquilo; pero cuando se habla de ello en la sociedad o hablan de ello los periódicos, entonces se convierte para él en algo enorme y aplastante. [...] “Me he equivocado, he hecho...”: es una vergüenza para mí mismo, aunque nadie lo supiese; voy a confesarme y prevalece la imagen de lo que he hecho sobre la grandeza y la certeza del perdón»<sup>83</sup>.

¿En qué se ve, en cambio, que prevalece en mí la certeza, la mirada de una Presencia? En que me recrea. Porque el perdón recrea –como sucede con el Innominado–. «Solo el mismo e idéntico gesto de la pobreza puede separarme de mí mismo y hacerme estar contento porque Cristo vive y es mío, porque Cristo existe para mí (*Propter nos homines*). ¡Esto es importante!»<sup>84</sup>. Cuando Miguel Mañara, después de la confesión, va nuevamente a quejarse al abad de sus propios pecados, el abad le responde tajantemente dejándole sorprendido: «Todo esto no ha existido nunca [...]. Solo Él es». Pero es necesario ceder. Don Giussani comenta el episodio con estas palabras: para ser «realmente libres, libres de los propios males», libres del pecado que hemos confesado, «no basta con haberlos confesado: depende de la claridad, del afecto y de la certeza de que Cristo existe y de que Cristo es el perdón»<sup>85</sup>.

«Queremos que esta salvación la adquiera él mismo. Él mismo, el hombre»<sup>86</sup>, nos ha dicho Péguy. Pero adquirir la salvación no quiere decir producirla con nuestras propias fuerzas, con nuestro esfuerzo moralista, sino que se trata de acoger la salvación que ya nos ha ofrecido Cristo, que es Cristo presente, vivo. A menudo nos pesa nuestra falta de disponibilidad.

¡Qué pobreza se necesita para acoger el perdón que es Cristo! Una pobreza que «es posible porque Cristo existe, porque la presencia que domina es Cristo, porque el objeto de mi mirada es Cristo. Uno puede salir

<sup>83</sup> *Ibidem*, pp. 386-387.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 387.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 388.

<sup>86</sup> Ver aquí, p. 5.

por fin libre de la confesión si la confesión es ir a Cristo y no otra cosa. Si te confiesas para quedarte en paz con respecto a los errores que crees que volverás a cometer mañana, no sales pacificado. Pero si tú sabes que, por tu debilidad, puede volver a pasarte mañana, y vas igualmente a confesarte mirando a Cristo y dices: “A pesar de todo, yo te prefiero a cualquier otra cosa”, “a pesar de todo, te digo que sí”, esto te libera»<sup>87</sup>.

Zaqueo estaba tan lleno de esa mirada que «juzgó de golpe todos los errores que había cometido sin juzgarlos siquiera»<sup>88</sup>. Esa mirada hizo surgir en él una pobreza de espíritu, generó en él un instante de pobreza de espíritu. Sucede lo mismo en nosotros. Al menos por un instante sorprendemos en nosotros esta pobreza de espíritu, aunque con frecuencia no la secundemos. Por tanto, a la iniciativa valiente de Jesús, que se invita a comer a casa de Zaqueo, debe corresponder otra iniciativa igualmente valiente de la libertad del hombre para acogerla. Pero a veces, el fariseo que hay en nosotros grita: «¡Es un escándalo! No te hagas la ilusión de que Él vaya a comer con un pecador como tú. No te hagas la ilusión de que te va a perdonar. Mira lo que dicen todos: “¡Va a casa de un pecador!”». Zaqueo, como cada uno de nosotros, se halla ante una encrucijada. Podemos comprender el desafío impresionante que supone para Zaqueo la iniciativa de Jesús, como para cada uno de nosotros. Nadie lo ha expresado mejor que san Pablo: «Ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros»<sup>89</sup>.

Cristo sigue desafiándonos hoy como desafío entonces a Zaqueo, a través de una presencia histórica: «No existe profesión o condición social, no existe pecado o crimen de algún tipo que pueda borrar de la memoria y del corazón de Dios a uno solo de sus hijos. “Dios recuerda”, siempre, no olvida a ninguno de aquellos que ha creado. Y yo te digo: si tienes un peso en tu conciencia, si tienes vergüenza por tantas cosas que has cometido, detente un poco, no te asustes. Piensa que alguien te espera porque nunca dejó de recordarte; y este alguien es tu Padre, es Dios quien te espera. Trepa, como hizo Zaqueo, sube al árbol del deseo de ser perdonado; yo te aseguro que no quedarás decepcionado. Jesús es misericordioso y jamás se cansa de perdonar. Recordadlo bien, así es Jesús»<sup>90</sup>.

<sup>87</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 388.

<sup>88</sup> Ver aquí, p. 35.

<sup>89</sup> Rm 5,7-8.

<sup>90</sup> Francisco, Ángelus, 3 noviembre 2013.

Acoger el abrazo de Cristo requiere una pobreza radical, que consiste en aceptar que estamos tan «necesitados» que dependemos totalmente de la misericordia de otro. Hemos de ser tan pobres que no tengamos nada propio sobre lo que apoyarnos, ni méritos de los que presumir. Se necesita una conciencia última de nuestra verdadera necesidad, de lo que verdaderamente somos. Y esta es la verdad de nuestra persona, sin subterfugios: para vivir, para retomar el camino, para no sucumbir bajo el peso de nuestros errores, necesitamos una presencia que nos perdone, un abrazo que nos devuelva la posibilidad de recomenzar y de mirarnos a nosotros mismos de forma positiva. En definitiva, se trata de ser tan pobres que dependamos totalmente de Jesús.

Pero, como hemos dicho, no basta con una presencia que perdone. Se requiere un movimiento de la libertad que acepte el perdón, como muestra la parábola del fariseo y del publicano. De hecho, los fariseos no estaban disponibles para recibir el perdón. En cambio, los publicanos, aunque se hallaban bajo el peso de su propio mal, tenían esa disponibilidad última para dejarse perdonar, no pretendían tener nada propio sobre lo que apoyarse. La parábola está dirigida precisamente a los que tenían esa pretensión íntima de ser justos, y por ello despreciaban a los demás. Dice Jesús: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios”, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»<sup>91</sup>.

Llegados a este punto podemos comprender más claramente la carta del Papa: «De hecho, los pobres nos recuerdan lo esencial de la vida cristiana. [...] Esta pobreza es necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él»<sup>92</sup>. Los pobres vuelven a poner ante nuestros ojos esa necesidad que en nosotros se ve acallada, olvidada, tapada por nuestras seguridades provisionales, por las satisfacciones con las que nos tranquilizamos, por la ilusión de dominar las cosas y de controlar la vida. Nada obstaculiza tanto nuestro cumplimiento como el olvido de nuestra pobreza, de nuestra irreductible necesidad de otra cosa, de nuestra necesidad de significado y de salvación.

<sup>91</sup> Lc 18,10-14.

<sup>92</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

La ausencia de conciencia de nuestra sed de un significado para vivir, junto a la falta de conciencia de nuestro límite, de nuestro mal, de nuestro pecado, y por tanto de nuestra necesidad de perdón y de salvación, nos cierran al encuentro con el otro, con Cristo. La pobreza, en su doble significado, es condición para entrar en el reino de Dios, es decir, para acoger la presencia misma de Dios, esa presencia en la que Dios se ha encarnado. Por eso decía Jesús: «“¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!”». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: “Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios”. Ellos se espantaron y comentaban: “Entonces, ¿quién puede salvarse?”. Jesús se les quedó mirando y les dijo: “Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo”»<sup>93</sup>.

Pero como Dios nos ha creado libres, no quiere saltarse nuestra libertad. Por eso sale a nuestro encuentro primero, toma la iniciativa para suscitar dicha libertad, como dice Guillermo de Saint-Thierry: «Si nos amaste primero fue para que pudiéramos amarte, no porque necesitaras nuestro amor, sino porque de no amarte no podríamos llegar a ser lo que tú quisiste que fuéramos. El habernos hablado por medio de tu Hijo no fue otra cosa que poner de manifiesto cuánto y de qué manera nos amaste. Dios, creador de los hombres, tú sabías que el amor no puede ser exigido por la fuerza, sino que es necesario suscitarlo en el corazón humano. Porque donde hay coacción ya no hay libertad, donde no hay libertad no hay justicia»<sup>94</sup>, es decir, no puede haber salvación.

Dios espera nuestra libertad sin dejar de perdonarnos, como nos recordaba el papa Francisco: «Gracias a este abrazo de misericordia vienen ganas de responder y cambiar»<sup>95</sup>. Y el primer cambio, la primera conversión es ceder, ceder a Su abrazo. La primera actividad es una pasividad –nos decía don Giussani–, es decir, acoger algo que se nos da<sup>96</sup>. ¡Qué necesidad tenemos de aprender la pobreza de la que nos habla el Papa! «La moral cristiana no es el esfuerzo titánico, voluntarista», nos decía el 7 de marzo de 2015, «de quien decide ser coherente y lo logra, una especie de desafío solitario ante el mundo. No. Esta no es la moral cristiana, es otra cosa. La moral cristiana es respuesta, es la respuesta conmovida ante una misericor-

---

<sup>93</sup> Mc 10,23-27.

<sup>94</sup> Guillermo de Saint-Thierry, «Liturgia de las horas según el Rito romano», lunes de la III semana de Adviento, Oficio de Lecturas, segunda lectura.

<sup>95</sup> Francisco, *Discurso al Movimiento de Comunión y Liberación*, 7 marzo 2015.

<sup>96</sup> «Se trata de una pasividad que constituye mi actividad original, que es precisamente recibir, constatar, reconocer» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 147).

dia sorprendente, imprevisible, incluso “injusta” según los criterios humanos, de uno que me conoce, conoce mis traiciones y me quiere lo mismo, me estima, me abraza, me llama de nuevo, espera en mí, espera de mí. La moral cristiana», concluía el Papa, «no es no caer jamás, sino levantarse siempre, gracias a su mano que nos toma»<sup>97</sup>.

### **3. Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives**

Quien es consciente de lo ilimitado de su necesidad, esa necesidad sobre la que Cristo se ha inclinado, no puede dejar de exclamar con don Giussani: «Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives»<sup>98</sup>. Dios responde precisamente con su presencia –al encarnarse, al hacerse compañero del hombre– a esta dificultad que tenemos para soportarnos a nosotros mismos, a la evidencia de nuestra debilidad. Entonces, «la verdad del hombre no se reduce a la observación evidente de su miseria, sino al anuncio asombrado y apasionante de que esta miseria es amada. Esta Presencia amante, poderosa y fiel, muy superior a la vulnerable y voluble fragilidad que tiene la consistencia del hombre por sí mismo, es la verdadera riqueza del hombre. Y no es que la evidencia de la propia miseria constituya necesariamente el punto de partida, el descubrimiento inicial, porque el hombre puede también descubrir su desnudez, su ineptitud y su mezquindad gracias al imponente anuncio de esa Presencia amante. La Presencia de Otro es, pues, la consistencia –la certeza y la esperanza– del hombre. Aceptar esto y afirmarlo es vivir la existencia en el amor. Porque amar es afirmar que Otro es mi vida y que mi vida consiste en la afirmación de Otro. “Tú eres yo”. “Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (san Pablo). Por consiguiente, la respuesta del cristianismo a la incapacidad para soportarnos a nosotros mismos es una humildad que se traduce en amor. Es el reconocimiento de la propia miseria (*humus* = tierra), que se abre a la rica presencia de Otro»<sup>99</sup>.

Cuanto más ve uno brotar de las entrañas de su vida su verdadera necesidad, tanto más comprende que la respuesta no puede ser sino una presencia presente. Uno que es consciente de su pobreza real puede comprender muy bien lo que ha introducido Cristo en la historia. Esto es lo que le hacía entusiasmarse a Giussani, hasta el punto de repetir con frecuencia: «Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives». Es lo mismo que les pasó a los

<sup>97</sup> Francisco, *Discurso al Movimiento de Comunión y Liberación*, 7 marzo 2015.

<sup>98</sup> L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 166.

<sup>99</sup> L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 277-278.

discípulos después de la muerte de Jesús: solamente una presencia habría sido capaz de responder al llanto, a la tristeza, a la soledad en la que cayeron después de su sepultura. Pero no una presencia cualquiera. Los discípulos estaban todavía juntos pero aterrorizados, se reunían con las puertas cerradas, estaban desilusionados; habían comido y bebido con Él, habían visto los milagros realizados por Jesús, los recordaban bien, pero su recuerdo no bastaba para vencer el miedo. Solo Su presencia podía responder.

Y es también lo mismo que nos sucede a nosotros. Para liberarnos de los engranajes en los que continuamente nos bloqueamos necesitamos una presencia presente. Esta es la naturaleza del cristianismo: un acontecimiento ahora. «El acontecimiento no solo identifica lo que sucedió en un momento preciso, dando origen a todo, sino también lo que aviva el presente, lo define y le da un contenido, lo que hace posible el presente. Lo que sabemos o lo que tenemos llega a ser experiencia solo si es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo ofrece ahora, hay un rostro que viene hacia nosotros ahora, hay una sangre que corre ahora, hay una resurrección que acontece ahora. ¡Sin este “ahora” no hay nada! Nuestro yo solo puede ser movido, conmovido, es decir, cambiado, por algo contemporáneo: un acontecimiento. Cristo es un hecho que me está sucediendo. Entonces, para que llegue a ser experiencia lo que sabemos –Cristo, las palabras sobre Cristo–, necesitamos un hecho presente que nos sacuda y nos provoque: alguien presente, como lo fue para Andrés y para Juan. El cristianismo, Cristo, es exactamente lo mismo que fue para Andrés y Juan [una historia particular, que no puede ser sustituida por un discurso] cuando le siguieron; imaginaos el momento en que se volvió hacia ellos, ¡cómo se quedarían! Y cuando fueron a su casa... Así fue y así sigue siendo, siempre, hasta ahora, ¡hasta este mismo momento!»<sup>100</sup>.

Este acontecimiento, la contemporaneidad de Cristo, es lo único que responde al anhelo del corazón del hombre. Este acontecimiento es esencial no solo al principio, sino en cada momento del desarrollo. Afirmo el Papa a propósito de esto: «Cuando a este primer anuncio se le llama “primero”, eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras [...] en todas sus etapas y momentos. No hay que pensar que en la catequesis el *kerygma* es abandonado en pos de una formación supuestamente más “sólida”. Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda

<sup>100</sup> L. Giussani, texto del Cartel de Pascua 2011 de Comunión y Liberación.

formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor [...]. Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano»<sup>101</sup>.

La certeza de Su presencia crece y se sostiene solo con la experiencia personal, que implica nuestra libertad, como explica el papa Francisco. Solo «por experiencia propia» se profundiza en la convicción «de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas [...]. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo»<sup>102</sup>. ¡Sin este «ahora» de su presencia no hay nada! Es la experiencia que cada uno de nosotros es invitado a hacer, para poder alcanzar la convicción de la que habla el Papa.

Para nosotros, la Fraternidad es el lugar que nos educa en esa pobreza necesaria para poder reconocer a Jesús y mirar todo sin miedo, como escribe una amiga: «El domingo pasado tuve la reunión con mi grupo de Fraternidad. No quería ir, porque últimamente me parece algo inútil (no es tal como yo pienso). Estamos trabajando sobre la carta que el Papa nos ha enviado. Al final, decidí confiarme a Dios, fui y hablé sobre mi dificultad, sobre lo que me costaba, les conté la decisión inicial de no ir, y que percibía que iba ahí para ser pobre, para que no prevaleciera mi idea, sino para que prevaleciera los rostros que tenía delante. ¡Para mí esto ha sido una revelación! Es como haber comprendido, es más, como haber vuelto a comprender, qué es la Fraternidad: aprender a ser pobre, es decir, volver a adquirir la mirada original hacia las personas que tengo delante. ¡Para qué vernos cada veinte días aproximadamente, si no es para aprender esta pobreza hacia los amigos y hacia todo? Espero que esta experiencia me fortalezca y pido a Dios que, la próxima vez que vaya al grupo sin ganas y me pregunte por qué debo ir, vuelva con fuerza el deseo de volver allí pobre en Cristo».

En este lugar que el Misterio nos ha dado –nuestra Fraternidad, dentro de la vida de la Iglesia– podemos aprender lo que nos dice don Giussani, es decir, a vivir todo desde dentro de esa relación que nos ha aferrado: «Igual que un hijo junto a su padre, que el discípulo frente al maestro de verdad, o que un amigo próximo al amigo poderoso, el hombre [cada uno de nosotros] ve desde dentro de esa relación [de una relación presente] y obra con la energía que constantemente le otorga esa relación. Es como si el objeto primero de la atención fuera esta Presencia, no el “deber” a cumplir. Es como si el término primero de nuestro afecto fuera esa Presencia, no la realidad

<sup>101</sup> Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 164-165.

<sup>102</sup> *Ibidem*, 266.

a poseer. Es como si la fuente primera de la que se saca la energía necesaria fuera esa Presencia, no la propia fuerza ética. La claridad del juicio moral, la inclinación afectiva hacia lo justo y la fuerza de la voluntad, madura todo ello como una consecuencia, porque la totalidad de la persona se siente atraída y movida al bien por su relación con esa Presencia. Dentro de la Iglesia, la moralidad consiste primordialmente en un acontecimiento: el reconocimiento de esa Presencia y el “estar” con ella. *Vivir la memoria: esta es la moralidad de la santidad cristiana*»<sup>103</sup>.

Lo único que nos cambia es la prioridad que damos a esta Presencia. «¿Qué quiere decir Presencia? *Sed super mel et omnia, eius dulcis praesentia*. Su presencia es lo más bueno, más bello y dulce de nuestra vida»<sup>104</sup>. Identifiquémonos una vez más con Juan y Andrés delante de Jesús, «mientras estaban allí simplemente mirándole hablar (porque no comprendían el fondo de sus pensamientos, no comprendían todas sus palabras): jamás habían tenido un encuentro de aquel género, nunca se habrían imaginado una mirada, una atención y un abrazo tan humanos, tan completa e integralmente humanos, actitudes que conllevaban algo extraño, totalmente gratuito, excepcional, más allá de cualquier capacidad de previsión que pudieran tener ellos»<sup>105</sup>.

Esta Presencia cambia la vida de quien la acoge y cambia la historia: «A través de nuestra adhesión y de la forma en que miramos, oímos, sentimos y tratamos todo, la sigue cambiando. Es un cambio lo que identifica la “presencia”»<sup>106</sup>. Sabemos que estamos delante de esa Presencia porque nos cambia. Es la experiencia que vive el Innominado de Manzoni: él advierte que se halla delante de Su presencia porque mueve lo que él no era capaz de mover, lo que no creía que se pudiera mover en él, como se muestra por el llanto incontenible que se produce ante el cardenal Federigo.

¿Qué introduce en la vida la presencia de Cristo cuando uno se da cuenta de ella y cede? Una tensión, el deseo de Él, la petición. «La petición es el límite último, el confín misterioso de nuestra libertad. En la petición se juega nuestra libertad. El hombre cristiano no es indiferente al bien y al mal moral, pero en la percepción de que no es nada pide, mendiga. La verdadera y fundamental práctica ascética es pedir. Y no se puede pedir largamente sin desear verdaderamente que suceda lo que se pide.

<sup>103</sup> L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 285.

<sup>104</sup> L. Giussani, «*Eius dulcis praesentia*. La dulzura como evidencia última de la verdad: de la verdad que obra», *Huellas-Litterae communionis*, enero 2003.

<sup>105</sup> L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 33.

<sup>106</sup> L. Giussani, «*Eius dulcis praesentia*. La dulzura como evidencia última de la verdad: de la verdad que obra», *Huellas-Litterae communionis*, enero 2003.



La petición es tal si verdaderamente se desea que suceda lo que se pide. El comentario al Salmo 37 de san Agustín dice: “*Tu deseo es tu oración: si tu deseo es continuo, también es continua tu oración*”. [...] [Y] Gregorio de Nisa [escribe]: “*El alma está golpeada y herida por la desesperación de no obtener jamás lo que desea, pero este velo de tristeza se le quita cuando aprende que la verdadera posesión de Aquel al que ama radica en no cesar jamás de desearlo*”. [...] No cesar jamás de desearlo: este es el acontecimiento de la relación entre el hombre y Cristo, fuente de un deseo que no cesa jamás, este es el encuentro que lo despierta, esta es la capacidad de desearlo siempre. El encuentro providencial que Dios ha hecho que tengamos, ¿a qué tiende, sino a hacernos desear a Dios? Desearlo continuamente, en la humildad clara y realista de nuestra debilidad»<sup>107</sup>.

La capacidad que tiene Cristo de despertar nuestro deseo es el signo de Su verdad. La salvación no equivale a la eliminación del deseo. Es lo contrario. Como dice san Bernardo: «No se busca a Dios con los pasos de los pies, sino con el deseo. Y la felicidad de haberlo encontrado no extingue el deseo, sino que lo acrecienta. ¿Acaso la plenitud de la alegría significa extinción del deseo? Todo lo contrario, es el aceite que lo alimenta, porque el deseo es llama»<sup>108</sup>. Entonces, la nostalgia de Cristo es un buen indicativo del camino que hemos hecho hasta ahora, nos revela hasta qué punto hemos secundado Su iniciativa. Cada uno de nosotros puede preguntarse si hoy siente más nostalgia de Él o si, por el contrario, se ha alejado de Él; no es que no participe en ciertas cosas, pero ya no le interesa Cristo, no Lo desea como el primer día, no Lo desea más que el primer día. Preguntémosnos: ¿estamos más necesitados de Su presencia o somos más escépticos? ¿Nos hemos alejado de Cristo al haber vivido con Él una relación formal, porque en el fondo no nos resultaba tan necesario para vivir? ¿O tal vez ha crecido cada vez más la nostalgia de Él? ¿Le busco más o Le busco menos que al principio? Si desde dentro de nuestras entrañas no nace el deseo de buscar a Cristo, la fe se reduce a algo que solo sirve para hacer la vida más pesada.

Como se puede ver, la libertad siempre está en juego. «La moralidad», dice Giussani, «es una tensión. Si consistiera en “cumplir” algo, ya no habría tensión. ¡Lo que debemos hacer tratemos de hacerlo, por supuesto! Pero decir que la moralidad es tensión sirve para indicar una postura que está siempre orientada hacia algo diferente, que está dispuesta a ser

<sup>107</sup> L. Giussani, «*Ese amado gozo sobre el que toda virtud se funda...*», suplemento de *CL-Litterae communionis*, junio 1993, pp. 29-30.

<sup>108</sup> Cf. San Bernardo de Claraval, Sermón 84 sobre el Cantar de los Cantares, en *Obras completas de San Bernardo*, V, BAC, Madrid 2014, p. 977.

corregida para penetrar crecientemente en una realidad más grande que nosotros, “cuanto dista el cielo de la tierra”. No podemos complacernos en nada de lo que hacemos, según la expresión de Jesús en el Evangelio: “Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha ordenado, decid: ‘Somos siervos inútiles’”. Lo único en lo que podemos complacernos es en afirmarle a Él, en tender hacia Él. Así que somos totalmente pobres; porque ante el misterio de Dios el hombre no es nada, su consistencia está en relacionarse con Él, en obedecerle momento a momento<sup>109</sup>.

«Lo que últimamente domina en mí», me escribe una amiga, «es un profundo agradecimiento por la preferencia continua de Jesús por mi vida. Un agradecimiento y una conmoción que están superando incluso el escándalo por mi corazón cada vez más necesitado; esta carencia se está convirtiendo en lo más querido que tengo, aunque no siempre tenga la gracia de darme cuenta de ello».

En la misa que vamos a celebrar ahora, pidamos que Cristo despierte en nosotros la añoranza de Él.

---

<sup>109</sup> L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 44.

# SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: 1Jn 1,5-2,2; Sal 102; Mt 11,25-30*

## HOMILÍA DE SU EXCELENCIA EL CARDENAL EDOARDO MENICHELLI ARZOBISPO DE ANCONA-OSIMO

La paz del Resucitado esté con todos vosotros.

Él, presencia viva que desata los nudos robustos de nuestras prisiones ilusorias y que, sobre todo, desafía como nadie el deseo de libertad con una obediencia que Le imita, ha hecho del amor obediente su testimonio y su bandera gloriosa.

Que Él, queridos amigos, que se ha hecho pobre para comprenderme a mí, pobre, que Él satisfaga mi vida y la vuestra con verdadera riqueza.

Estoy agradecido a Julián Carrón y a todos por esta invitación, que me hace rezar con vosotros y por vosotros, y que vuelve a anudar en mí, a reforzar en mí algo que para vosotros y para mí se identifica con una Per tenencia y una dirección vocacional.

No sé si seré capaz de deciros algo útil. Aunque sea balbuceando, os diré algo sobre Alguien en quien creo.

En el centro de esta pequeña reflexión mía está la Pascua. La Pascua, en cuya gracia vivimos, nos recuerda y nos anuncia que la credibilidad –diríamos la fe– no es evidencia de una idea ni propiedad de algo, ni una asfixiante lista de reglas, sino la manifestación de una Persona. Este es el núcleo espiritual, íntimo y misterioso, en donde solo se entra por medio del amor y de la libertad que este genera.

Me identifico completamente con el tema de vuestros Ejercicios: «Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives». Yo añadiría: «Me he encontrado contigo y me has liberado». Y aquí nos ayuda la experiencia espiritual de santa Catalina, cuya memoria litúrgica celebramos hoy, que consiste en fundirse en el amor intenso de Cristo y a Cristo y en el amor a la Iglesia y a la historia que la habita. Y en esta unión de amor con Cristo y con la Iglesia, en Cristo y en la Iglesia, queridos amigos, todo es atractivo, todo es libertad. Este encuentro o, si se quiere, este descubrimiento, debe ser construido, debe volverse evidencia fascinante, fatiga y libertad.

Me podríais preguntar: pero tú, ¿en qué punto estás? ¿Tienes la conciencia de ser libre porque lo tienes todo al tenerle a Él? ¿Lo adviertes como contemporáneo a ti? No sé deciros, queridos amigos, o más bien solo sé deciros que todo esto se produce en la fidelidad a la Pascua y al hecho de que es un acontecimiento de salvación en el que podemos estar y vivir, estando y viviendo el tiempo humano que se nos ha dado.

Naturalmente, todos nosotros sabemos que la Pascua sitúa mi vida de discípulo dentro de un duelo en el cual, como nos ha hecho proclamar la liturgia pascual, vida y muerte se enfrentan, y de ese duelo, el Señor, que estaba muerto, ha salido vivo y triunfante. Este es el punto radical que nos ayuda a cada uno de nosotros a atravesar la historia, el tiempo y las cosas, por el que, como dice con frecuencia el papa Francisco, la vida del discípulo creyente no es un *status* social, no es un modo de vivir una espiritualidad que me hace ser bueno y quizá estar ausente de la historia. Esta vida, la vida del discípulo, es el testimonio de la fidelidad y de la obediencia.

Y a este respecto, os invito a contemplar conmigo brevemente tres aspectos esenciales de la Pascua.

El primero: ante todo, la reconocibilidad del Resucitado. No sé, pero con frecuencia pienso que nos asusta más la alegría del Resucitado –incluso los discípulos dijeron: «Es un fantasma»– que la tristeza por el Crucificado. Hacer experiencia de Cristo resucitado no es respuesta a una emoción ni descubrimiento de una compañía esperada. Es más bien la novedad que alegra, que crea un asombro seductor, es el Amado que nunca perderías, es el Destino, es el Misterio que te llena. Y esta, queridos amigos, es para mí la primera gran libertad: lo impensable es posible, el Muerto camina conmigo ahora.

El segundo aspecto: aceptar el don que nos ha hecho el Resucitado. Y el don del Resucitado es el Espíritu. «Recibid el Espíritu», dijo el Resucitado a los once discípulos asustados. Es el Espíritu quien te permite reconocer quién es Él, es el Espíritu quien explicará todo acerca del misterio de Cristo. Y sí, queridos amigos, aquí se halla la libertad de la que tenemos necesidad. En el Espíritu nada está estructurado, nada es viejo, nada sabe a moho. Dejarse llevar por el Espíritu, don de Cristo resucitado, para que fructifique la vida, para festejar la existencia que puede estar marcada por la cruz, para liberar mi carne de las seducciones que ella ofrece; encadenar o pretender encadenar al Espíritu y a sus carismas es el pecado más anti pascual. El anuncio del Resucitado no es fruto de nuestras palabras ni de nuestras alquimias o análisis sociales o pastorales, siempre en busca de «novedad». El anuncio de la salvación pasa por la vida cotidiana y a través de ella, una vida cotidiana animada por la frescura del Espíritu. Quiero recordaros un pequeño pasaje del Evangelio. Jesús no se revela con gestos deslumbrantes, sino en lo cotidiano. ¿Os acordáis de lo que sucedió en el lago de Tiberíades? ¿Qué les dijo a los doce que estaban allí? «Hijos, ¿no tenéis nada de comer?».

Me gustaría deciros una cosa, y espero que tengáis misericordia de mí. Lo digo lleno de conmoción. Tenéis un carisma singular y fascinante: ¡no

dejéis que envejezca, no hagáis de él un fósil! Preguntaos siempre: «¿Qué quiere de mí el espíritu de la Pascua hoy, ahora?».

Y por último, el tercer aspecto pascual: Cleofás y su amigo, casi desesperados y ya sin deseos, muertos por dentro. «Lo reconocieron al partir el pan», dice el Evangelio. El gesto de la cena pascual es un gesto que da vida. Recordémoslo: «Tomó el pan»: era Su cuerpo; «lo partió»: quiere decir «se inmoló»; «se lo dio»: Su pan comunica y ofrece vida; «haced esto en memoria mía»: ¡no se trató de un gesto cualquiera carente de significado! «Me lo hacéis a mí»: en Su nombre y extrañamente en favor Suyo (tenemos que comprender este «Suyo»). Aquí, creedme, están la tipología eucarística pascual del discípulo creyente y de la Iglesia, comunidad de creyentes, de pecadores. Me gusta la expresión del querido don Giussani: «La pobreza nace de la caridad», que es como decir: si amas, te vuelves pobre; o bien: si amas, sirves a Cristo pobre, al que ves ahora.

A este respecto, quiero dejaros una imagen que vi hace algunos días y que me ha educado. En nuestro museo diocesano de Ancona se expone desde hace algún tiempo una tablilla sobre las obras de misericordia, pintada por Olivuccio di Ciccarello, un autor desconocido para mí. Mirando las distintas figuras, he percibido que en la cabeza de algunas de ellas hay una corona de gloria. He mirado con detenimiento y he visto que las figuras eran todas distintas. No era siempre la misma figura la que tenía la corona de gloria y pregunté por qué. Las figuras con la corona de gloria no eran ni Cristo ni ningún santo de la caridad, sino que la corona de gloria estaba en la cabeza de los destinatarios de la caridad, porque en ellos está presente Cristo. Aquí, para mí, está el testimonio creíble del discípulo. ¡No envejezcáis tratando de acumular! ¡Sed jóvenes en la donación! En esto se vive también la libertad.

Amén.

#### ANTES DE LA BENDICIÓN

**Julián Carrón.** Querida Eminencia, quiero darle las gracias en nombre de todos los amigos del movimiento por haber aceptado con tanta alegría estar aquí con nosotros esta mañana, compartiendo su compañía y presidiendo la Eucaristía donde nos ha testimoniado qué significa para usted la Pascua. Estamos agradecidos por este testimonio porque nos ofrece algo de sí al compartir lo más querido para usted. Le damos las gracias porque siempre nos ha abrazado allí donde ha estado. Nuestros amigos de Ancona me hablan siempre de la estima que siente por la gracia que el Señor nos ha dado. Y le pedimos, como nos ha recordado esta mañana, que pida para

que seamos fieles, porque usted intuye la gracia que supone para toda la Iglesia el don del carisma concedido a don Giussani. Por eso le damos de verdad las gracias.

**Cardenal Menichelli.** Soy yo el que os da las gracias, y espero vivamente que podáis ser la alegría y el gozo de la Iglesia. Gracias.

\* \* \*

*Regina Coeli*

# *Sábado 29 abril, por la tarde*

*A la entrada y a la salida:*

*Johannes Brahms, Sinfonía n. 4 en mi menor, op. 98*

*Riccardo Muti – Philadelphia Orchestra*

*“Spirto Gentil” n. 19, Philips-Universal*

## ■ SEGUNDA MEDITACIÓN

**Julián Carrón**

### *«Daré a conocer el poder de mi nombre por la alegría de sus rostros»\**

«Tus ojos lo veían todo y hablaban al corazón, / las palabras llevaban consigo el fuego y las ganas de ir, de ir»<sup>110</sup>. Prestando atención a lo que hemos cantado, descubrimos que todo está unido: las ganas de ir nacen de esos ojos que lo veían todo y hablaban al corazón y de palabras que llevaban consigo el fuego. El vínculo entre las cosas es interno, no es algo que viene de fuera, no es algo añadido.

Tratemos ahora de reconocer lo que brota en la vida de un hombre al que le ha sucedido lo que hemos descrito esta mañana, en alguien que ha sido cautivado por esos ojos llenos de misericordia, en alguien que ha encontrado la respuesta a su sed de significado y a su necesidad de ser perdonado. Veremos que todo surge de una misma fuente, desde las entrañas de la propia experiencia.

En la *Evangelii gaudium* el papa Francisco afirma que «el problema mayor» en la vida cristiana «se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece [...] identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo». De hecho, el contenido del anuncio cristiano es otra cosa: un acontecimiento que mueve al yo en lo más hondo. En cambio, si no hay ojos, si no hay palabras que enciendan el fuego, uno se ve “obligado” a ir, lo hace únicamente por un esfuerzo, y no por las ganas de no perder algo que ha visto, no por el deseo de vivir y de seguir.

\* Cf. *Confractorium* del IV Domingo de Adviento, *Missale ambrosianum juxta ritum Sanctae Ecclesiae Mediolanensis*, editio quinta post typicam, Mediolani, Daverio, 1954.

<sup>110</sup> C. Chieffo, «Andare...», en P. Scaglione, *La mia voce e le Tue parole*, Ares, Milán 2006, p. 272.

Entonces conviene «conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo»<sup>111</sup>. El Papa insiste: «Así como la organicidad entre las virtudes impide excluir alguna de ellas del ideal cristiano, ninguna verdad es negada. No hay que mutilar la integralidad del mensaje del Evangelio. Es más, cada verdad se comprende mejor si se la pone en relación con la armoniosa totalidad del mensaje cristiano, y en ese contexto todas las verdades tienen su importancia y se iluminan unas a otras. [...] El Evangelio invita ante todo [como hemos visto esta mañana] a responder al Dios amante que nos salva [...]. ¡Esa invitación en ninguna circunstancia se debe ensombrecer!». Si lo damos por descontado, si lo ensombrecemos porque lo consideramos como algo «ya sabido», el cristianismo, inevitablemente, lo queremos o no, se convierte en un moralismo, porque desaparece el origen, el punto original que hace que sea razonable y posible: «Si esa invitación no brilla con fuerza y atractivo, el edificio moral de la Iglesia corre el riesgo de convertirse en un castillo de naipes, y allí está nuestro peor peligro». El cristianismo se convierte en una ética, en un moralismo. Pero entonces ya no es cristianismo, y aunque sigamos usando las palabras cristianas, pierde su verdad. Y entonces, continúa el Papa, «no será propiamente el Evangelio lo que se anuncie, sino algunos acentos doctrinales o morales que proceden de determinadas opciones ideológicas. El mensaje correrá el riesgo de perder su frescura», perdiendo interés para nosotros, «y dejará de tener “olor a Evangelio”»<sup>112</sup>.

Pongamos ante nosotros una figura que nos haga más fácil comprender lo que estoy diciendo. Imaginemos a Zaqueo –al que hemos hecho referencia esta mañana– bloqueado en sus propios engranajes. Había reducido su deseo de plenitud a acumular la mayor cantidad de dinero posible. Y sin embargo, lo que había ganado no le bastaba. Lo demuestra el hecho de que, cuando escuchó hablar de Jesús, cuando supo lo que decía y hacía, la actitud que tenía hacia los demás, no pudo contener sus «ganas de ir», como decía la canción. ¿Ir a dónde? A verle a Él, aunque fuera subido a un árbol. Y cuando escuchó: «Zaqueo, baja, que tengo que ir a tu casa», percibió en aquellas palabras la respuesta a su necesidad de salvación. De hecho, como hemos dicho esta mañana, Zaqueo estaba impregnado de la mentalidad que le rodeaba, que penetraba en él hasta la médula, hasta tal punto que le hacía pensar: «¡No te hagas ilusiones, para ti no hay salvación!». Pero cuando se produjo la sorpresa de ese «tengo que ir a tu casa», recibió a Jesús muy contento. Y el Evangelio refiere las palabras de Jesús:

---

<sup>111</sup> Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 34.

<sup>112</sup> *Ibidem*, 39.



«Hoy ha llegado la salvación a esta casa»<sup>113</sup>. ¿Y en qué se ve que había llegado la salvación? En lo que brotó en Zaqueo a raíz de aquella visita imprevisible: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más»<sup>114</sup>. Como podéis ver, todo está unido. Imaginad todos los intentos que habrían hecho los fariseos para hacerle cambiar, echándole en cara todos los errores que había cometido. No le habían hecho moverse ni un milímetro. Jesús lo consiguió con aquella mirada de misericordia que iba hasta la raíz de su corazón. Esto es el cristianismo. Cuando falta el punto del que brota todo, ya no es cristianismo, aunque usemos las palabras cristianas.

Solo de la experiencia de la misericordia puede nacer una alegría que lo cambia todo. Y por eso no es casual que el Papa haya elegido como título de su propuesta a la Iglesia y al mundo *Evangelii gaudium*, la alegría del Evangelio.

### 1. «Ese amado gozo sobre el que toda virtud se funda»

El nexo con la totalidad armoniosa del mensaje cristiano no es el resultado de un artificio intelectual, de un complicado recorrido mental o de un esfuerzo especial por nuestra parte. Brota de la experiencia del encuentro con Jesús. Don Giussani nos ha enseñado a sorprenderlo en la experiencia de los primeros que se encontraron con Él, de la que nos habla el Evangelio.

«Pensad en Juan y Andrés: durante toda su vida, el presente más presente fue el presente de aquel día». Prestemos atención a esta frase: «El presente más presente fue el presente de aquel día». ¡No se habla de un hecho del pasado! El presente más presente es algo que permanece siempre. «No había nada comparable, excepto el renovarse de aquel día todos los días de su vida. Pasaron tres años como marajás, no porque dieran la vuelta al mundo en avión o fuesen a la luna, sino por el nexo que tenía con Él todo lo que hacían –mirar a su mujer, cuidar a sus hijos, ir a pescar, los amigos–, de modo que, cuando seguían a aquel hombre por las calles, ya no había espacio para otra cosa en su corazón»<sup>115</sup>.

Pero lo mismo le pasó a Zaqueo. Tratad de imaginároslo en silencio, con los oídos llenos del acento de aquella voz y el corazón rebosante de la palabra de Jesús, ¡de alguien que finalmente le había llamado por su nombre! Es evidente que aquella llamada resonaría en todo lo que hiciera, porque Za-

<sup>113</sup> Cf. Lc 19,1-10.

<sup>114</sup> Lc 19,8.

<sup>115</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 363-364.

queo estaba imantado por la presencia de Aquel que le había llamado: «Presencia no de alguien que mira para otro lado, sino de alguien que te mira a ti. Es esta cercanía lo que trastoca, lo que transfigura toda la vida»<sup>116</sup>, la vida de Zaqueo y también la nuestra. ¡No soy yo el que transfigura mi vida! Lo que trastoca, desborda y transfigura la vida es esta cercanía.

Cuando sucede un hecho como este todo gira alrededor de él. «Para Zaqueo», continúa don Giussani, «aquel hombre se había convertido en el horizonte de todo, y por ello todo lo que pensaba, todo lo que juzgaba, era expresión de ese horizonte y estaba en función de él. Aquel rostro –¿será interesante cuando lo veamos!–, esa mirada de abajo a arriba, y esa palabra, y él que corre a su casa: aquel fue el horizonte de toda su vida, y por eso, idealmente, todo lo juzgaba, todo lo pensaba y realizaba en la vida partiendo, teniendo como referencia, en función de ese horizonte»<sup>117</sup> que Jesús había introducido en su vida. Todo lo que sucedía se convertía en acontecimiento dentro de su ámbito, dentro del horizonte de aquella mirada. Para Zaqueo, lo más decisivo de la vida –es decir, aquello por lo que desde aquel día ya no fue el mismo, sino otro, es decir, más enteramente él mismo– fue aquel impacto, aquel entusiasmo que sorprendió dentro de sí.

¿De dónde nacía ese entusiasmo? Del encuentro con ese hombre. «Todo se encerraba allí, durante toda su vida todo se encerraba allí, en ese hombre; aquel hombre que después murió y que más tarde resucitó...»<sup>118</sup>. En Zaqueo, el entusiasmo nacía de ese impacto que había abrazado y acogido –cada día, cada momento, cuando iba por la calle, cuando estaba en silencio, cuando se enredaba o cuando no podía soportarse–, del encuentro con ese Hombre, del reconocimiento de su presencia excepcional. Es decir, el entusiasmo nacía de la fe.

Entonces, «si tenemos conciencia de Aquel que está entre nosotros, [...] no nos asusta la fatiga, al igual que a una madre no le asusta la fatiga cuando su hijo llora y la despierta por la noche. Lo que entusiasma es la fe. Entusiasmo es una palabra que indica un modo de vivir haciéndolo todo –de alguna forma– divino. Hacer que todo sea divino quiere decir mirar a las personas y las cosas de una cierta manera, percibir a las personas y las cosas de una cierta manera, intentar tratarlas con verdad y no cansarse jamás, hasta entregar la vida. Es la fe lo que nos entusiasma»<sup>119</sup>.

<sup>116</sup> Apuntes de las lecciones en los Ejercicios espirituales de los novicios de los Memores Domini, Le Pianazze, (PC), 7 agosto 1982, conservados en la Secretaría de los Memores Domini, Milán.

<sup>117</sup> L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 442-443.

<sup>118</sup> *Ibidem*, p. 424.

<sup>119</sup> L. Giussani, “*Este amado gozo sobre el que toda virtud se funda...*”, supl. de *CL-Litterae communionis*, op. cit., pp. 47-48.

Por tanto, la fe es el reconocimiento de la gran presencia de Dios hecho hombre. Pero, ¿de qué tipo de reconocimiento se trata? No es como observar una estatua, una imagen o un monumento que tengamos delante de nosotros. La «fe es reconocerte dentro del acontecimiento de la vida, de la jornada, dentro del acontecimiento del presente, del instante. Fe es reconocer la Gran presencia distinta que acompaña a nuestra presencia, pequeña y mortal»<sup>120</sup>. Este reconocimiento libre es lo que impide que nuestra enfermedad se vuelva mortal, que nuestra debilidad se vuelva nada. No basta con afirmar cosas por muy verdaderas que sean: si esta Presencia no determina mi vida desde dentro, significa que se queda fuera. Debe brotar este reconocimiento libre para que Su presencia vibre en las entrañas de nuestro yo, en lo que hacemos, no en lo que no hacemos, sino en todo lo que tocamos, en todo lo que miramos, en todo lo que padecemos, en todo lo que soportamos, incluso cuando nos equivocamos. En este reconocimiento nace, al igual que en Zaqueo, toda la alegría de acogerlo en casa. «Y lo recibió muy contento», dice el Evangelio.

«El amado gozo sobre el que toda virtud se funda es la fe, es la alegría del encuentro que hemos tenido, es la alegría del acontecimiento que nos ha sucedido. Y esta alegría por el encuentro que hemos tenido, por el acontecimiento que nos ha sucedido, es lo que nos hace desear cambiar». Don Giussani nos empuja a mirar los signos inequívocos de cómo germina en nosotros este deseo que nace de la fe, del impacto del encuentro: «¿Es verdad o no que muchos de nosotros, todos, tenemos deseos de bien que antes no teníamos, tenemos una sed de pureza que antes no conocíamos, tenemos un anhelo de justicia que antes no conocíamos, experimentamos un asombro ante la belleza y la grandeza del milagro de la gratuidad o de la caridad que antes ni siquiera soñábamos? Hemos comenzado a desear estas cosas por lo que nos ha sucedido». Como le sucedió a Zaqueo, «el amado gozo de la fe, este don precioso de la fe que se ha encendido y reavivado en el encuentro que hemos tenido, nos hace desear ser mejores, nos hace desear la virtud, nos hace desear un cambio de nosotros mismos según la voluntad de Dios. Y el deseo de cambio –que no es verdadero si no se convierte en petición a Dios– es ya el impulso, el movimiento del bien en nuestra vida»<sup>121</sup>.

¿Qué es lo que cambia? La relación con las cosas. Zaqueo «estaba lleno de esa mirada y, como consecuencia, piensa: “Ahora voy a devolver todo lo

---

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 61.

que he robado”»<sup>122</sup>. El milagro de aquel encuentro transformó totalmente la vida de Zaqueo. Por eso no se vio afectado mínimamente por el miedo a perder algo, porque el hecho de que aquel nombre hubiera llenado todo se impuso a las prioridades y los objetivos que constituían su vida antes de que Jesús lo llamase. Fue la misma experiencia de san Pablo: «Todo eso que para mí era ganancia, [...] lo considero basura»<sup>123</sup>.

«Gracias a este abrazo de misericordia», nos recordaba el papa Francisco el 7 de marzo de 2015, «vienen ganas de responder y cambiar, y puede brotar una vida diversa»<sup>124</sup>. Observemos también en este caso el nexo entre ambas cosas: solo si encuentra una respuesta verdadera la pobreza radical de la que hablábamos esta mañana, es decir, la sed de significado y la necesidad de perdón que nos constituye, podrá brotar en nosotros también la pobreza material como agradecimiento, como consecuencia, desde dentro de esta experiencia única de correspondencia, de percibir a Jesús dentro de nuestras entrañas. Porque nada queda fuera de la novedad que supone Cristo para la vida del hombre. Si no llegase a tocar todo, incluso el bolsillo, el acontecimiento de Cristo no sería verdadero. No porque se mostrara demasiado poco exigente sino porque no nos liberaría totalmente, no sería suficientemente atractivo como para liberarnos incluso de la riqueza material, es decir, no respondería hasta el fondo a nuestra necesidad, dejaría fuera una parte que seguiríamos pensando que satisfacemos con alguna posesión nuestra. En cambio, la verdad de Cristo, la verdad que es Cristo, se muestra para Zaqueo en el hecho de que Su presencia predomina sobre todo, hasta el punto de llegar al bolsillo.

## **2. La virtud de la pobreza**

«Si pertenecemos a Cristo», dice don Giussani, si Cristo está presente en la vida, si Cristo es inmanente a la vida, entonces nosotros, al igual que Zaqueo, «no pertenecemos a las cosas que tenemos», porque hay otra cosa, hay algo más grande, que prevalece: esto es lo que se llama *pobreza*. «Porque la riqueza es el apego a uno mismo, a la propia medida, a la propia imagen. [...] La pobreza hunde su raíz en la conciencia de que yo soy no porque tenga esto o aquello». Don Giussani nos advierte, sin hacer concesión alguna: «La frase: “Nosotros identificamos nuestra consistencia

---

<sup>122</sup> Apuntes de las lecciones en los Ejercicios espirituales de los novicios de los Memores Domini, Le Pianazze (PC), 7 agosto 1982, conservados en la Secretaría de los Memores Domini, Milán.

<sup>123</sup> Flp 3,7-9.

<sup>124</sup> Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 marzo 2015.

con aquello que poseemos” –que es la frase que define a todos los hombres de este mundo– es una terrible posibilidad también para nosotros»<sup>125</sup>. En cuanto Cristo empieza a convertirse en un hecho del pasado, en cuanto deja de determinar el presente, en cuanto no prevalece y no es lo más interesante, enseguida empezamos a llenar la vida con otras cosas.

Y entonces, ¿qué sucede? Ponemos la esperanza de nuestra felicidad en la posesión de esto o aquello. En cambio, la pobreza es «no poner la esperanza de la felicidad en un objeto decidido por nosotros. Desafío a uno solo a que me diga si ha escuchado alguna vez esta definición de pobreza, que es profundamente opuesta a todas las imágenes de pobreza que os habéis hecho. La pobreza es una virtud que nace [¡atención a los nexos entre las cosas!] de la ontología profunda del hombre [es decir, del cambio radical que Cristo introduce en la vida del hombre]: de su ser una sola cosa con Cristo, de existir en la presencia de Cristo...»<sup>126</sup>. Esto es lo que hace posible la pobreza.

Para facilitar nuestra comprensión, don Giussani imagina esta situación identificándose, como hace habitualmente, con los relatos del Evangelio: «Si hubieseis entrado en la casa en aquellas dos o tres horas que Juan y Andrés estuvieron allí y hubieseis dicho: “¡Espera un momento, maestro, detente! Juan y Andrés, ¿queréis otra cosa? Vuestra felicidad, vuestra alegría, vuestra seguridad, vuestra luz, ¿se haya en alguna otra cosa? ¿Queréis cualquier otra cosa?”, os habrían echado fuera como cuando uno está contemplando un cuadro bonito y un cretino se le pone delante: ¡lo aparta a la fuerza!... Si está presente, nuestra esperanza no puede sino apoyarse en esa presencia, no en algo que queremos nosotros»<sup>127</sup>.

Por tanto, la pobreza «resulta posible por el hecho de que Cristo está, por el hecho de que la presencia dominante [de la vida] es Cristo, de que el objeto de mi mirada es Cristo»<sup>128</sup>. Es lo opuesto al moralismo. La pobreza es fruto de Su presencia en nuestra vida, y si no es así, es como un «castillo de naipes», que se viene abajo en un santiamén. Si no existe pobreza en nosotros, de nada servirán los reproches y propósitos, todos fracasarán. Mejor pidamos que Cristo nos atraiga, nos aferre, que podamos volver a Él tal como somos. Si no lo hacemos, significa que ya hemos empezado a alejarnos. ¿Quién de nosotros, al menos en algún momento de su vida, no se ha visto totalmente aferrado por Cristo, por el encuentro con Él?

<sup>125</sup> ASAEMD, *Grabaciones audiovisuales*, OR.AUDIO1030, Retiro de Cuaresma. Lección de la tarde del 19 de febrero de 1983; transcripción de la grabación.

<sup>126</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 345.

<sup>127</sup> *Ibidem*, pp. 345-346.

<sup>128</sup> *Ibidem*, p. 388.

¡No estaríamos aquí! ¡Os aseguro que ninguno de nosotros estaría aquí! Y por eso debemos mirar ese momento, el momento en el que todo surge; y cuando falta algo debemos volver ahí, como mendigos, y pedir de rodillas –como escuchamos ayer por la noche– que el Señor tenga piedad de nosotros. De no ser así, estaremos a merced de cualquier cosa y nunca estaremos contentos, viviremos como «minas flotantes».

Como dijimos en los Ejercicios del año pasado, una «historia particular [...] es la clave de la concepción cristiana del hombre»<sup>129</sup>. Ni un discurso ni un reclamo ético tienen el poder suficiente para aferrarnos por completo y generar una forma distinta de mirar y tratar las cosas. Solo porque Cristo está presente y domina mi vida, la llena, responde a la espera de mi corazón, me sorprende libre con respecto a todo. Fuera de la experiencia de que Su presencia lo domina todo, los llamamientos a la pobreza son ineficaces, no tienen el agarre suficiente para cambiarnos, y su realización obtiene con frecuencia un resultado contrario al deseado. Por ello, reducir el cristianismo a una ética es un fracaso en todos los sentidos. Miremos a Zaqueo: los innumerables llamamientos de los fariseos para que cambiara su estilo de vida no le habían movido de su posición ni un ápice. Cada uno de nosotros puede encontrar una confirmación de ello en su propia experiencia.

La pobreza es «no poner nuestra certeza en nada salvo en algo presente, salvo en algo que está presente *siempre*». Para ser pobres es necesario que Cristo esté presente, es necesario que el cristianismo sea un acontecimiento presente (y si no es un acontecimiento presente, no es cristianismo). Por tanto, esta es la alternativa: o el cristianismo es un acontecimiento que nos cautiva por completo, desde dentro, que nos hace vivir una experiencia única de sobreabundancia, y por eso nos hace libres frente a todo, frente a las migajas en las que ponemos nuestra esperanza, o estaremos siempre a merced de una u otra posesión o proyecto. Pero esto equivaldría a admitir que no existe una respuesta a nuestra sed, a nuestra necesidad, porque aunque se realizase todo aquello que tenemos en la cabeza, eso no sería capaz de cumplir de verdad nuestra vida, como hemos experimentado muchas veces. Y sería realmente para echarse a llorar, no por el hecho de no ser suficientemente coherentes, sino por la imposibilidad de ser nosotros mismos. ¡La verdadera desgracia sería que no existiese Cristo! Significaría que no existe posibilidad de respuesta a la espera que hay en nosotros. Cristo es una presencia presente: «La presencia de Jesús, que es algo de cada día, que repercute en nuestro compromiso con cualquier circunstancia, la veis

<sup>129</sup> L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 80.

ahí con el rabillo del ojo»<sup>130</sup>. Nuestra esperanza se fundamenta precisamente en el reconocimiento de Su presencia presente.

Don Giussani desarrolla de forma fascinante la insistencia del Papa —a la que hemos hecho referencia al principio— sobre la «organicidad entre las virtudes», mostrando que la pobreza nace de la esperanza y que es «una consecuencia de la dilatación hasta el infinito de la esperanza. La esperanza dilata sus confines hasta el extremo del mundo, hasta el umbral del cielo; la pobreza es una consecuencia de ella»<sup>131</sup>. ¿Por qué de la esperanza, como fruto de la fe, nace la pobreza? Porque solo quien tiene una certeza sólida en el futuro por una certeza sólida en el presente, es decir, por la posesión de Cristo presente, solamente alguien así puede evitar apegarse a lo que tiene o proyecta como esperanza de cumplimiento de su persona, puede evitar apoyar su consistencia y expectativa de felicidad en una cierta posesión establecida por él. Lo vemos en la vida cotidiana, de forma positiva o negativa. Un ejemplo entre muchos: si yo no estoy seguro de que mi mujer o mi marido no me va dejar dentro algunos años diciendo: «Ya no quiero saber nada de ti», no pongo en común nada y prefiero tener un régimen de separación de bienes (más allá de las valoraciones fiscales). Solo si existe una esperanza con respecto al futuro se puede llegar también a la comunión de los bienes; de otro modo sería imposible, porque no se pueden fiar el uno del otro.

«Me urge que comprendáis esto, porque es lo más importante [...]. La fe me permite reconocer a Cristo presente, yo poseo a Cristo y, por ello, estoy seguro del futuro: esto es la esperanza». Solo por esta certeza con respecto al futuro, que nace de la relación con Cristo y que se llama esperanza, puedo no ligar mi consistencia a lo que tengo, puedo ser libre frente a todo. Entonces, «lo que se opone a esta esperanza es cualquier forma en la que el hombre fije su certeza en algo determinado por él, elegido por él, ya sea en el presente o en el futuro, que es lo mismo». Se trata de una gran ilusión, porque no hay nada de lo que tú posees «en lo que puedas poner tu esperanza; en ninguna posesión puedes poner tu esperanza con respecto al futuro, porque mañana, el tiempo mismo o una bicicleta te puede quitar de en medio lo que posees: una bicicleta choca violentamente con un individuo, este cae, se da con la cabeza en la acera y muere, y tú al día siguiente en lugar de celebrar la boda vas a su funeral»<sup>132</sup>. ¡Qué verdad es esto para cada uno de nosotros! Casi sin darnos cuenta, ponemos la

<sup>130</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 345.

<sup>131</sup> *Ibidem*.

<sup>132</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 189.

expectativa del futuro en la realización de este o de aquel resultado, en la posesión de tal persona, de tal cosa o de tal situación.

La pobreza es entonces la consecuencia de la esperanza, es decir, de la certeza de que Cristo cumple, porque lo que deseamos es una Presencia presente (y si no tenemos experiencia de esto, nadie podrá separarnos de lo que poseemos). Y, al mismo tiempo, es la condición para “salvar” esta esperanza: «La pobreza salva esta esperanza en el futuro, no la obstaculiza, porque nos impide poner nuestra esperanza en una *determinada* posesión presente»<sup>133</sup>. Esto nos permite comprender lo que nos dice el Papa en la carta: «La pobreza es madre y es muro». Esa relación nueva con todo que lleva el nombre de pobreza es generadora: «La pobreza genera, es madre, genera vida espiritual, vida de santidad, vida apostólica». La pobreza genera vida, no es una desgracia. Es madre «y es muro, defiende»<sup>134</sup>, añade el Papa, nos defiende del apego a las cosas.

La pobreza, esta no posesión que nace de la fe a través de la esperanza, es al mismo tiempo la única posesión, la posibilidad de una afirmación verdadera y completa del otro: «La pobreza se puede definir también con esta frase: la afirmación de otro como significado de uno mismo. La afirmación de otro como significado de uno mismo es de por sí amor, pero la dinámica con la que sucede es una pobreza, porque te libera de aquello a lo que te apegarías [...]. La pobreza es condición del amor (también porque alguien que se siente rico no necesita nada en ese momento; en todo caso usará, pero no amará)»<sup>135</sup>.

Después de haber hecho referencia al origen de la pobreza, preguntémonos: ¿en qué reconozco que me ha sucedido Cristo, que mi vida está dominada por la certeza de su presencia y por tanto por esa certeza en el futuro que se llama «esperanza»? ¿En qué se manifiesta la pobreza vivida?

Don Giussani nos señala tres puntos, que son tres consecuencias o tres signos.

#### a) Libertad frente a las cosas

Puesto que Cristo llena por completo mi corazón, yo soy libre frente a las cosas: «La pobreza es esa libertad frente a las cosas –también frente a los rostros– que se produce como consecuencia de la identificación clara de aquello de lo que podemos esperar la felicidad, de esa Presencia de la que

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 188.

<sup>134</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

<sup>135</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 369-370.



lo esperamos todo, que es todo: “Todo para mí fuiste y eres”, decía Ada Negri»<sup>136</sup>. Podemos esperar la felicidad de una Presencia presente.

Por tanto, la relación con Cristo presente es la raíz profunda de la libertad frente a las cosas: «Si Cristo te da la seguridad de que cumplirá lo que te hace desear, entonces serás muy libre de las cosas [...]. No eres esclavo de nada, no estás atado a nada, no estás encadenado a nada, no dependes de nada: eres libre. [...] Pues bien, no eres esclavo de lo que usas porque *solo* eres esclavo de Aquel que te da la certeza de tu felicidad. La pobreza se nos revela como libertad frente a las cosas»<sup>137</sup>.

El fundamento de la pobreza radica en la certeza de que Dios cumple lo que nos hace desear. «La pobreza, ¿en qué basa su valor? En la certeza de que Dios es quien cumple. Cristo cumple el deseo que te despierta: “El que ha empezado en vosotros esta obra buena la llevará a plenitud en el día de Cristo”»<sup>138</sup>. Prestad atención a las palabras de don Giussani: el fundamento, dice, es la certeza; no un razonamiento y tampoco un esfuerzo moralista, sino una certeza –de cumplimiento futuro, que es certeza de una presencia– sin la que, inevitablemente, nos apegamos a todo. «La pobreza se produce porque una certeza más grande permite que nos separemos de algo a lo que hasta ahora estábamos ligados»<sup>139</sup>.

Esta libertad se ve, se sorprende en el modo con el que nos relacionamos con las cosas, con las personas, con lo que nos sucede en la vida, como dice san Pablo: «Digo esto, hermanos, que el momento es apremiante. Queda como solución que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran; los que negocian en el mundo, como si no disfrutaran de él: porque la representación de este mundo se termina»<sup>140</sup>. Pero semejante libertad solo es posible si Jesús es «“inmanente”, [...] presente dentro de la vida». Solo con esta premisa se puede «dejar lo que querríamos tener: el dinero, la salud, la novia, la carrera, el honor, el escaño»<sup>141</sup>. Por ello, la pobreza «es la eliminación de la posesión mundana, que quiere decir apoyar, mucho o poco, la propia esperanza, es decir, el significado de la propia vida y la consistencia de la propia persona en lo que se tiene o en lo que se programa». Es la recomendación de Jesús: «“No os preocupéis por lo que vais a vestir o comer, vues-

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 346.

<sup>137</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, pp. 189-190.

<sup>138</sup> *Ibidem*, p. 189.

<sup>139</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 387.

<sup>140</sup> 1Cor 7,29-31.

<sup>141</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 389.

tro Padre del cielo sabe qué necesitáis”». Pero, ¿qué significa esto? ¿Acaso quiere decir «no tener ropa y no tener nada que comer? No, no quiere decir eso. ¿Quiere decir no hacer ningún plan para vestir y para comer? No, no quiere decir eso: es un modo de poseer estas cosas, es no apoyar en ellas la esperanza y la consistencia de la vida»<sup>142</sup>.

Don Giussani no nos está invitando a despreciar las cosas. De hecho, dice que «la definición de pobreza que da Jesús, [...] no es la abolición o la censura de cosa alguna: ¡de nada!». Y nos recuerda la frase de san Pablo, que afirma abiertamente: «Todo lo que es bello, todo lo que es bueno, todo lo que es digno de alabanza, todo lo que da reputación, todo lo que obtiene la alabanza de los demás, todo esto hacedlo». Por tanto, subraya Giussani, la pobreza es «distanciarse de un modo *determinado*» de poseer a las personas y las cosas, «más precisamente, distanciarse del modo que le hace a uno tratar a la persona o la cosa que tiene delante no según el universo (el designio de Dios), no según el sentimiento que tiene Dios de ella, sino según el sentimiento que tiene él, es decir, según la reacción que experimenta él, secundando su reacción y no el destino objetivo de esa cosa». Pobreza, por tanto, no significa en modo alguno una devaluación de las cosas, sino «esa distancia que mira con positividad todo sin excepción, todo lo que sucede». Miro todo con positividad, pero no pongo mi esperanza en lo que, siendo verdadero y bello –personas y cosas–, no es suficiente para dar consistencia a mi vida. Se introduce de este modo una forma distinta de mirarlo todo: el respeto. Porque «respeto quiere decir mirar una cosa dominado por la presencia de otra [...] mirar una cosa teniendo otra en el rabillo del ojo». Es decir: «el Misterio que te hace domina en mí mientras te miro, mientras pienso en ti. Esto implica un desprendimiento: no eres mía. Y, de hecho, toda mi relación contigo consiste en afirmarte a ti»<sup>143</sup>.

## b) Alegría

¿Cuál es el signo de la pobreza entendida como libertad frente a las cosas? La alegría. «De la libertad frente a las cosas –que nace de la certeza de que Dios mismo lleva todo a cumplimiento– brota otra característica del alma pobre: la alegría»<sup>144</sup>. Cuanto más madura, cuanto más habitual se vuelve la certeza de que Dios cumple, y cuanto más libres llegamos a ser frente a las cosas, tanto más alegres estamos. «La alegría no florece sobre otro terreno.

<sup>142</sup> ASAEMD, *Grabaciones audiovisuales*, OR.AUDIO/1458, Encuentro de la casa, Gudo Gambaredo (MI), 23 marzo 1970; transcripción de la grabación.

<sup>143</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 392, 395, 396.

<sup>144</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 190.

[...] La alegría nace exclusivamente sobre el terreno de esta conciencia de pobreza»<sup>145</sup>. Nuestra alegría no depende de lo que poseemos porque hemos sido liberados por Aquel que hemos encontrado. El origen de nuestra alegría es el reconocimiento de que Cristo existe, de que está presente.

Pero, ¿quién podrá convencernos de esto, cuando a nuestro alrededor todos dicen lo contrario? Es necesario descubrir que es verdad en nuestra propia vida. Este descubrimiento es solo para personas audaces, es decir, para quienes aceptan el riesgo de verificar que la relación con Cristo presente nos libera y nos hace estar alegres, cualquiera que sea la condición en la que nos encontramos, como nos ha testimoniado la persona cuya carta hemos leído esta mañana. Si no es así, nadie podrá convencernos y trataremos de justificar nuestra posesión de las cosas.

Don Giussani nos ha mostrado incansablemente el dinamismo del que brota la alegría y nos ha reclamado a él: «“Estoy alegre” en el fondo quiere decir: “Mi corazón se alegra porque Dios vive”»<sup>146</sup>. Y el hecho de que Dios vive, de que está presente, es lo que me hace estar seguro con respecto al pasado, al presente y al futuro, y por eso me permite estar alegre. «La consistencia de la vida, la felicidad que nos reserva el futuro, no está en lo que aparece». Lo que aparece y pasa no es capaz de garantizar nada para el futuro. Por tanto, no puede ofrecer un fundamento suficientemente consistente para la alegría. «No se puede poner la esperanza en el hecho de tener mujer, en que se tenga novio, la alegría no deriva de eso; de eso puede derivar el contento, más o menos pasajero, pero no la alegría, porque la alegría se apoya en una posesión cuya perspectiva ya no tiene fin». Eso explica por qué, incluso cuando se realizan nuestros proyectos y obtenemos lo que queremos, estamos contentos, pero no alegres verdaderamente. Porque la fuente de la alegría es otra. Entonces, «no hay una fórmula de la alegría más bella que esta: quien tiene, que viva como si no tuviese. Tanto si tienes como si no, es lo mismo... Pero el tener algo que dura para la eternidad... ¡no, esto no puede ser igual! Si tienes algo que dura para la eternidad, esto hace distinto el amor, el amor del hombre a la mujer, el amor al compañero, el amor al padre, el amor al sol que sale...»<sup>147</sup>.

### c) Libre porque no te falta nada

Cuando nos apoyamos sobre algo que permanece, es decir, sobre lo divino, no nos falta nada «porque todo es nuestro». Todo es tuyo. «¿Por qué

<sup>145</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 347.

<sup>146</sup> L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, p. 300.

<sup>147</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 191-192.

todo es tuyo?»), pregunta don Giussani. «Porque tienes lo que necesitas, tienes todo lo que te es necesario»<sup>148</sup>. Es impresionante la afinidad con las palabras de san Pablo: «Todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios»<sup>149</sup>.

Esta es la pobreza que el atractivo de Jesús introduce en la historia, en nuestra vida, con el fin de que no estemos constantemente encadenados al resultado de nuestros proyectos. Su presencia nos pega de tal modo a Él, nos llena hasta tal punto de Su plenitud que nos hace libres, alegres, porque ya no nos falta nada.

### **3. Del ímpetu inicial a la lucha de la vida**

Demos un paso más. Como decíamos al principio, la alegría de la fe hace brotar un deseo de cambio. Pero no se trata de algo automático. No lo fue para Zaqueo ni para todos aquellos a los que Jesús llamó e implicó con Él. Zaqueo, dice don Giussani, «estaba lleno de esa mirada y después, como consecuencia, piensa: “Ahora voy a devolver todo lo que he robado”. Pero es una consecuencia que duró toda la vida, porque no es algo automático». El deseo de pertenecer a Jesús es total desde el principio. Pero su desarrollo no es automático, se prolonga a lo largo de toda la vida. Por tanto, que nadie se mida, porque en la relación con el Misterio no existe medida: «Cada uno de nosotros conoce el ímpetu con el que se da, y que después se atenúa, de modo que esta es la lucha de la vida. Pero lo que hace que la vida se pueda transfigurar ahora se ha convertido en un hecho». Ya tenemos el “virus” –un virus beneficioso, evidentemente–, dentro de nosotros, Su presencia ha abierto una brecha en nuestra vida. «Es lo contrario del episodio del joven rico (Mt 19,16-30), un joven al que Cristo le dice: “Vente conmigo”, es decir, quiero estar cerca de ti. El Evangelio dice: “Y aquel se marchó triste”: el joven rico, triste». Entonces, esta es la alternativa que se produce a partir de lo que estamos diciendo y que vemos frecuentemente en nuestro mundo: «O transfigurados o tristes, porque no nos podemos mantener en el mismo sitio de antes una vez que Cristo nos ha llamado»; después de su llamada, después de haber salido a nuestro encuentro, no podemos quedarnos como antes: «O transfigurados o tristes [...], o nos

---

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 193.

<sup>149</sup> 1 Cor 3,21-23.

volvemos más tristes, [...] o nos transfiguramos...»<sup>150</sup> por esa novedad que Cristo ha introducido en la vida. De hecho, podemos ser ricos, estar llenos de proyectos, de ideas, y sin embargo estar tristes.

Pero esa transfiguración no es algo mecánico, y no sucede tampoco una vez para siempre. Zaqueo no eliminó de forma automática todos sus errores. «Cuando Zaqueo sintió que penetraban en él aquella mirada y aquella invitación, dijo: “Doy la mitad de mis bienes y cuatro veces todo lo que haya robado”, pero dos días después, siete días después a lo mejor se enfadó con su mujer, con sus hijos, y ese horizonte que se había despertado, que estaba definido por aquel rostro y aquella voz que le había llamado, por aquel hombre que había ido a su casa, hizo que sintiera un dolor agudo por haber tratado mal a su mujer. Y al día siguiente, pongamos, le pidió perdón o no le dijo nada. Pero al día siguiente, nada más empezar el día, se volvió a enfadar. Entonces, si la coherencia es la regla del camino ético, del camino moral, ¡no somos capaces de ser coherentes! [...] La coherencia es una gracia, es el renovarse de la sorpresa por el encuentro con algo que es más que tú, sin lo cual no serías tú mismo»<sup>151</sup>.

A raíz del encuentro con Jesús, Zaqueo tiene en sus manos el método: dejar entrar una presencia en lugar de confiarse a su esfuerzo moralista, que se ha demostrado incapaz de cambiarle. El cristianismo, como decía antes, es un acontecimiento. Y de hecho, cuando se convierte en moralismo, cambia de naturaleza. Deja de ser cristianismo, aunque sigamos usando las palabras cristianas.

¿Recordáis lo que nos dijo el Papa en la plaza de San Pedro? «La moral cristiana es respuesta, es la respuesta conmovida ante una misericordia sorprendente, imprevisible, incluso “injusta” según los criterios humanos, de uno que me conoce, conoce mis traiciones y me quiere lo mismo, me estima, me abraza, me llama de nuevo, espera en mí, espera de mí. La moral cristiana no es no caer jamás, sino levantarse siempre, gracias a su mano que nos toma»<sup>152</sup>.

La presencia de Cristo introduce en la vida una lucha. ¿Por qué? Dice don Giussani: «El cristianismo es hasta tal punto un don a nuestra naturaleza, [...] que el cristiano, [...] es decir, quien vive la conversión, quien vive por tanto la conciencia de pertenencia a Cristo, quien vive la memoria de Cristo, es otro hombre [...]. Es un nuevo nacimiento». Y este

<sup>150</sup> Apuntes de la lección en los Ejercicios espirituales de los novicios de los Memores Domini, Le Pianazze (PC), 7 agosto 1982, conservados en la Secretaría de los Memores Domini, Milán.

<sup>151</sup> L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, op. cit., pp. 432- 433.

<sup>152</sup> Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 marzo 2015.

es el problema. Porque, a pesar de que se produce este nacimiento, a pesar de que se ha producido este encuentro, «nosotros seguimos estando hechos de carne y de huesos, seguimos habiendo nacido de nuestro padre y de nuestra madre. “Pecador me concibió mi madre” [...]. Es verdad, nosotros permanecemos dentro del sepulcro y de la asfixia de los límites carnales en los que seguimos naciendo una y otra vez, y este segundo nacimiento es como algo extraordinariamente extraño». Por eso se produce «este fenómeno que hace que, aunque la fe se nos ha dado, y en un encuentro verdaderamente gracioso, verdaderamente providencial (¿quién sabe cómo ha podido hacerlo Dios!), en ciertos momentos nuestra alma levita, se “despierta”, se mueve, sin embargo después, la mirada sobre la vida de todos los días vuelve a hacer que todo sea gris, homogéneo, pesado, que todo esté delimitado, asfixiado. Y es como si no conectásemos jamás estos dos momentos de pensamiento y de mirada con nosotros mismos, salvo desde fuera». Como decíamos ayer, estos dos momentos solo se unen de forma «moralista [o formalista], en el sentido de que, como tenemos fe, hay ciertas cosas que no se pueden hacer, y ciertas cosas que hay que hacer». Y entonces, «lo que se hace o se deja de hacer no es expresión de una conciencia nueva (conversión), de la verdad de uno mismo [que nace desde dentro de uno mismo], sino que es como un peaje que hay que pagar, que hay que tributar a algo externo, aunque sea devota y profundamente reconocido y estimado»<sup>153</sup>.

Ahora podemos comprender mejor el alcance del reclamo que nos hacía don Giussani en el pasaje que leímos ayer por la tarde: «Cualquier expresión de un movimiento como el nuestro no es útil si no genera desde lo íntimo de las circunstancias concretas que vivimos un llamamiento a la memoria de la presencia de Cristo. Más aún, empeora la situación de lo humano, porque favorece el formalismo y el moralismo»<sup>154</sup>.

La alternativa –que reclama al motivo de la lucha– es clara: «O Dios es la vida, o bien es como si estuviera fuera de nuestra puerta»<sup>155</sup>. Y aquí entra en juego nuevamente el misterio de la libertad del hombre («Queremos que esa salvación la adquiera él mismo»<sup>156</sup>, escribe Péguy). ¿Cómo? «La objeción de nuestra carnalidad, la objeción del peso sepulcral de los límites de las cosas cotidianas, que nos hacen vivir en la indiferencia, en el cinismo, o en el disgusto y el aburrimiento, según los momentos, según el

---

<sup>153</sup> Ver aquí, p. 16.

<sup>154</sup> Ver aquí, p. 15.

<sup>155</sup> Ver aquí, p. 16.

<sup>156</sup> Ver aquí, p. 5.

estado de ánimo, todo esto debe ser cotidianamente penetrado y traspasado, desafiado, desafiado ahora, desafiado por la esperanza cristiana»<sup>157</sup>. Si esto no sucede, el formalismo se extiende entre nosotros y la novedad que hemos encontrado no cambia la vida cotidiana. Pero esto implica necesariamente nuestra libertad.

Por eso la lucha es continua. Y solo quien permanece fiel podrá ver el triunfo, la victoria de Cristo en la vida, aceptando el ritmo humano del cambio, que pasa a través de nuestra libertad. En este punto podemos comprender justamente el alcance y la finalidad de nuestro estar juntos, como nos indica don Giussani en el libro de los Ejercicios: «La Fraternidad es sencillamente un ayuda para vivir la verdad de uno mismo en todo lo que hace, [...] y la verdad de mí mismo en todo lo que hago es que pertenezco a Otro. [Con frecuencia pensamos] “¿Pero yo, así?”. Sí, yo, así, tal como soy, pertenezco totalmente a Otro»<sup>158</sup>. Aunque siga equivocándome, todo lo que me ha sucedido ya no desaparece. Es un acontecimiento que se establece en la raíz de mi persona. Estoy marcado para siempre por este encuentro. Nos damos cuenta de ello cuando una persona abandona la Fraternidad, y no puede dejar de sentir nostalgia por todo lo que ha vivido –si es que ha vivido algo realmente significativo–.

Nosotros estamos juntos porque tenemos la esperanza de que la «conciencia [...] de pertenecer a Cristo» impregne «las cosas de todos los días, la vida de todos los días, las acciones de todos los días, en la familia, en el trabajo, en el movimiento, en la sociedad». De no ser así, el cristianismo perderá todo su interés para mí porque, dice don Giussani, terminaré «ahogado en el cinismo, en la superficialidad satisfecha o en la desesperación del aburrimiento»<sup>159</sup>.

«Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia», escribe Péguy. La esperanza de que Cristo aferre cada aspecto de nuestra vida cotidiana viene de ser muy felices, de haber recibido una gran gracia. Y don Giussani afirma enseñada: «Amigos míos, la gracia más grande es esta realidad en la que nos hallamos: es lo que la Iglesia ha llamado Fraternidad, es esta experiencia de la fe». Todos nosotros estamos aquí porque «en un momento dado ha habido algo inefable, ha habido una percepción, un presentimiento, una emoción, ha habido un acento persuasivo: esta es la gracia grande que hemos obtenido, según la discreción con la que normalmente se mueve

<sup>157</sup> L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 195-196.

<sup>158</sup> *Ibidem*, p. 196.

<sup>159</sup> *Ibidem*, pp. 196-197.

Dios en la vida del hombre, según la discreción con la que la libertad de Dios respeta nuestra libertad. Se nos ha concedido la gracia de la fe, presentada como algo profundamente persuasivo y pertinente, más aún, como algo idéntico a la vida. ¡Hemos de estar muy felices por esto! Esta es la cuestión. Hemos de estar muy felices por esto, porque sin la fe incluso el rostro de la mujer amada –diría Chesterton– sería como un nombre escrito con una tiza negra dentro de una habitación oscura sobre una pared también negra». Nuestra esperanza consiste en que, «habiendo empezado Él, sea Él quien lleve a cumplimiento Su obra en nosotros. Solo que es necesario dejarle entrar por un hueco, por el hueco de esa devoción última, de esa estima e inteligencia que nos impiden expulsarle del todo. Debemos dejar que penetre a través de esta abertura»<sup>160</sup>.

¿Cómo podemos tener siempre conciencia de esa Presencia de la que esperamos todo? Don Giussani nos indica un camino sencillo y seguro: «Repitiendo gestos de conciencia y estando atentos al lugar en el que Cristo mismo despierta nuestra conciencia»<sup>161</sup>.

a) La primera indicación para el camino es, por tanto, repetir gestos de conciencia. En primer lugar, la oración, es decir, pedir y recordar, recobrar una y otra vez la conciencia de lo que somos: una sola cosa con Cristo. «Este volver a tomar conciencia no es algo automático», siempre está en juego la libertad. «¡Tienes que quererlo, tienes que desearlo! Todo lo que es árido en ti», y muchas veces podrá serlo, «aquello que saboreas con la lengua y chupas como piedra pómez, se vuelve dulce al paladar si sigues pasando la lengua sobre la piedra pómez, sobre esa aridez que el hombre sería por sí mismo. El hombre y el universo serían, ante la conciencia del hombre, un enorme cúmulo de piedra pómez árido, si uno no pidiese continuamente saber y sentir, si uno no tuviese como primer propósito: “Llegar a ser consciente de esto; recordar esto lo más posible a lo largo del día”. ¡Esto es la oración! [...] Así es como el hombre llega a ser hombre: repitiendo continuamente [...] gestos de conciencia»<sup>162</sup>.

b) La segunda indicación es la atención a la compañía vocacional. «Dios, que ha hecho el cielo y las estrellas, ha establecido un lugar en el que puedes tomar conciencia. ¿Cuál es este lugar? La compañía vocacional, esta compañía vocacional que tiene como lugar, en el sentido estricto de la palabra, el ámbito de tiempo y de espacio (espacio: donde se apoyan los pies; tiempo: horas, minutos) donde se reúne y se expresa la compañía

<sup>160</sup> *Ibidem*, pp. 197-198, 202.

<sup>161</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 346.

<sup>162</sup> *Ibidem*, pp. 348-349.



vocacional. La compañía vocacional es la que, al expresarse, te reclama a esto. Si estás distraído, no te reclama nada, pero si no estás distraído, si quieres ser, llegar a ser tú mismo, reconoces que la compañía está para reclamarte a esto. ¿Estaríamos juntos si no fuera por esto? [...] No puedes estar en la compañía o pensar en ella si no eres de algún modo reclamado a esta verdad más profunda»<sup>163</sup>.

Aquí se halla implícita una tercera sugerencia, que se deriva de la segunda: vivir las circunstancias de un modo nuevo. De hecho, la compañía pone al descubierto el significado de las circunstancias, que se vuelven por ello reclamo continuo a la conciencia de Su presencia. «La compañía te reclama a una finalidad admirable, te reclama lentamente al hecho de que todo tiene este significado, todo te reclama a esto, todo: la flor del campo, el fruto del árbol, el crío que nace...». Jesús enseñó a los discípulos a mirar toda la realidad como signo de Su presencia. «La compañía vocacional te acostumbra a hacer de cada momento y circunstancia –de trabajo, de camino, de silencio, de juego, de tiempo que pasa, en el tranvía, en el tren [cuando alguien nos molesta de forma especial, cuando alguien nos agrada de forma especial, cuando se escucha la música]– un reclamo a la verdad de tu persona, a esta participación en el ser»<sup>164</sup>. Todo remite a la memoria de Él.

La pobreza, que significa usar las cosas en función del destino, es decir, tratarlas de un modo nuevo, solo puede nacer si estamos cada vez más aferrados por Cristo. Todavía tenemos que aprender esto. «Estamos llamados a realizar un trabajo [...], la pobreza no es automática [...]. La pobreza es una iniciativa nuestra; si no es iniciativa nuestra no es pobreza. La pobreza es un acto de la libertad, no es soportar, sino aferrar para caminar, aferrar para construir, aferrar para responder a la vocación de Dios»<sup>165</sup>.

¿Cómo educarnos en esta pobreza? También en este caso, la sugerencia de don Giussani es sencilla y fácil de practicar: «Repetir gestos de conciencia». Son los gestos que, junto a la Escuela de comunidad, caracterizan desde siempre nuestro camino.

### ***El fondo común***

«La aportación mensual al fondo común de toda la Fraternidad, que implica un sacrificio, está en función de un crecimiento de la conciencia de la pobreza como virtud evangélica. Como dice san Pablo: “No tenemos nada y poseemos todo”. El verdadero modo de poseerlo todo es estar

<sup>163</sup> *Ibidem*, p. 349.

<sup>164</sup> *Ibidem*, p. 350.

<sup>165</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 202.

desapegados de todo. Uno puede comprometerse incluso con un euro, pero entregarlo con fidelidad tiene un valor fundamental de memoria, porque es un gesto concreto y unitario. Quien no se comprometa con esta indicación no puede considerarse parte de la Fraternidad»<sup>166</sup>.

Me sorprende lo apremiante de la afirmación de don Giussani, que nos muestra la relación que existía para él entre el gesto del fondo común y la pertenencia. «Nada como la fidelidad al fondo común demuestra la propia pertenencia», nuestro deseo de pertenecer. Por eso nos reclamamos sin descanso al valor de este gesto: además de hacernos una propuesta articulada sobre la pobreza, don Giussani nos ofrece también los instrumentos, que están al alcance de cualquiera, para que, de un modo sencillo y fácil, podamos educarnos en esta dimensión de la vida cristiana. Frente a la invitación a realizar una aportación al fondo común, cualquiera debe preguntarse: ¿por qué doy este dinero? ¿Quién me invita a hacerlo? Y para responder tiene que hacer memoria de todo lo que hemos dicho. «Por tanto, tenemos que hacer una llamada al problema del fondo común, como aspecto más fácil de la ascesis, de la pertenencia, en un momento desfavorable psicológicamente y gravoso desde el punto de vista de la responsabilidad que hemos asumido: informad a vuestros amigos de que contribuir al fondo común es una forma de oración, es una expresión de la *pietas*»<sup>167</sup>.

Sabiendo lo fácilmente que caemos en el esquematismo y el formalismo, don Giussani precisa: «Este es el valor simbólico y educativo del sacrificio del “fondo común”. Puede que haya una persona que no consigue hacer más y considera esto como su ofrecimiento a Cristo, como su participación, como demostración de su voluntad de estar disponible a esa realidad que considera grande, a esa realidad que Cristo ha creado en su Iglesia y que llamamos con nuestro nombre, Comunión y Liberación. Puede que haya alguien que no consiga hacer más que cumplir el sacrificio del fondo común, y es literalmente como su oración. Sin embargo, si pone el corazón en esto, quien hace incluso lo mínimo, solo lo mínimo, pero con corazón, es imposible que no tienda a hacer también lo máximo»<sup>168</sup>.

Como escribe uno de vosotros: «Queridos amigos, mi mujer y yo hemos recibido recientemente una suma de dinero de forma inesperada. Afortunadamente no tenemos necesidades materiales urgentes, y por otra parte hemos aprendido que todo lo que se nos da tiene una finalidad, que es la

---

<sup>166</sup> L. Giussani, *La fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, p. 251.

<sup>167</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>168</sup> *Ibidem*, p. 70.

posibilidad de hacer que todos conozcan a Cristo». Observad de dónde procede la razón para hacer este donativo. Si no está conectado con todo lo demás, el fondo común se reduce a un impuesto que hay que pagar, del que uno acaba prescindiendo en un momento dado. Continúa la carta: «La Fraternidad es “nuestra casa”, el punto sólido donde experimentamos el abrazo de Cristo y desde el que abrazamos el mundo entero». ¿Lo veis? No ha leído todos los textos que yo acabo de citar, pero ha experimentado lo que se dice en ellos: en este lugar –“nuestra casa”–, esta persona ha aprendido a abrazar el mundo entero. «Por eso, hemos pensado realizar un ingreso extraordinario al fondo común». Si no conectamos cada cosa con el punto del que surge, cualquier gesto se vuelve algo exterior. Don Giusani nos propone el fondo común para ayudarnos a concebir y a vivir cada aspecto particular en unión con la totalidad.

En estos últimos meses hemos enviado una carta para la puesta al día de los datos. Desde hace algunos años no teníamos noticias de algunas personas inscritas en la Fraternidad. Se podría pensar que se trata de una formalidad, pero las respuestas que hemos recibido han sido sorprendentes: hay quien nos comunica que ha tomado otro camino y quien tiene el deseo de retomar la relación; hay quien nos habla de una situación de soledad y quien expresa una cierta vergüenza por lo poco que puede aportar al fondo común. Todo esto nos muestra lo cerca que hemos de estar unos de otros.

Os leo algunas respuestas que hemos recibido: «Hacia tiempo que no aportaba nada al fondo común. Pero cuando me llegó tu correo, volví a experimentar el sentido de pertenencia a “algo” que había encontrado hacia años; simplemente me había “perdido” en las dificultades contingentes». Esta es la finalidad que tiene que estemos juntos: uno puede perderse, pero siempre hay alguien que llama a su puerta.

Otra persona nos comunica que, por desgracia, no puede venir a los Ejercicios por motivos de trabajo, y luego añade: «Por lo que respecta al fondo común, dejé de pagarlo por problemas de dinero y luego, con el tiempo, no lo retomé por distracción, olvidándome de este pequeño gesto que me ha enseñado la importancia de compartir».

Hay personas que se ven obligadas a afrontar dificultades: «Por desgracia, la presente crisis me ha llevado a tomar decisiones drásticas [...]. No he hablado de ello con mi grupo de fraternidad; mi orgullo me impide participar en los Ejercicios por falta de dinero».

También hay quien advierte en sí soledad, pero al mismo tiempo tiene el deseo de volver a empezar: «Digamos que hay mucho de distracción por mi parte, pero, al recibir el mensaje, me he entristecido por mi olvido. Me gustaría intentar retomar la situación y empezar de nuevo».

También hay quien se ha dado cuenta de que ha dejado de pagar el fondo común por un problema técnico con el banco: «Es obvio que esto no puede ser una justificación, de hecho ha sucedido a causa de mi debilidad humana». ¡Ningún escándalo, amigos! Por eso nos permitimos, con discreción, llamar de vez en cuando a vuestra puerta para seguir recordándoos el motivo por el que estamos juntos.

Tomarse en serio la propuesta del fondo común puede permitirnos descubrir algo de nosotros mismos: «Después de casi ocho años de una situación precaria muy difícil, he encontrado trabajo como médico. Enseguida he pensado aumentar mi cuota del fondo común por agradecimiento. Este lugar ha hecho que estos años de precariedad hayan sido una ocasión para preguntarme cuál es mi valor y en qué se basa el valor de mi persona». Mirad la conexión que hace: «Lo que establece mi valor no es el salario o la forma del contrato, sino la infinitud de mi corazón». Don Giussani nos ha propuesto este gesto sencillo para que cada uno pueda profundizar en el valor de la vida.

Otra persona escribe: «Esta noche he tenido que reconocer que posponer el pago del fondo común esperando tiempos económicamente mejores no me resulta útil». Porque no es un problema de cantidad, amigos, es un problema de fidelidad. Nadie juzga a nadie por la cuota que decide aportar. Nosotros insistimos en la fidelidad porque es lo que nos ayuda a alcanzar la conciencia de nosotros mismos y de aquello en lo que reside nuestra consistencia. «Me he tomado en serio las indicaciones que nos habéis dado en los Ejercicios: “No importa si es poco, pero con constancia”. Esto me permite abrazar con misericordia la realidad que tengo ahora mismo». Basta únicamente con aceptar que hemos sido abrazados tal como somos; esto es lo que «me permite abrazar con misericordia la realidad que tengo ahora mismo. Mi certeza es cada vez mayor. Aunque no entienda todo, aunque todo sea misterioso, mi experiencia me dice que aquí está en juego un bien inmenso para mí».

Hay también quien da las gracias por una beca de estudio recibida de la Fraternidad: «Nunca podré expresar de forma adecuada la gratitud por haberme hecho ver que cada obra del movimiento remite al hecho de que “ha venido Aquel que podía contentarse con ayudarnos”, como dice el Cartel de Navidad. Esta razón salva no solo la exigencia del momento, sino toda la vida».

Finalmente, una amiga me ha escrito: «Hacía mucho tiempo que no aportaba nada al fondo común, y no porque no tuviera dinero, sino por olvido y pereza. Pero desde que mi novio y yo hemos decidido casarnos hace algunas semanas, las cosas han cambiado». Es impresionante que

una persona piense en el fondo común cuando está a punto de casarse. ¿Por qué se ha acordado? «Si yo no hubiese conocido el cristianismo a través del movimiento, nunca me habría casado. He saboreado enseguida la dimensión comunitaria, la dimensión de la Iglesia con respecto a mi decisión, a nuestra decisión de decir que sí delante de Dios. Yo le debo todo a este lugar. Y por eso he ingresado la cuota mensual del fondo común. Mis posibilidades económicas no son muy grandes, pero he decidido duplicar la cuota, ¡y aún así me parece poco! Daría mucho más por este encuentro que me ha cambiado la vida y que espero que, a través de las misiones y de la vida del movimiento, pueda cambiar la vida de otros jóvenes como yo».

Estas últimas palabras son la confirmación viva de la verdad de cuanto nos decía don Giussani: concebir la propia vida «en función del movimiento, no es sino la traducción práctica del ímpetu misionero, porque el movimiento no es más que el modo en que se nos ha educado para vivir el mundo y la vida según el corazón de la Iglesia». El gesto del fondo común es para educarnos «en concebir la propia vida, la vida familiar, nuestra profesión, la educación de los hijos, el tiempo libre, nuestras energías, nuestro dinero, en función del movimiento. Es decir, en función de algo más grande, en donde uno actúa con total libertad porque sin libertad no es una respuesta humana. Es mejor una respuesta del 0,1 por ciento con libertad que una respuesta aparente del cincuenta por ciento sin libertad. Más aún, del cien por cien sin libertad». El fondo común, por tanto, «traduce en términos elementales y banales, totalmente concretos, este nexo que uno siente y vive entre todo lo que es y esto que es más grande que él, que es la participación en la Iglesia, o en el movimiento, por el cual su pequeña persona, con sus pequeños gestos cotidianos, se convierte en colaboradora del gran designio»<sup>169</sup>.

Recuerdo a todos que el fondo común es *uno*, al igual que es *una* la Fraternidad; y el fondo común tiene *una* finalidad: la construcción de la obra que es el movimiento (que, entre paréntesis, sostiene muchas iniciativas y hace frente a muchas necesidades). Esto —así se nos ha enseñado— es mucho más para la gloria de Dios y está antes que el apoyo a cualquier otra iniciativa, justamente porque el movimiento es el origen del que recibimos todo, el punto del que surge nuestra gratitud.

A este respecto, os leo lo que nos ha escrito un amigo: «En cuanto al hecho de no aportar nada al fondo común, he de decir que nunca he afrontado ver-

---

<sup>169</sup> FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN, Milán (FCL), *Documentación audiovisual*, Asamblea de la Fraternidad de Comunión y Liberación de las Marcas, Loreto (AN), 15 enero 1984.

daderamente la cuestión. Desde que fundé una obra, cada año invierto bastante dinero en ella. Es cierto, podía seguir aportando a la Fraternidad una cifra simbólica, pero parecía una tomadura de pelo». ¡Sin embargo no es así! No habría sido una tomadura de pelo. La fidelidad al fondo común es para no olvidar el origen, el punto del que surge tu generosidad, amigo. Debemos ser conscientes de ello, porque si la generosidad se separa del origen, antes o después se acabará. Esto afecta a cualquier gesto: separado del punto del que surge, todo se vuelve formal y con el tiempo se acaba perdiendo. Como cuando se separa el radiador del enchufe que le proporciona la energía.

¡El origen es Aquel que te da todo lo que eres y lo que tienes! Y esto vale para todos. También para aquellos que se encuentran en graves dificultades, como nos ha testimoniado un amigo nuestro de Venezuela, país que atraviesa una situación verdaderamente dramática. Durante un viaje a Italia, al término de un encuentro, los amigos de una comunidad nuestra le ofrecieron dinero, deseosos de contribuir a las necesidades de los amigos venezolanos, pero él no quiso aceptarlo y les pidió que lo ingresaran en el fondo común de la Fraternidad. Les dijo: «Sin la Fraternidad, mi obra no tendría futuro». Es un ejemplo de que el gesto del fondo común es verdaderamente un punto educativo de nuestra conciencia de pertenencia.

En este sentido, me apremia recordar que lo primero que tenemos que tener presente es el fondo común de la Fraternidad; en segundo lugar, las necesidades concretas de la comunidad en la que vivimos; finalmente, las necesidades que Dios pone delante de nosotros como provocación a nuestra caridad, según el discernimiento que cada uno debe realizar.

El gesto del fondo común es un signo de la libertad del yo en acción, que sabe percibir los nexos entre las cosas. Si esto no es así vence el dualismo y, con el tiempo, las cosas no se mantienen. A través de la propuesta de un gesto sencillo y libre, don Giussani quería hacernos percibir el nexo con el punto del que brota todo, sin el cual toda generosidad acabaría desapareciendo. Es un paso de conciencia que necesitamos dar continuamente.

Este camino es lo único que nos puede permitir responder a la invitación que el Papa nos dirige al final de su carta: «En un mundo roto por la lógica del beneficio que produce nuevas pobreza y genera la cultura del descarte, no deo de invocar la gracia de una Iglesia pobre y para los pobres»<sup>170</sup>.

### ***La caritativa***

Nosotros somos educados constantemente en esta actitud a través del gesto de la caritativa. «Cristo nos hizo comprender la razón profunda de todo

<sup>170</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

esto al desvelarnos que la ley última del ser y de la vida es la caridad. Es decir: la ley suprema de nuestro ser es compartir el ser de los demás, compartir nuestro ser con los demás. Únicamente Jesucristo nos dice esto con total claridad y seguridad, porque es Él quien sabe qué es cada cosa, quién es Dios, de Quién nacemos en cada instante, qué es el Ser. Podemos entender del todo la palabra “caridad” solo cuando pensamos que el Hijo de Dios, al amarnos, no nos envió sus riquezas –como podría haber hecho cambiando radicalmente así nuestra situación–, sino que se hizo indigente como nosotros, “compartió” nuestra nada. Nosotros vamos a la “caritativa” para aprender a vivir como Cristo»<sup>171</sup>.

La caritativa es un gesto sencillo que está también al alcance de todos, porque todo lo que hemos dicho hasta ahora nace de las entrañas de nuestra vida. Es un gesto para aprender a compartir, acogiendo el reclamo del papa Francisco frente a un riesgo al que todos estamos expuestos: «Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado»<sup>172</sup>.

Para poder testimoniar, como el Papa nos ha pedido en la carta, la autenticidad de la vida cristiana con valor, no basta con «replegarse sobre el pasado». Solo algo presente puede cambiarnos. Por ello, solo si vuelve a suceder una y otra vez un nuevo inicio, podremos sorprender en nosotros ese «inicio valiente que se dirige al mañana» del que habla el Papa. De aquí puede nacer «la revolución de la ternura y del amor»<sup>173</sup>, que nos obliga a volver cada vez más a nuestras raíces, como nos ha reclamado siempre Giussani, para que nuestra pertenencia no se convierta en formalismo y moralismo y pierda interés para cada uno de nosotros.

Como vemos, lo que está en juego es la autenticidad de la vida cristiana, y por tanto la plenitud de nuestra existencia. Solo de este modo podremos acercarnos a los pobres, «no porque sepamos ya que el pobre es Jesús, sino para volver a descubrir que ese pobre es Jesús»<sup>174</sup>, como nos ha

<sup>171</sup> L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, Cuaderno Huellas, p. 5.

<sup>172</sup> Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 2.

<sup>173</sup> Francisco, *Carta a Julián Carrón*, 30 noviembre 2016.

<sup>174</sup> *Ibidem*.

escrito el Papa. «Es indispensable», leemos en la *Evangelii gaudium*, «prestar atención para estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc. Los migrantes me plantean un desafío particular por ser Pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos»<sup>175</sup> y está llamada a abrazar y acompañar a cada hombre hermano nuestro.

Es la invitación a una apertura, a una atención, a una cercanía sin límites. Me parece que aquí el Papa nos reclama a esa actitud típicamente cristiana que gracias a Giussani nos resulta familiar: el ecumenismo, ese abrazo positivo a todos y a todo que nace como consecuencia de estar «poseídos completamente por un amor», por el «amor de Cristo “desbordante de paz”»<sup>176</sup>.

---

<sup>175</sup> Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 210.

<sup>176</sup> L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 146.



# *Domingo 30 abril, por la mañana*

*A la entrada y a la salida:*

*Wolfgang Amadeus Mozart, Sinfonía n. 40 en sol menor, KV 550*

*Frans Brüggen – Orchestra of the 18th Century*

*“Spirto Gentil” n. 36, Philips-Universal*

**Don Pino.** La mañana es el comienzo del drama de dos libertades. Que yo pueda pedirte, mendigarte, reconocerte cada día, nace de Tu respuesta, de Tu iniciativa hacia mí, Señor.

*Ángelus*

*Laudes*

## ■ ASAMBLEA

**Julián Carrón.** ¡Buenos días a todos!

**Davide Proserpi.** Gratitud, este es el primer sentimiento que nace ante las más de mil doscientas preguntas que han llegado (y que hemos leído, una por una). La palabra gratitud, como ya sabemos, tiene la misma raíz que «gracia», porque es su fruto. El corazón que está disponible –para esto se nos ha puesto en el pecho–, es decir, el corazón que espera, reconoce el don que se nos ha dado durante estos días. ¿Por qué estamos agradecidos? Porque hemos sido acompañados nuevamente a mirar lo que es capaz de hacer Cristo en nuestra vida. Igual que los dos primeros discípulos entonces, también hoy nosotros hemos llegado aquí con muchas preguntas, pero seguramente con una por encima de todas: «¿Quién eres Tú?». Y hemos escuchado responder: «Venid y veréis». Aquel inicio revive hoy también como inicio. Este es el principal motivo de nuestra gratitud, es un signo de que el carisma que se nos ha dado para toda la Iglesia –como nos recordó en la homilía de ayer el cardenal Menichelli– está vivo todavía. Porque solamente se mantiene vivo si vuelve a suceder el inicio. ¿Y qué sucedió al inicio, qué sucedió para mí, para cada uno de nosotros, al comienzo de todo, en el comienzo histórico, es decir, cuando tuvimos el encuentro? La irrupción en mi vida, en nuestra vida, de una novedad que ha generado un atractivo inimaginable, porque hemos podido ver, hemos podido encontrar el rostro de Jesús presente, con sus rasgos humanos.

La segunda palabra que describe hoy nuestro sentimiento es «deseo». Deseo de no perder esta belleza, deseo, por tanto, de ponerse manos a la obra, de profundizar, de conocer más, de ver más. Las preguntas que han llegado hablan justamente del impacto que ha provocado en nosotros la propuesta que se nos ha hecho. Casi todas nacen del deseo de comprender, sin reducir lo que se nos ha dicho al momento en que nos encontramos y a lo que ya sabemos.

Precisamente por esto hoy empezamos a ayudarnos a entender. Naturalmente, este trabajo nos acompañará también en los próximos meses. No nos desanimemos si nos parece que no hemos comprendido todo enseguida, porque tenemos tiempo para hacerlo.

Empezamos con dos preguntas que están ligadas al mismo tema, es decir, la relación entre libertad y salvación que se nos propuso la primera noche.

«El viernes definiste nuestra libertad como algo necesario para nuestra salvación. Pero, ¿qué entiendes tú por salvación?».

«Me gustaría entender mejor qué es esta salvación sobre la que has insistido tanto, porque yo la veo como algo muy lejano en el tiempo, que llegará al final de mi vida. ¿Por qué debería ser interesante para mí ahora, en medio de los desafíos de la vida cotidiana?».

**Carrón.** Justamente por lo que acaba de decir Davide, la salvación es lo menos lejano de nuestra vida, es lo más cercano que hay. La gran gracia que hemos recibido es la noticia de que Dios ha vencido la lejanía. Algo que se habría quedado lejos de nosotros o que habría afectado solo al futuro, se ha hecho presente. Y nosotros estamos aquí justamente porque se ha hecho presente. Por ello, haría falta que uno se arrancase la experiencia vivida para decir que la salvación es algo lejano. ¡Cuánto tenemos que crecer todavía en la conciencia de que la salvación ha empezado a introducirse en las entrañas de nuestra vida llenándola de luz, de plenitud, de alegría, de gratitud! Que ya ha empezado a entrar lo vemos en los cantos, que no son la “decoración” musical de los Ejercicios, sino la expresión de una experiencia humana que nace justamente de la cercanía de esta salvación. «No llores más», *Cry no more*, «por lo que has hecho y no habrías querido hacer», hemos cantado. «No llores más por lo que querías y no se ha hecho. / No llores más por el amor al que has dicho que no. / No llores más: eras esclavo, y ahora eres hijo»<sup>177</sup>.

---

<sup>177</sup> R. Veras-R. Maniscalco, «Cry no more», *Canti*, Società Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milán 2014, pp. 324-325.

Cuando falta la conciencia de una Presencia que ha entrado en nuestra vida cambiándola, la salvación nos parece lejana, y entonces prevalece en nosotros todo lo demás, los proyectos o los lamentos, las medidas y las imágenes. En cambio, cuando lo que domina es el encuentro, podemos decir, en un sentido verdadero, completo, lo que acabamos de escuchar en el canto: «Si tú no estuvieses aquí / pobre de mí... / estaría muerta / sería como una vela apagada / una mujer inútil...»<sup>178</sup>. En cambio, ¿quién puede decir esto con verdad? ¿De quién podemos decir esto sino de Aquel que ha vencido la distancia, que se ha convertido en una presencia en nuestra vida y que nos permite saborear desde ahora la salvación? Si no partimos de la experiencia que hemos vivido no podremos comprender el significado de las preguntas que se plantean. Por eso el Evangelio no proporciona una definición de la salvación sino que nos pone delante de su acontecer. Volvamos nuevamente al ejemplo de Zaqueo. Ese hombre tenía el deseo de encontrar a alguien que pudiese responder a esa sed a la que ni siquiera todo el dinero acumulado había sido capaz de responder, alguien que pudiese rescatar toda su inadecuación, todos sus errores. Por ello, en cuanto se le acerca Jesús, le mira y le dirige la palabra, se encuentra frente a una Presencia que lo afirma, lo estima como nunca había sucedido en su vida —y este es el primer signo para él de la cercanía de la salvación—, y tiene una experiencia de correspondencia a lo que él es, a su sed, que nunca había imaginado. De aquí brota el deseo del cambio. Ese encuentro lo libera del apego a su tesoro. Zaqueo empieza a separarse de la cosa más querida que tenía hasta ese momento, el dinero: «Devolveré lo que he robado». El Evangelio apunta que Jesús dice después de entrar en casa de Zaqueo: «Hoy ha entrado la salvación en esta casa»<sup>179</sup>. Para aquel hombre, la salvación era cercana, muy cercana. Cuanto más despierta está la conciencia del drama de la vida, más fácil resulta reconocer la salvación. Zaqueo nunca había experimentado esa alegría. Es la misma experiencia del Innominado de Manzoni, que llora incontinentemente a causa de la alegría. Y todo se vuelve distinto, nuevo.

El hecho de formular así la pregunta —«Pero, ¿qué entiendes tú por salvación?»— nos permite comprender que hemos conservado la palabra pero la hemos separado de la experiencia. ¡Qué razón tiene don Giussani! «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente,

<sup>178</sup> «Se tu non fossi qui», letra y música M. Terzi y C.A. Rossi, 1966. Canción cantada por Mina.

<sup>179</sup> Ver aquí, p. 55.

[...]. Nos hemos separado del fundamento humano»<sup>180</sup>, de la experiencia. Y entonces ya no sabemos qué significan las palabras.

Por eso, la cuestión no es explicar de nuevo qué es la salvación sino dejar abierta la pregunta –nuestra pregunta humana– para poder descubrir su significado desde las entrañas de la vida. Nadie puede hacernos comprender qué es la salvación con un discurso, como nadie puede convencernos para que seamos cristianos con una explicación. ¡Nunca!

El cristianismo no es una lógica, no es un discurso, no es un elenco de cosas que hay que hacer sino un acontecimiento. Para comprender su relación esencial con la libertad, como se pedía en la primera de las dos preguntas, tenemos que mirar nuevamente a Zaqueo. Una vez que ha entrado la salvación en su casa, Zaqueo empieza a mirar lo que parecería un obstáculo, lo que a nosotros nos haría exclamar: «Pero, ¿tengo que usar todavía mi libertad?», de un modo completamente distinto. ¿Cómo respondería? «¡Es justamente la libertad lo que he descubierto en todo su valor en el encuentro con ese Hombre, lo que quiero usar mucho más!». ¡Por fin una pasión por la libertad, no la libertad vivida como un peso! El cristianismo exalta nuestra libertad. ¡Y entonces empezamos a tener una mirada positiva sobre todas las cosas, amigos! La salvación es esa mirada que alcanzó a Zaqueo y que nos ha alcanzado también a nosotros, que hace que la vida sea distinta y que nos permite mirar cada cosa con una positividad última. «Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives».

**Prosperi.** «¿Cómo se puede amar y tener respeto por la libertad del otro, por ejemplo, de tu marido si, a pesar de haber tenido un encuentro y haber sido aferrado por Cristo, está bloqueado y no desea cambiar? He llegado a odiar esta libertad. ¿Cómo se puede esperar la salvación si tienes delante un muro en el que no parece haber ninguna rendija? ¿Y cómo se puede estar frente al otro con ternura y misericordia?».

O bien, dicho con otras palabras: «¿Cómo se puede esperar y respetar la libertad de un hijo cuando ves que se desorienta en la vida y está triste y solo? Mi deseo es verle feliz. Pido siempre el milagro de que cambie pero la espera para que se mueva su libertad es demasiado larga, y la tentación es pedir a Cristo que el cambio se produzca ahora».

**Carrón.** ¡Pídelo! Pide a Cristo que se produzca. Pero los designios de Dios no siempre coinciden con los nuestros, y los demás no siempre están disponibles a la gracia que Dios les da. Son las dos cosas. Detrás de

---

<sup>180</sup> Ver aquí, p. 17.

las preguntas formuladas se pone de manifiesto la dificultad que tenemos frente a nuestra libertad y la de los demás, porque las cosas no se producen según los tiempos que pensamos nosotros. Por eso, lo más importante es identificarse con Dios. ¡Quién sabe la inquietud que debe de experimentar Dios mirando nuestros torpes intentos, viendo cuánto nos resistimos! Él ya sabía que nos podríamos resistir: ¡siempre corres un riesgo cuando creas un ser libre! Pero, ¿por qué Dios, a pesar de todo, no odia nuestra libertad y no la elimina de la faz de la tierra sino que la ama –al igual que tú amas la libertad de tu hijo– y nos demuestra que la ama cada vez más? Porque, como hemos dicho, sin libertad la salvación no sería nuestra, y por esta libertad está dispuesto a sacrificarlo todo. Cuando tú estamparías contra la pared a tu hijo porque no deja de llorar por la noche o porque es testarudo como una mula, tienes que utilizar todos los recursos habidos y por haber para no hacerlo solamente porque amas su libertad. A diferencia de Dios, nosotros a menudo odiamos la libertad del otro –e incluso la nuestra–. Si las cosas no suceden según nuestros planes, entonces pensamos que la vida del marido o del hijo no puede cumplirse, que no pueden hacer su camino según un designio distinto del nuestro. Muchas veces me sorprendo diciendo a quienes me dirigen este tipo de preguntas: «¿Puedes poner la mano en el fuego y afirmar que la única posibilidad de que el Misterio lleve a tu hijo a su destino es la que tú tienes la cabeza?». ¡Todavía no he encontrado a nadie que me diga que sí! Menos mal, significa que todavía usamos la razón como categoría de la posibilidad: admitimos que algo se nos podría escapar, admitimos que puede haber algún hueco por el que el Misterio lleve a nuestro hijo a su destino, sin saltarse su libertad. La verdadera cuestión nos afecta a nosotros; luego él tendrá que vérselas consigo mismo.

¿Qué hace Dios con el hombre que oscila, que se confunde o que abandona el camino? Se muestra cercano, justamente como haces tú con tu hijo: en lugar de estamparlo contra la pared, de echarlo, lo miras de nuevo, vuelves a empezar y lo acompañas como puedes, a tientas, y esperas. ¿Por qué? Porque es tu hijo. En lugar de odiar nuestra libertad, Dios se ha hecho hombre para ser compañía, para poner delante de nuestros ojos una Presencia que fuese más fascinante que dedicarnos a nuestros asuntos, más fascinante que todo aquello a lo que estamos apegados o que podríamos procurarnos por nuestros medios. Si Dios está lejos, uno cree que puede hacer lo que le parezca. Pero cuando Dios entra en la vida, como entró en casa de Zaqueo –no es que Zaqueo no hubiese oído hablar de Dios nunca, pero era un Dios reducido únicamente a reglas que había que respetar–, Su cercanía hace posible un cambio.

La cuestión es estar frente a nuestros hijos como estuvo Jesús frente a Zaqueo cuando entró en su casa. Cada vez que tengáis dificultad con vuestra

libertad y con la de vuestros hijos, cada vez que no sepáis qué hacer frente a la presencia de vuestro marido o de vuestra mujer, imaginad que estáis frente a él o a ella, o a los hijos, con la misma certeza con la que Jesús, desarmado, entró en casa de Zaqueo, sin forzar nada, sin violencia: «¿Puedo ir a tu casa?». Pero para entrar así en aquella casa, para no sucumbir a la rigidez, al nerviosismo, al miedo, ¡qué certeza en el destino hace falta! Si nosotros buscamos otros modos para «entrar» en la libertad del otro –ya sea el hijo, el marido o la mujer– es por falta de certeza. Precisamente por la certeza de la victoria, que deriva de su relación con el Padre, Jesús puede estar frente a nuestra libertad sin odiarla, llamando una y otra vez a nuestra puerta. Y llama, y llama, y llama otra vez. Y te abraza, y te perdona, y te acoge, y te mira de nuevo. Esperando, mendigando. Sin verse chantajeado por tus caprichos y sin ceder a la posibilidad de odiar tu libertad. ¿A quién no le gustaría, en caso de que abandonara el camino, encontrar una presencia como esta en su vida? Esto es lo que nos ha sucedido, estamos aquí justamente por el encuentro con esta Presencia que nos perdona, que nos mira de nuevo. Quien la acoge, en la medida en que la acoge, empieza a amar la libertad de los hijos, empieza a amar su propia libertad. Y justamente por la certeza que Jesús ha introducido en nuestra vida podemos amar nuestra libertad y la de los demás, aunque vayamos a trompicones.

Por ello, la cuestión fundamental es cómo podemos estar cada vez más seguros de la resurrección de Cristo para no asustarnos ante la primera dificultad, pues todo ha sido vencido ya. ¡Nosotros somos hijos de Uno que ha resucitado! Y por tanto, la victoria –es decir, nuestra salvación– ya se ha producido. Cuánto tiempo será necesario para que esta victoria se extienda y sea acogida por hombres libres, libremente, es algo que está en las manos de Otro al que debemos abandonarnos, del mismo modo que Jesús se abandona al designio de Otro hasta el último instante: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»<sup>181</sup>. Para nosotros, la alternativa no es distinta de aquella con la que tuvo que medirse Jesús. Si nosotros no tenemos la certeza que tiene Jesús de su relación con el Padre nos enfadamos, sacamos la espada como hizo Pedro y desencadena la violencia de diversas formas. Pero Jesús detiene nuestra mano, como hizo con Pedro: «Envaina la espada: que todos los que empuñan espada, a espada morirán. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles»<sup>182</sup>. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», y se abandona confiado en el designio de su Padre.

---

<sup>181</sup> Lc 23,34.

<sup>182</sup> Mt 26,52-53.

**Prosperi.** «Has dicho que debemos abrirnos a nosotros mismos, mirar con simpatía la humanidad que hay en nosotros, tomar en serio lo que experimentamos, y que este trabajo es crucial. Pero, ¿quiere esto decir que todo lo que hay en mí está bien? ¿Qué quiere decir mirar la experiencia «con mirada clara», como dice don Giussani? Cuando sale a flote toda mi humanidad me entra un miedo tremendo, casi un terror a mirarla, a acogerla, a dejar entrar otra cosa, como si existiese el riesgo de romper un equilibrio sutil que he construido. ¿Cómo es posible secundar con sencillez este movimiento de mi humanidad sin verme superado por él?».

**Carrón.** Una de las consecuencias más espectaculares de mi encuentro con el movimiento fue descubrir que podía amar mi humanidad, como creo que le habrá sucedido a todos los que, entre vosotros, hayáis sido objeto de un amor. Hemos conocido personas que no se escandalizaban de nuestra humanidad y que nos abrazaban tal como éramos. Pero en un momento dado puede introducirse una medida: si vamos más allá de ciertos límites, se hartan de nosotros, igual que nosotros nos hartamos de nosotros mismos. Solo Cristo mira nuestra humanidad con una simpatía irreductible. Por eso hemos reconocido y reconocemos su presencia. Y lo único que puede hacer que miremos con simpatía nuestra humanidad es la relación con Su presencia. Hasta que no me encontré con don Giussani, nunca había escuchado a nadie decir: ¡qué humana es mi humanidad!<sup>183</sup> Desde entonces, ya no he podido mirar mi humanidad sin este amor. No es un problema de esfuerzo: ¡es un problema de amor a mi humanidad! Porque estamos bien hechos. Para tener simpatía por nuestra humanidad es necesario mirarla en su originalidad, tal como Dios la ha hecho, ¡porque sigue siendo tal como ha sido querida por Dios, amigos! Ni siquiera el pecado original y el influjo de la sociedad pueden impedir que nuestra humanidad, cuando se topa con algo que le corresponde, pueda reconocerlo. A causa del pecado original, nuestra naturaleza está herida, pero no está destruida («La naturaleza humana no está totalmente corrompida»<sup>184</sup>, dice el Catecismo, pues «conserva el deseo del bien»<sup>185</sup>). De no ser así, no habría existido el cristianismo, y nosotros no estaríamos aquí hoy. El hecho de que estemos aquí testimonia justamente que nuestra estructura humana original no ha sido eliminada y que nuestra humanidad está bien hecha. Solo podremos amarla si aprendemos a mirarla de este modo. ¡Porque me

<sup>183</sup> Cf. L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 43.

<sup>184</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 405.

<sup>185</sup> *Ibidem*, n. 1707.

hace reconocerte, Cristo! Ningún error que haya cometido puede impedir a mi humanidad reconocer a Cristo cuando aparece ante mis ojos, nada puede impedir a mi humanidad vibrar de nuevo delante de Él cuando se hace presente, cuando me topo con ese fenómeno de humanidad distinta en el que Cristo se hace presente ahora. ¡Cuántas veces lo hemos sorprendido en nuestra vida! Entonces uno comprende la naturaleza y el valor de su humanidad: está hecha para reconocer a Cristo, está hecha para ser llenada de Su presencia.

Cuando conocí a don Giussani y vi cómo miraba su humanidad, comprendí por qué mi humanidad era tan importante y empecé yo también a amarla. No es que desde entonces no haya caído nunca ni la haya reducido –¡al contrario!– pero no ha menguado un ápice mi estima por la humanidad que hay en mí. Hablando con la gente digo muchas veces: «Tienes que mirarte como te miro yo, porque si no es así, no te miras bien, te miras mal». No lo digo porque yo me crea mejor o más capaz sino sencillamente porque yo miro tal como he sido mirado. La clave es encontrar a alguien que nos mire bien, con la misma mirada con la que Jesús miró a Zaqueo. Lo cual no quiere decir tener licencia para justificar todo lo que hacemos. No, no, no, no se trata de esto. Es de estúpidos buscar justificaciones a lo que hacemos. Yo no quiero que nadie justifique nada de lo que hago (sobre todo mis errores). Yo quiero que alguien me mire por lo que me constituye originalmente, y pueda devolverme una mirada original sobre mi humanidad, como Jesús. Por eso Él entra en cualquier oscuridad, en casa de cualquier Zaqueo del mundo, con una simpatía última. Cristo no se bloquea por nuestras reducciones, Él sabe que detrás de Windows está el sistema operativo DOS, es decir, que detrás de la apariencia de las cosas, detrás de todos los errores de Zaqueo hay un corazón, hay una estructura humana que le espera y que puede reconocerle. Por eso, amigos, ¡nada de miedos! Ha aparecido sobre la faz de la tierra Alguien en cuya compañía yo puedo mirarlo todo, también aquello que me cuesta tomar en consideración. Todo, sin escandalizarme. Es el ejemplo que ofrecen algunas de vuestras cartas, que he recibido justamente en estos días, y que no leo por discreción: en cuanto uno percibe esta mirada sobre sí mismo, aunque sea uno entre veinte mil, empieza a mirar su humanidad con sinceridad, con positividad, incluso aquello que durante años no ha sido capaz de admitir. Para hablar a la humanidad de cada uno no hacen falta encuentros «personales» en un espacio privado. Don Giussani hablaba en público, delante de todos, pero cuando le escuchaba era como si se estuviese dirigiendo directamente a mí, y eso me liberaba. Lo que más sirve a nivel personal es lo que se dice



en público y que se dirige a todos, decía don Giussani<sup>186</sup>. El diálogo personal no es para hacer concesiones. Lo que tengo que decir, os lo digo a todos. Las personas se sienten liberadas gracias a esto. Lo que es verdad, lo que sirve para la vida, lo podemos decir delante de todos, de modo que podamos mirar juntos lo que nos sucede, ayudándonos a caminar.

**Prosperi.** «¿Cómo podemos saber que la tensión por ser leales con nosotros mismos no corre el riesgo de reducirse a un esfuerzo voluntarista? La respuesta a Cristo solo es posible por el entusiasmo de un abrazo recibido. Sin embargo, has añadido que no se trata de un automatismo. ¿Cómo superar el miedo a resistirnos? ¿Cómo es posible abandonarse verdaderamente a la iniciativa de Otro?».

**Carrón.** Para comprender estas cosas basta sencillamente con ver cómo nacen. Cuando nacen desde dentro de la experiencia no son un esfuerzo voluntarista: cuando se produce un encuentro decisivo soy yo el que no quiere perder esa mirada que me ha alcanzado. Observad vuestra experiencia: cuando os enamoráis, no vais –qué sé yo– al cine con ella o con él por el esfuerzo voluntarista. O cuando un hincha va al partido de su equipo –no digo cuál para que no se monte el pollo–, ¿lo hace acaso por un esfuerzo voluntarista? Si alguien le dijera: «Pero, ¿para qué vas al estadio, si llueve, hace frío y retransmiten el partido?», este respondería: «¡Pero no seas estúpido! ¡No es lo mismo!». Es una tensión que nace desde dentro, no es voluntarismo: ¡el hincha no puede perderse el partido en vivo! Y no es que no suponga dificultades. Tiene que afrontar muchas más dificultades que las que tendría si se quedara en el sillón de su casa viéndolo por televisión. No nos confundamos: el hecho de que uno se implique completamente, libremente, no equivale a un esfuerzo voluntarista, porque entonces la alternativa sería no hacer nada. ¡No, no! Quien no hace nada es porque no le apasiona nada, porque no ama nada. Esta es la cuestión. Cuanto más ama uno algo, tanto menos voluntarismo hay en sus gestos. Cuando falta este amor, los gestos que hacemos se

<sup>186</sup> «Recordad que si lo que dice quien guía cuando habla a todos no os toca, no os alcanza personalmente, como si se tratase de una interlocución personal, significa que lo que dice no es verdadero. Aunque estés con él en su estudio, que rebosa de amistad, ternura y sentimiento, se trata de una mentira. La dirección espiritual puede ser una “ayuda”, cuando sea necesaria, pero no puede sustituir al hecho de que quien guía teniendo como interlocutor a la persona, no al grupo, demuestra que tiene autoridad justamente cuando habla a todos, no cuando habla al individuo. Al individuo le hablará, eventualmente, para suplir la incapacidad que este tiene para aplicar las cosas que se dicen a todos; le ayudará en este sentido. [...] Pero –acordaos de esto– la interlocución personal que hay que privilegiar es la que se produce en público, dirigida a todos» (L. Giussani, *De la utopía a la presencia. 1975-1978*, op. cit., p. 342).

quedan fuera de nosotros, como si fueran algo añadido: lo hago porque no puedo hacer otra cosa, lo hago porque si no, no me darían dinero a final de mes, o porque tengo que pagar un peaje para que me acojan. Pero esto sucede por falta de amor. Por el contrario, cuando uno ve nacer el amor, cuando uno se siente abrazado, todo se vuelve facilísimo; se resiste un tiempo, pero en un momento dado se rinde, y entonces –como el Innominado– llora de forma incontenible. Ceder, no resistirse, es abandonarse a un amor, como el niño que, en un momento dado, se rinde entre vuestros brazos. El problema es cuánto tiempo necesitamos para rendirnos. Cuesta más –lo digo siempre– resistirse que ceder. Pero es la lucha que cada uno debe llevar a cabo; Dios no quiere responder de forma anticipada. Espera, espera, espera, como un mendigo, a las puertas de nuestro yo.

**Prosperi.** «Que la pobreza es una bienaventuranza ha sido un descubrimiento vertiginoso. ¿Por qué en nuestra experiencia percibimos la pobreza como una vulnerabilidad que no es deseable, y no como una confirmación del camino realizado?».

**Carrón.** Nosotros miramos esta vulnerabilidad sin una verdadera atención a la experiencia. Nuestro ideal, el *desideratum*, es no ser vulnerables, porque –casi sin darnos cuenta– concebimos la salvación como no tener más sed, como una abolición del deseo. Pero, ¿qué salvación sería aquella que nos privase de nuestro deseo? No podríamos llamarlo salvación. Por eso la exaltación del deseo, de nuestra humanidad, es justamente el signo evidente de la verdad de Cristo. Cuando el cristianismo desaparece como hecho relevante en la historia, se vuelve a tener miedo del deseo, como sucedía antes del cristianismo. En un escrito de 2016, publicado nuevamente en *Avvenire*, el filósofo y ensayista Tzvetan Todorov, recientemente fallecido, afirma significativamente a propósito de la Ilustración: «En la Ilustración existe una ausencia de medida que lleva a que el peligro de la *hybris* esté siempre al acecho. [...] Con respecto a las Luces, lamento no haber sido suficientemente vigilante y, dentro de la alegría de compartir muchas de sus ideas, no haber estado alerta acerca de su desmesura»<sup>187</sup>. Parece casi una invitación a reducir la «desmesura» del deseo. El deseo humano es desmesurado, y como tal, es algo peligroso para la vida del hombre, una *hybris*: es necesario redimensionarlo, tenerlo bajo control. Es decir, al no encontrar una respuesta adecuada a la infinitud del deseo, la única alternativa para no quedar desilusionados es reducir su alcance. Solo

<sup>187</sup> T. Todorov, «Todorov e le ombre dei Lumi», *Avvenire*, 7 marzo 2017, pp. 1,24.

el infinito hecho carne, solo Cristo, es capaz de salvar el deseo según toda su amplitud, justamente porque es capaz de corresponder a él. Que Cristo despierte e impulse constantemente nuestro deseo es, por tanto, el signo claro de Su verdad. En cambio, nosotros pensamos: «Pero, ¿cómo es posible que después de haber encontrado a Cristo tenga todavía estos deseos?». ¡Menos mal que todavía los tienes, porque justamente esto demuestra que Cristo es la respuesta a nuestra humanidad! Solo aquello que responde, lo divino, puede mantener viva toda tu humanidad, toda tu pasión, toda tu nostalgia, todo tu deseo, toda tu pobreza original. Entonces la pobreza se vuelve algo deseable, se presenta ante nosotros como un descubrimiento vertiginoso. ¿O acaso tú preferirías, como os digo siempre, no tener nostalgia de la persona a la que amas? El día que tú perdieces la nostalgia de él o de ella, ¡sería el fin! El síntoma más inexorable de que la cosa está acabada es justamente el hecho de que, en un momento dado, has dejado de echarle de menos, a él o a ella.

Cristo es el único que hace posible que se despierte continuamente el deseo: este es el signo más evidente de Su diferencia y de Su verdad. Él es el único capaz de salvar el deseo humano sin reducirlo. Todos los demás, las demás posiciones, en el fondo –y en esto se muestra que son insuficientes– tienen que censurar algo, una parte de la experiencia humana: de alguna manera, se censura aquello a lo que no se sabe responder; como el deseo es demasiado grande, se trata de reducirlo, si es que se puede. Pero, ¿quién consigue reducirlo como querría? ¡Haced la prueba! Cuando lo hayáis intentado todo, sabed que existe una alternativa: se llama Jesús, el único capaz de hacer que permanezca despierto el deseo sin tener que censurar nada.

**Prosperi.** Esto último que has dicho toca el tema que ha suscitado la mayoría las preguntas. Cristo hace crecer el deseo, no lo reduce; nosotros sentimos que aumentan nuestros deseos y esto es signo de una actitud de pobreza. Al mismo tiempo, ayer hablabas de que «pobreza» significa poseer las cosas de un modo distinto. ¿Cómo pueden darse estas dos cosas a la vez? Es decir, ¿de qué manera conviven la pobreza como desprendimiento último de las cosas, que me hace no estar apegado en última instancia a nada, y por otro lado el deseo? Las cosas que más amo, como has dicho antes, quiero poder desearlas más. Esto es verdad para los afectos y también para nuestros proyectos: ¿por qué sería equivocado hacer proyectos en la vida? Leo dos preguntas que ejemplifican el problema.

«Si abandonamos todo para seguir a Jesús, ¿qué pasa con los deseos y las expectativas particulares que cada día tratamos de realizar en la familia

o en el trabajo? ¿Cómo puedo desprenderme de los proyectos que, por otro lado, tengo que tratar de perseguir?».

«¿Qué vínculo existe entre la pobreza y el trabajo? Para mí el desprendimiento es como si disminuyera aquello que las circunstancias me piden, me imagino el desprendimiento casi como algo negativo».

**Carrón.** Esa pregunta ha surgido con mucha fuerza también en los Ejercicios del CLU. Fue la primera de la asamblea: «Si en el fondo mi deseo es mucho más grande de lo que yo imagino, si mi deseo solo encuentra paz en tí, Cristo, entonces, ¿para que valen las demás cosas? ¿Por qué debo perder el tiempo detrás de los deseos cotidianos y particulares que veo en mí?». Me bastó con hacer una pregunta a la chica que la había planteado para que todo se diera la vuelta: «¿Te has enamorado alguna vez?». «Sí». «Y cuando te has enamorado, ¿qué valor tenían las otras cosas? Las cosas concretas y el resto de tu vida, ¿ha quedado en suspenso?». «No». «Entonces, ¿qué hacemos con esto? ¿Qué experiencia haces cuando te enamoras? Las otras cosas, ¿pierden su valor o se ven exaltadas?». «Vuelven a florecer»<sup>188</sup>.

¿Lo veis? Amar a Cristo, amar una presencia excepcional, es decir, que corresponde por fin al deseo, no hace desaparecer el deseo ni el valor de los proyectos o de la realidad. Muy al contrario, lo exalta todo. Cuanto más entra Cristo en la vida, tanto más interesante se vuelve todo. «En la experiencia de un gran amor», nos ha dicho siempre don Giussani, haciendo suyas las palabras de Guardini, «todo lo que sucede se convierte en acontecimiento dentro de su ámbito»<sup>189</sup>. Incluso las cosas más banales adquieren un alcance único. Amar a Cristo no implica negar nada. En cambio, justamente porque Cristo llena mi corazón de una forma absolutamente arrolladora, con una sobreabundancia tal que no consigo explicarme cómo puede ser posible, me sorprendo libre de todos mis proyectos. Meto las manos en la masa como no lo había hecho antes, pongo en juego toda mi persona, llevo a cabo proyectos poniendo un juego toda mi inteligencia, mi afecto, mi deseo, mi intuición, pero soy libre, porque no dependo de lo que hago para estar contento. Esto se ve muy bien en el trabajo: en

<sup>188</sup> J. Carrón, *A te si volge tutto il mio desiderio*, Editrice Nuovo Mondo, Milán, enero 2017, pp. 36-37.

<sup>189</sup> «Como decía Romano Guardini en esa hermosísima frase que tantas veces he citado (es la más bella que haya oído en este sentido y la más sintética): “En la experiencia de un gran amor, todo lo que sucede se convierte en acontecimiento dentro de su ámbito”. Y eso que hace que en su ámbito todo se convierta en acontecimiento (es decir, está determinado por ello) es la fe. [...] Y la fe es reconocer esa Presencia: Cristo es el contenido de la fe» (L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 353-354).

el mundo pagano el trabajo era algo que carecía completamente de valor; de hecho, estaba reservado a los esclavos. Aquel que podía permitírselo, no trabajaba. El trabajo tenía una connotación completamente negativa. ¿Quién ha introducido una mirada nueva sobre el trabajo? Cristo. Cuando dijo que el trabajo es participación en la obra de Dios. No puede haber una valorización mayor que esta. Por eso dice Giussani que quien no vive la pobreza no ama su propio trabajo. Es más, en el designio de Dios el trabajo es el instrumento para «obligar» al hombre a estar al servicio, en función de algo más grande que él. Don Giussani lo compara con el amor: Dios hace que te enamores para que puedas salir de tu egocentrismo. En el mismo sentido, Dios nos hace salir de la afirmación egocéntrica de nosotros mismos obligándonos a «trabajar para». Pero la tentación que se nos presenta es poseer nuestro propio trabajo. Por eso Cristo ha introducido la pobreza como un desprendimiento en el trabajo, como un desprendimiento en las relaciones o, si queréis, ha introducido una libertad. Bastaría con sorprender en acto qué es lo que sucede cuando Cristo entra en nuestra vida –por eso subrayamos términos como «dentro», «inmanente», «reconocerte dentro de mi experiencia»–: te hace implicarte con toda tu persona en lo que haces y al mismo tiempo te hace libre. Es lo máximo que uno pueda imaginar: implicarse, comprometerse hasta el final en algo, y al mismo tiempo permanecer libres, sin que esto signifique dejar de valorar lo que hay. Es fundamental. De hecho, ¿cuál es el problema? Nuestro apego equivocado al trabajo. Y esto se ve en que, cuando lo perdemos –como tenemos una imagen de lo que tenemos en nuestra mano, una imagen de nuestro papel– nos cuesta muchísimo aceptar otro tipo de trabajo, porque nuestra consistencia se hallaba en el puesto que ocupábamos, en el papel que teníamos, en el dinero que ganábamos, etc. En vez de dejar que Cristo nos libere de la jaula de estas imágenes, permitiéndonos volver a empezar desde donde se pueda, preferimos quedarnos en esa dificultad enorme. Lo ven con claridad aquellos que acompañan a las personas desde que pierden el trabajo hasta que encuentran otro; toda la dificultad que tienen que afrontar no depende de que no tengan las aptitudes necesarias para encontrar otro trabajo, sino de que tienen que cambiar de mentalidad: tienen que volverse pobres, separarse de la imagen que tienen, pues si no es así, no consiguen encontrar nada en esta situación de cambio de época. Pero el problema no es la época, sino estar apegados al trabajo de un cierto modo.

***Prosperi.*** La última serie de preguntas tiene que ver con la parte final de la lección de ayer por la tarde, es decir, la idea de la Fraternidad y los gestos.

«Con frecuencia me surge una pregunta sobre los gestos que hacemos juntos. ¿Qué es lo que proponemos? ¿Cómo lo proponemos? ¿Qué conciencia tenemos del motivo profundo por el que buscamos momentos de comunión? ¿Cómo puedo verificar si me sirven a mí y a los demás, es decir, si nos estamos ayudando en ese nivel tan correspondiente que has descrito al final de la lección de la tarde? ¿De dónde nace un gesto y qué es lo que hace que sea un gesto de conciencia?».

«Nos hemos adherido hace poco a la Fraternidad y no tenemos todavía un grupo. ¿Con qué criterio podemos elegir a los amigos del grupo de Fraternidad?».

«¿Cómo podemos ayudarnos a ser cada vez más una compañía en el grupo de Fraternidad?».

**Carrón.** Para que se dé precisamente esta ayuda que he subrayado no podemos dejar atrás nuestra humanidad mientras estamos en camino, como si el sentido religioso o el corazón fuese algo que sirve al principio pero después, una vez que uno ha tenido un encuentro, ya no sirviera.

La Fraternidad, como hemos dicho, tiene una finalidad muy sencilla: ayudarnos a caminar en la vida, y cada vez que estamos juntos podemos verificar si esto se produce, si los gestos nos sirven para caminar o no. Sabemos distinguir perfectamente cuándo rezamos Laudes de forma distraída y no sucede nada y cuándo, por el contrario, rezamos estando presentes en lo que decimos y sucede algo. El viernes por la noche, al principio de los Ejercicios, quise que cantásemos todos juntos, una vez que habíamos entrado. Fue un intento de educación en esta actitud de estar presentes en lo que sucede. De igual modo, el canto de esta mañana<sup>190</sup>, antes del Ángelus, tenía la finalidad de ayudarnos a volver a tomar conciencia de que somos como un cántaro vacío. Con mucha frecuencia, «entramos» en los gestos de forma mecánica, con prisa por que terminen, y pensamos: «Tenemos que hacerlo porque somos de CL, tenemos que hacerlo porque nos han enseñado a rezar el Ángelus» (¿recordáis el «peaje» del que hablaba don Giussani?), es decir, los llevamos a cabo como si no estuviésemos presentes, y por eso el Ángelus –al igual que cualquier otro gesto– no nos cambia. Pensad lo que pasaría si uno, en lugar de entrar en el salón de forma mecánica, se tomase medio minuto para decirse a sí mismo: «El dolor que experimento, la dificultad que tengo, el sacrificio que tengo que hacer, el día de perros que me espera...», y luego rezase el Ángelus con esa conciencia. Os desafío a verificar lo que sucedería.

<sup>190</sup> A. Mascagni, «Al mattino», *Cancionero*, op. cit., p. 352.

Lo mismo sucede con la Fraternidad. ¿Cuándo me doy cuenta de su valor? Cuando veo que me ayuda. La Fraternidad debería ser un lugar en donde cada uno pueda ser él mismo, en donde pueda plantear su dificultad, en donde se sienta ayudado por el simple hecho de participar en ella, hasta el punto de que vuelve a casa distinto. Si no fuera así, ¿qué sentido tendría para nosotros? Pero esto difícilmente sucederá si vamos allí distraídos, separados del fundamento humano, como decíamos ayer. Ese momento exige que no «apartemos» nuestra humanidad, que tengamos el deseo de que sea útil para nosotros y para el resto de amigos con los que estamos ahí. Un gesto como este que estamos viviendo juntos, por ejemplo, es un gran ejercicio de humanidad en la medida en que estamos presentes, nos implicamos, estamos de verdad, porque la salvación es imposible sin la libertad. Por eso empecé el viernes con ese precioso texto de Péguy. Dios quiere que colaboremos con nuestra salvación, pues de no ser así, nunca será nuestra. Por ello, si uno no se compromete y no verifica si las cosas que vive en la Fraternidad le ayudan, que luego no venga a preguntarme si está contento o no. Lo sabéis vosotros mismos. ¡No desaparece de repente el criterio para juzgar lo que hacemos cuando nos reunimos!

Queda todavía una pregunta. ¿Con qué criterio podemos elegir el grupo de Fraternidad? En el fondo, para nosotros –que hemos encontrado algo– elegir es un reconocimiento. No hemos decidido en un despacho qué es lo que correspondía a las exigencias de nuestro corazón, nos lo hemos encontrado y lo hemos reconocido. Ha sido una obediencia. ¿Cuál es, entonces, el criterio para elegir el grupo de Fraternidad? Reconocer cuáles son las personas que más te ayudan a realizar lo que quieres para tu vida, a seguir lo que te hace estar alegre. Si ciertos compañeros de camino te ayudan, tú mismo lo descubres. El Misterio no tiene que mandarte un ángel para que lo puedas entender, ni tienes que preguntármelo a mí. Es el Señor el que hace vibrar tu vida a través de estos amigos, haciendo que los experimentes como una ayuda para tu camino. Entonces es fácil: se trata de secundar aquello que el Misterio te hace experimentar, como nos sucedió cuando nos adherimos a la Fraternidad. El criterio que me hace estar aquí es el mismo para elegir el grupo de Fraternidad.

Buen trabajo a todos.

**Durante los Ejercicios de la Fraternidad en Ávila (España) predicados por Julián Carrón, el domingo 7 de mayo tuvo lugar una asamblea conclusiva, de la que proponemos tres preguntas y respuestas.**

*Has dicho que es necesario hacer un camino para descubrir como presencia vital nuestra propia humanidad y percibir el grito que nos constituye. Y también que lo primero que debemos hacer es abrirnos a nosotros mismos y mirarnos con simpatía. Yo tengo una dificultad para entender qué significa esa mirada de la que hablas. En realidad, también me cuesta entender cuando hablas de la experiencia genuina como punto de partida, invitándome a no quedarme en sensaciones parciales e ir al fondo de las verdaderas necesidades que puedo reconocer, por ejemplo, cuando vivo experiencias dolorosas, que efectivamente si despiertan esa exigencia de sentido que solo Cristo puede colmar. Quería entender bien todo esto.*

**Julián Carrón:** ¿Puedo hacerte una pregunta?

*Sí.*

Ya que estás aquí, quiero aprovechar para dialogar contigo. ¿Has tenido alguna vez en tu vida la experiencia de poder mirar algo que antes no podías mirar? Tienes que partir de tu experiencia. Porque a mí no me interesa responderos a las preguntas, os lo digo siempre, sino ayudaros a entender cómo podéis responderlas. ¿Recuerdas algún momento en que te hayas sorprendido mirando algo que antes no conseguías mirar?

*Sí.*

Ese es el punto de partida. ¿Y qué es lo que te ha permitido mirarlo? ¿Dónde has aprendido esa mirada? ¿Qué te ha permitido tener esta mirada sobre la que ahora me preguntas?

*En primer lugar, haber entendido que se pueden mirar las cosas de una forma diferente.*

Y esto, ¿dónde lo has escuchado? ¿En la universidad, haciendo yoga, en el cine...?

*No. Aquí, con vosotros.*

Es que la historia es así de concreta, amigos. Cuando estamos hablando de una historia particular, nos referimos a un lugar determinado. Tú has vivido aquí esa experiencia. ¿Por qué aquí? Si no hacéis este trabajo sobre las cosas que os suceden, no encontraréis respuesta a vuestras preguntas, porque todo se quedará en una abstracción. En tu opinión, ¿por qué aquí?

*Porque vosotros miráis así.*

¿Y nosotros, por qué nosotros? ¿Qué tenemos nosotros que no tengan los demás? Tú te habías encontrado con mucha gente en tu vida, ¿no?



Entonces, ¿por qué has hecho esta experiencia solo con nosotros? ¿Qué tenemos nosotros que sea diferente?

*Me da cosa decirlo, pero parece que tenéis más cerca a Cristo.*

¿Tenemos más cerca a Cristo o está aquí?

*Está aquí.*

Este es nuestro gran problema. Si no entendemos esto, no comprenderemos la naturaleza del cristianismo, y todo se convertirá en una gran abstracción. La samaritana había conocido a mucha gente en su vida, pero solo pudo mirar verdaderamente su sed delante de Él. La hemorroísa había buscado muchos médicos y ninguno la había curado. Pero esto no había bloqueado su búsqueda sino que seguía buscando. Y como no se podía conformar porque la vida urgía, porque le dolía, porque sabía que podía estar mejor, cuando escucha hablar de una persona real, concreta, histórica, que hace ciertas cosas, corre deseosa de tocar aunque solo sea la orla de su manto. ¿Quién le permitió estar delante de su enfermedad? ¿Tuvo que censurarla para entrar en relación con Cristo? No, fue justamente su enfermedad lo que le permitió relacionarse con Cristo, no dejarla aparcada en el trastero de la vida. Y como no podía dejarla aparcada porque el dolor lo tenía dentro de sí, no podía levantarse por la mañana sin la urgencia de encontrar una respuesta a esa situación. ¿Qué distinta sería la vida si cada uno de nosotros experimentase ese dolor o esa enfermedad! El dolor le apremiaba desde dentro. Y esto es lo que le empujaba a buscar a Jesús. Pero pudo mirar hasta el fondo su enfermedad, no tuvo necesidad de reducir su propia humanidad porque se encontró frente a Su presencia. Solo fue posible una lealtad total consigo misma, con su verdadera necesidad, delante de una Presencia. Como nos sucede a nosotros. Cuando no tenemos la presencia de Cristo ante nuestros ojos, no somos capaces de mirar nuestro dolor.

Hace algunos años, Rosa Montero escribió un artículo en *El País* en el que, recordando un episodio de su vida pasada, dice: «Desear es siempre un lío». Por eso lo mejor es no considerar el propio deseo. Y añade: «Desear es siempre un lío, y más cuando además los deseos se cumplen». Luego cita a santa Teresa —¿cómo podríamos no citarla aquí, en Ávila?—: «Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por las no atendidas». ¿Por qué? Porque cuando uno recibe una respuesta y se da cuenta de que no es suficiente, empieza el lío. Si yo estoy esperando que alguien satisfaga un deseo mío, y este alguien llega, pero en realidad mi deseo no se resuelve, entonces el problema crece en lugar de disminuir. «Por eso, por esa enloquecedora falta de fiabilidad de los deseos con su infinita capacidad para herirnos de esta manera, es por lo que algunas religiones y filosofías

orientales preconizan su rechazo». En esta época estamos volviendo a ciertas religiones que, para evitar el sufrimiento, invitan a no mirar lo humano. Muerto el perro, se acabó la rabia. Si no lo considero, no lo tengo. Como si dijéramos: «La hemorroísa no mira la enfermedad, y ya no la tiene». O bien: «No pienso en la sed y por eso ya no la tengo». No desear es igual a no sufrir. Si alguno está convencido de un razonamiento como este, que lo aplique. Podrá ver lo que sucede en su vida. Pero luego Rosa Montero se da cuenta de que «los occidentales pensamos que el deseo es el motor de la vida y que la paz que puedes alcanzar al prescindir de él se parece demasiado a la tranquilidad del cementerio». Entonces, ¿qué podemos hacer? «Tal vez el quid de la cuestión consista en desear dentro de nuestro horizonte». Ahí tenéis la solución: regular el deseo, como la calefacción. «Desear lo que podemos razonablemente obtener, lo que podemos abarcar. En el fondo, aprender a desear lo que uno tiene»<sup>191</sup>. En un instante, el hombre, la naturaleza original del hombre, queda eliminada. Ya no existe el yo. El yo, con su exigencia original, ha quedado barrido.

No estamos haciendo Ejercicios espirituales para poner los ojos en blanco y la cara ñoña, estamos dialogando con el pensamiento moderno en toda su profundidad y en toda su densidad. No nos aislamos para defendernos de la realidad. No, no venimos a defendernos de la realidad, venimos a mirarla a la cara. Cada uno tiene que decidir. ¿Qué es lo que nos permite mirarla a la cara? Y entonces quizá empecemos a entender el título de los Ejercicios. La alegría es posible porque Cristo existe. Porque Él es el único que salva el deseo, el único que tuvo la audacia de mirar el deseo de la samaritana, el único que nos permite mirar nuestro deseo. Si no, volvemos al paganismo anterior a Cristo: el deseo es una *hybris*, algo muy peligroso; conformémonos con un poco menos.

Hay una escena de un film de Ingmar Bergman, *Fanny y Alexander*, que siempre me ha llamado la atención. Al final de la película se celebra una comida, y dice uno de los protagonistas: «Nosotros, los Ekdhal [es el nombre de la familia] [...] no hemos venido al mundo a escrutarlo a fondo [...]. Viviremos de forma pequeña... en nuestro pequeño mundo. Y nos conformaremos con ello». Lo mejor sería conformarse. La vida estaría hecha para esto: estar contentos cuando somos felices, cuando conseguimos serlo, y ser amables, generosos, tiernos, buenos. ¿Y en qué consistiría la felicidad? «Gozar de nuestro pequeño mundo, de una buena comida, una buena cocina, dulces sonrisas, árboles frutales en flor y melodiosos val-

<sup>191</sup> R. Montero, «La piscina que no fue y otros deseos», *El País*, 18 abril 2010.

ses»<sup>192</sup>. Esta es la propuesta, exactamente como la del paganismo antes de Cristo. Cuando Cristo desaparece del horizonte, cuando ya no lo vemos, no nos queda más que adecuarnos, conformarnos con vales melodiosos, con frutales en flor y con una buena comida. Mirad si esto responde a la necesidad que tenéis. Este es el punto en el que nos encontramos. El desafío no es de otra naturaleza, no os confundáis, no estamos aquí para discutir sobre cosas accesorias, estamos tratando de descubrir qué es la vida y qué responde a ella. Entonces, mirarla, que yo la pueda mirar, es ya el primer signo de Su presencia.

Si tú te das cuenta, llena de sorpresa, de que, en medio de la cultura que nos rodea (de la que estamos imbuidos también nosotros y que nos repite: «Es mejor que no me preguntes porque yo no estoy preparada para considerar tus preguntas; censurémoslas, distraigámonos con las cosas, así podremos capear mejor el asunto»), existe un lugar en el que se puede mirar todo lo humano que hay en nosotros, preguntate por qué.

*Me ha ayudado y me ha llamado mucho la atención el segundo punto de la primera lección, cuando has hablado del perdón, porque muchas veces en mi vida me he visto dominado por la experiencia del perdón, como el Innominado. Pero también me he visto reflejado en el Mañara, que se ha encontrado con Jerónima, como yo me he encontrado con el movimiento, y tengo a las espaldas veinte años de relación, pero veo que en mi vida hay cosas que he hecho mal y que han dejado huella; lo ves, ves que tu mal ha podido truncar una vida. Y en ese instante te sientes imperdonable, te vuelves a sentir imperdonable, te odias. Has dicho que el problema es que no cedemos. Yo creo que es porque todavía estamos llenos de nosotros mismos. En la confesión cedes, siempre te abandonas, no es un gesto mecánico, es un abandono total. Yo entiendo que es una revolución vivir así. Es la mayor liberación. ¿Qué permite ceder a este nivel? Porque aquí yo veo que nos jugamos mucho, yo me juego mucho.*

¿Entendéis por qué dice Péguy que Dios quiere que la salvación sea nuestra? Es normal que uno, si se da cuenta de verdad del propio mal, cuanto más consciente es de él, más se da cuenta de hasta qué punto es imperdonable, de que no lo puede eliminar. No lo puedo borrar de la pizarra. Vuelve. Por eso la culpa siempre ha sido una experiencia humanísima, porque basta que uno quiera a otro para que sienta todo el dolor por el mal que ha hecho a la persona que quiere, no a la que no quiere. En cuántas ocasiones las personas que hacen mal, por ejemplo en un atentado terrorista, lo llevan siempre consigo. Y ni siquiera el haber cumplido toda la

<sup>192</sup> *Fanny y Alexander* (*Fanny och Alexander*, SV-FR-RFT 1982), dirigida por Ingmar Bergman.

condena que le ha impuesto el juez consigue sanar la herida que ha dejado el mal. Ciertas cosas que hacen los hombres no desaparecen con el tiempo; más aún, cuanto más pasa el tiempo más se da cuenta uno del mal que ha cometido, de las heridas que ha causado y que no puede remediar, porque no puede resucitar a las personas que ha matado, no puede devolvérselas a aquellos que sufren y le odian por habérselas quitado. Por eso estamos ahora delante de una cuestión crucial, y si no logramos resolverla no hay posibilidad de paz. Por eso entiendo la revolución que ha introducido Jesús en la vida. No se trata de una abstracción, de un análisis psicológico, de una teoría, sino de una historia particular, de una presencia humana, concreta, que te dice: «Tus pecados están perdonados». ¿Entendéis la estela de alegría que recorre cada página del Evangelio? Nunca hemos visto una cosa igual. Está tan absolutamente más allá de la imaginación que casi nos produce escándalo. Siempre me viene a la cabeza una persona que sufrió las consecuencias de un acto terrorista, que recibió siete disparos en el cuerpo, y cuando oía a algunos amigos nuestros en Italia hablar de misericordia se le revolvían las tripas: «Pero, ¿cómo? ¿Qué estáis diciendo?». Pero lo que decían no sanaba su herida. ¿Qué es lo que le permitió poder mirar la herida y liberarse de aquel mecanismo infernal en el que estaba atrapada, en ese engranaje del que no conseguía salir porque cuanto más vivía, más le volvían a la mente las escenas de lo sucedido? Decía: «Yo no podía despertarme por la mañana sin que me vinieran a la cabeza las escenas de horror que había vivido, que habían vivido otros y que me habían contado, sin recordar las caras de sufrimiento de la gente». Y en un momento dado, después de una convivencia con algunos amigos nuestros, empezó a abrirse a otra perspectiva: «Desde que os he conocido, lo primero que aparece delante de mis ojos cuando me despierto por la mañana son vuestros rostros contentos». No hay otro modo de sanar la herida: una historia particular, rostros de personas contentas, que la liberan del engranaje en que está atrapada y finalmente puede salir de él, puede liberarse de las cadenas que la tienen atrapada. ¿Qué es lo que permite esta liberación? Una gracia, como decía ayer, la chispa que nos devuelve un instante de pobreza de espíritu. Pero esto, como vemos en el *Miguel Mañara*, no se resuelve de una vez para siempre. En la mayoría de los casos no sucede así. Y por eso Miguel Mañara vuelve al abad, después de que le hubiera confesado y absuelto, a darle la murga con sus pecados, como nosotros con los nuestros. ¿Y qué le dice el abad? Le repite el juicio que le ha dado la Iglesia el día que se confesó: «Tus pecados están perdonados, todo esto no ha existido nunca». La Iglesia no está usando un lenguaje vacío, no son simplemente palabras, está dando un juicio: todo está perdonado. Pero hace falta que este juicio

entre en las entrañas del yo, y esto es una lucha, la lucha que sostiene Mañana por aceptar, por acoger, por abrazar, por ceder a este juicio. Este es el trabajo que uno necesita hacer. Cada uno de nosotros sabe que ha sido perdonado pero necesita volver a escuchar el anuncio de ese perdón, debe volver a reconocerlo presente, debe tenerlo de nuevo delante de los ojos, debe desafiar continuamente su dolor con esta buena noticia: «¡El hecho es que piensas en cosas que ya no existen (y que nunca han existido, hijo mío [¡Tus pecados están perdonados!]). Todo esto no ha existido nunca»<sup>193</sup>. Es necesario desafiar una y otra vez cualquier remordimiento con esta verdad, que es la verdad de nosotros mismos, y a la que todavía nos resistimos a ceder. Es como si uno dijera: «Dudo de la belleza de estas montañas». Y las montañas pensarán: «¿Y a mí qué me importan tus dudas? Tus dudas no cambian la realidad de la belleza que nos constituye». Nosotros hemos pensado, como modernos que somos, que somos nosotros los que decidimos con nuestro pensamiento qué es la realidad, y que es real porque nosotros lo pensamos así. No, la realidad es real si es real. Si no es real, aunque tú la pienses así, no es real, porque no eres tú el que la haces ser real. «Tus pecados están perdonados». El problema será el tiempo que necesites tú para convertirte a lo que es real (en este caso, que tus pecados ya no existen), a dejar entrar a Cristo en tu vida. Porque la mirada que define la vida con verdad es la que ha introducido Jesús; pero yo tengo que acogerla. No puede suceder sin mi libertad. Esa mirada no puede ser mía sin mí. Dios, que nos ha creado sin nosotros, no nos puede salvar sin nosotros. Esta es la libertad necesaria para que la salvación sea nuestra. Y por eso os pregunto a menudo cómo podéis vivir sin leer el pasaje en el que don Giussani habla del «sí de Pedro»<sup>194</sup>. Hay que leerlo justamente para responder a lo que tú preguntas. Yo necesito volver a leerlo para poder mirarme nuevamente como Jesús miraba a Pedro, tengo que volver a leerlo para poder mirarme realmente, es decir, para poder mirarme a mí mismo como Él me ha mirado y como me mira ahora. Porque si no dejamos entrar su presencia, no hay nada que hacer. Cuando estéis tristes volved a leerlo para reconocer Su presencia, porque si no reconocemos Su presencia no hay nada que hacer. Cuando estéis desconsolados, cuando percibáis que sois imperdonables debéis volver a leer el «sí de Pedro» como mendigos, agradeciéndolo: «Menos mal que estoy triste, disgustado y me siento imperdonable, porque si no, no lo habría leído, no sentiría la urgencia, pensaría que ya lo sabía». Yo

<sup>193</sup> Cf. O. Milosz, *Miguel Mañana*, Encuentro, Madrid 1991; citado en L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 85.

<sup>194</sup> L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 80ss.

vuelvo a leerlo para volver a sentir la gratitud con la que Él me perdona. Él nos perdona y nos da todo el tiempo necesario para acogerlo, para que podamos ceder a Su perdón, a Su abrazo.

*La presencia de Cristo que describes, ¿qué es?, ¿cómo es? ¿Tiene que ver con la carne, con la contingencia, con la historia, con los hombres, o Cristo está, pero no se ve ni se toca? ¿Coincide con la carne, con el otro, o está como un añadido, a pesar de esa carne? Para explicarme mejor, en la canción de ayer, “Andare”, Chieffo está hablando de don Giussani, del hombre Luigi Giussani. «Tus ojos veían todo y hablaban al corazón, tus palabras llevaban el fuego y las ganas de ir, de ir»<sup>195</sup>. Y resulta evidente también la carnalidad de Su presencia cuando hablas de los primeros que siguieron a Jesús, de Juan, de Andrés o de Pedro. Sin embargo, cuando hablas de Su presencia hoy, ¿cómo se concreta en una carne con nombre y apellidos? Me gustaría que lo concretaras más en nuestra experiencia, en nuestra historia, para ayudarnos a identificarla, cada uno y todos juntos, como compañía.*

¿Cómo habrían respondido Juan y Andrés a tu pregunta sobre si tiene que ver con la carne?

*Que coincide con la carne.*

Coincide con la carne. Como dice don Giussani, «solo podemos reconocer la presencia del Verbo hecho carne en una carne; si el Verbo se ha hecho carne, es *en una carne* igualmente donde nos lo encontramos»<sup>196</sup>, en una realidad humana. Pero no en una realidad humana cualquiera sino en una realidad humana investida y transformada por Cristo. Él se hace presente en la historia a través de aquellos a los que elige y que le reconocen, le acogen –he aquí de nuevo la libertad– y son cambiados por Él. Basta con pensar en lo que nos ha sucedido a cada uno de nosotros. ¿Cómo es que estamos aquí? Estamos aquí porque nos hemos topado con una humanidad distinta, con una forma de vivir, de estar juntos, de afrontar los problemas, de mirar nuestra necesidad y la de los demás, que nunca habíamos visto antes. Nos hemos encontrado delante de rasgos tan humanos que nos hemos quedado cautivados y no hemos podido evitar preguntarnos qué originaba esa diferencia evidente de vida. En definitiva, no ha sido una realidad humana por sí misma la que nos ha atraído sino una humanidad plasmada por Cristo, con un determinado acento, hecha de gente con nombres y apellidos, que se ha implicado para dar testimonio de un hombre concreto, como tú has recordado. Esto nos permite comprender una cosa decisiva:

<sup>195</sup> C. Chieffo, «Andare», en P. Scaglione, *La mia voce e le Tue parole*, op. cit., p. 272.

<sup>196</sup> L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., p. 140.

al igual que Cristo se ha hecho presente de forma persuasiva para nosotros a través del sí de don Giussani y de muchos otros que lo han seguido, así también Cristo se hace presente ahora a través de nuestro sí, de nuestro seguimiento vivido. Cristo no es una etiqueta que aplicamos a una forma cualquiera de estar juntos y de afrontar las circunstancias. Él da testimonio de sí mismo a través del cambio que provoca en la carne de nuestra vida si lo dejamos entrar. Y es fácil reconocerlo en acción, sus rasgos son inconfundibles. Así también, hay un modo de estar juntos –distráidos, desmemoriados, presuntuosos– que no Le da gloria.

El año pasado me llamó mucho la atención un hecho sobre el que después escribí un artículo<sup>197</sup>. Un inmigrante musulmán llega a Italia y acaba en un centro de acogida. Un voluntario que presta allí servicio gratuitamente le pregunta: «¿Qué quieres, carne o pescado?». Y él se echa a llorar. No es que fuera un sentimental. Entonces cuenta su historia. «¿Por qué lloras?», le pregunta; y él cuenta que ha estado dieciocho años trabajando para un jefe que le ha tratado siempre a bastonazos. Pero ahora, entre los «infiel», alguien le llama finalmente por su nombre y encima le pregunta qué prefiere comer. «Pero estos infieles, ¿irán al infierno?», se pregunta al final. Cuando contaba esto durante una conversación en Italia, dije: «¿Qué es lo que ha percibido ese hombre? Esto no habría podido suceder si el Verbo no se hubiese hecho carne». Y algunos me decían: «¡Por favor, no exageremos! Se debe a nuestra educación. Somos así porque hemos sido educados para acoger a la gente». No, no es una cuestión de «buena educación». Tiene que venir alguien de fuera porque nosotros no nos damos cuenta de lo que hemos recibido, que se ha convertido en parte de nuestra forma de mirar la realidad. Se trata de algo que no habría sucedido, que nosotros no tendríamos si Cristo no hubiese entrado en la historia. Pero incluso nosotros hemos perdido la conciencia de ello. De hecho, ¡la conversación que acabo de citar era con personas del movimiento!

Después de la primera lección de los Ejercicios en Italia me llega este mensaje a través de un amigo: «Si tienes ocasión, dale las gracias a Julián de mi parte. Si hubiera podido, le habría lavado los pies, como la Magdalena, con las lágrimas que he derramado. Ni siquiera en el primer encuentro vi con tanta evidencia la presencia de Cristo y el deseo tan enorme de Él como lo he visto hoy». Cuántas veces nos sorprendemos diciendo esto en el encuentro con alguien. Cristo no se hace presente «a pesar de» o «además de» sino que está «dentro» de una carne. Y cada uno tiene que ver

<sup>197</sup> Cf. J. Carrón, «La Navidad de los creyentes, gestos de humanidad que mueven el corazón», en *Huellas-Litterae communionis*, enero 2016.

dónde sucede para él, dónde lo descubre, dónde se le da, a través de qué mano se le da ahora. Porque si no, seremos como los discípulos después de la resurrección: todo lo que habían visto, incluso todas las veces que habían comido y bebido con Él, no bastaban para vencer su tristeza. Solo Su presencia presente puede vencerla. Por eso es tan decisiva esta cuestión. Y por eso, cuanto más pasa el tiempo, más nos interesa participar en esta historia. El interés por esta historia coincide con la experiencia de Su contemporaneidad. A veces, el último que llega, como el inmigrante que he citado antes, se da cuenta del valor de nuestra compañía más que nosotros mismos, que estamos dentro de ella. El último en llegar vuelve a traer a nuestra conciencia lo que se ha oscurecido ya en nosotros, y esto nos hace preguntarnos dónde está Cristo, si en la carne o en otro sitio. Entonces, el problema es si delante de mí, o cuando estoy en cualquier lugar con los amigos –allí y no fuera, no al lado, no después, sino en ese momento– sucede algo que me hace experimentar una tensión exasperada por decir Su nombre. Cada uno tiene que identificar dónde sucede, con quién sucede, dentro de qué carne Cristo me alcanza hoy.



# SANTA MISA

*Lecturas de la Santa Misa: Hch 2,14,22-33; Sal 15; 1P 1,17-21; Lc 24,13-35*

## HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI

Tenían un único deseo: alejarse de esa ciudad que había sido el escenario de su fracaso y de la muerte de Jesús. Tenían los ojos tristes porque se habían dado cuenta de que habían esperado en vano y de que ahora estaban vacíos, que ya no sabían qué otra cosa esperar. Durante muchos meses, de forma tenaz, ilusoria, habían cultivado la esperanza en un Jesús liberador, mundano y político, a pesar de que el mismo Jesús hubiese hecho siempre de todo por desmentir aquellas ideas sobre Él.

¡Eran realmente torpes y limitados de corazón!

Torpes, es decir, incapaces de comprender la realidad (el adjetivo utilizado no indica tanto una cualidad moral sino una incapacidad para conocer) y limitados de corazón, es decir, con un corazón incapaz de latir más velozmente, de apasionarse por algo distinto de la imagen que tenían en su mente.

No es de extrañar que no reconociesen a Jesús, que se acerca a ellos mientras huyen de una realidad que se ha vuelto insoportable. Pero, ¿Le habían conocido verdaderamente? En cualquier caso, ya Le habían metido y enjaulado en sus sueños mientras estaban con Él.

Y ahora Jesús se había reducido a un tema de discusión, quizá incluso de pelea entre ellos, en busca –por enésima vez– de alguien o algo a quien echar la culpa de su fracaso.

Y sin embargo, Cristo resucitado se acerca nuevamente a ellos, justamente a ellos.

Es Él quien toma la iniciativa, es Él quien vuelve a despertar en ellos el deseo de una compañía que sea sobre todo humana, quien les muestra que la realidad tiene todavía algo que decir a su cerrazón. Lo reconocen al partir el pan. En el gesto de la Eucaristía, pero también en la multiplicación de los panes. Es decir, cuando vuelve a suceder la experiencia de una plenitud inimaginable, de una entrega de Cristo sin límites, precisamente a ellos.

Esto vuelve a ponerles en camino. Vuelve a dar sentido a esa compañía de la que se habían alejado, a la cual ahora deseaban volver, en la que encontraban una confirmación de su experiencia del encuentro con Cristo.

Durante estos días, Cristo ha retomado la iniciativa también con nosotros, se ha puesto a nuestro lado, ha querido caminar con nosotros, nos ha ofrecido en el testimonio de Julián palabras capaces de encender nuevamente la exigencia y el deseo de nuestro corazón.

No nos da miedo la lucha si somos leales con lo que nos está sucediendo ahora. Cristo, *vir pugnator*, de nuevo, aquí y ahora, parte el pan para nosotros. Su acercamiento, su entrega en el pan partido, es la única certeza sólida por la que podemos estar verdaderamente alegres.

Alegres a pesar de todo, a pesar de nosotros mismos.

## MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos,

Uno no puede darse la alegría a sí mismo. Es una evidencia clarísima. Solo puede pedir la gracia de recibirla como don. Además, la alegría exige que este don responda a nuestro corazón y por tanto sea un don presente. Jesús es el don personal que sorprende la existencia de quien Lo acoge, alegrándola con una alegría inconmensurable. Nada, ni siquiera el dolor, las fragilidades y el pecado, son objeciones para que, con el paso de los años, crezca la alegría como dimensión creativa del corazón del que brota la vida verdadera.

Os deseo a cada uno de vosotros que podáis identificaros cada vez más con el rostro del Siervo de Dios Monseñor Luigi Giussani.

Con afecto, una especial bendición

*S.E.R. cardenal Angelo Scola*  
*Arzobispo de Milán*

Queridísimo don Julián Carrón,

Quiero hacerte llegar, a ti y a todos los amigos del movimiento, mi saludo y mi oración por el buen fruto de estos Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Estoy unido a vosotros en el camino del carisma que ha cambiado nuestra vida y nos ha hecho apasionarnos por el anuncio de Cristo muerto y resucitado en el mundo y en el servicio a la Iglesia.

El tema de estos Ejercicios: «*Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives*» nos propone el hecho dominante de nuestra vida, la fuente de la paz y de la alegría que, como nos recuerda el papa Francisco en la *Amoris Laetitia*, es una «dilatación de la amplitud del corazón» (AL, 126). Esto sucede hoy en la comunión con el carisma en el gran cuerpo de la Iglesia. De este modo, todo es distinto y más verdadero en las circunstancias en las que el Señor nos llama a vivir. Para mí incluso en la compleja situación en la que se contraponen falsamente la salud a un trabajo digno.

Lleno de confianza, pido para todo el movimiento el don del Espíritu y la disponibilidad para seguir el paso que tú nos indiques.

Invoco sobre todos vosotros la bendición del Señor y la protección de la Madre de Dios, y os saludo cordialmente.

*S.E.R. monseñor Filippo Santoro*  
*Arzobispo Metropolitano de Taranto*

Queridísimo Julián,

El título elegido para estos Ejercicios de la Fraternidad expresa la certeza que acompaña nuestra vida: *Mi corazón está alegre porque tú, oh Cristo, vives*. En estos tiempos llenos de desafíos para nuestra fe, ¡qué hermoso y pacificador es volver cada día a reconocer la Presencia que nos permite vivir y respirar en cada circunstancia!

Me uno a ti y a todo el pueblo generado por el carisma del Siervo de Dios don Giussani, y os acompaño con mi oración: que la Virgen despierte en cada uno de nosotros «esa alegre certeza» que solo Cristo hace posible y el Espíritu os haga testigos apasionados por los hombres, nuestros hermanos.

*S.E.R. monseñor Corrado Sanguineti*

*Obispo de Pavía*

## TELEGRAMAS ENVIADOS

*A Su Santidad el papa Francisco*

Santidad,

Hemos aprovechado el gesto más importante de nuestro movimiento, los Ejercicios de la Fraternidad de CL –en los que han participado veintidós mil personas en Rímíni y algunos miles más en conexión por vía satélite desde dieciséis países– para hacer cada vez más nuestro el contenido de la carta que nos ha enviado al término del Jubileo de la Misericordia. Al identificarnos con su reclamo a la pobreza, «necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él», hemos revivido la experiencia de los pobres del Evangelio –Mateo, Zaqueo, la Samaritana–, que reconocieron a Cristo como la única respuesta adecuada a la necesidad que les constituía.

En la memoria viva de don Giussani, hemos profundizado en la experiencia de pobreza que nos ha propuesto como algo generado por el atractivo de Jesús en nuestra vida (el amado gozo sobre el que toda virtud se funda): la esperanza segura de que Dios cumple el deseo del corazón nos hace estar alegres –esa alegría que brota de la Pascua, como nos ha recordado el cardenal Menichelli durante la celebración eucarística– y pobres, es decir, libres de la posesión de las cosas, porque, al haber encontrado a Cristo, ya no nos falta nada.

Hemos retomado también las palabras de su carta sobre la urgencia de «compartir con los necesitados», en la cual nos educamos constantemente a través de gestos concretos: al compartir la necesidad de ancianos, niños, enfermos y pobres, vemos lo ilimitada que es.

La *Evangelii gaudium* ha acompañado nuestras meditaciones, recordándonos que solo Cristo presente es «el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano» y que todos tienen derecho a recibirlo, sin excluir a nadie, como nos ha testimoniado en su reciente viaje a Egipto.

Agradecidos por su mensaje y su bendición, seguimos rezando por su ministerio universal. Treinta y cinco años después del reconocimiento pontificio, volvemos a confiar nuestras personas en sus manos: úsenos, Santidad, para extender ese abrazo positivo a todos y a todo que nace como consecuencia de haber sido poseídos enteramente por el amor de Cristo, «desbordante de paz».

*Julián Carrón, pbro.*

*A Su Santidad el papa emérito Benedicto XVI*

Santo Padre,

El contenido de los Ejercicios de la Fraternidad ha sido la carta que el papa Francisco nos ha enviado al término del Jubileo de la Misericordia, en la que nos había reclamado a vivir la pobreza como «necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él». Usted sigue siendo testigo de esta pobreza que nace únicamente de ser ricos en Cristo: nada falta a quien ha sido abrazado por la gran Presencia. Por intercesión de don Giussani, pedimos a la Virgen que llene de alegría sus días y a usted una bendición sobre toda nuestra Fraternidad en camino en este momento de la historia.

*Julián Carrón, pbro.*

*S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco  
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Querida Eminencia,

En los Ejercicios espirituales de la Fraternidad, que han reunido en Rímini a veintidós mil personas, hemos meditado el reclamo a la pobreza que nos hizo el papa Francisco en la carta que nos envió como conclusión del Jubileo de la Misericordia, es decir, el reclamo a lo esencial de la vida cristiana, a «lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él». Sentimos que también se dirige a nosotros la invitación del Papa a la Acción Católica: «Compartir la vida de la gente» para «mostrar que es posible vivir la alegría de la fe», testimoniándolo en las circunstancias cotidianas de la vida.

*Julián Carrón, pbro.*

*S.E.R. cardenal Kevin Josephy Farrell  
Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida*

Eminencia Reverendísima,

Veintidós mil miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación y otros miles conectados vía satélite desde dieciséis países del mundo, renuevan la disponibilidad a ser instrumentos de la misión de la Iglesia, en la fidelidad al carisma de don Giussani y el seguimiento al papa Francisco, que nos ha reclamado a vivir «lo esencial de la vida cristiana», es decir, la pobreza, «necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él», de Cristo presente que nos libera.

*Julián Carrón, pbro.*

*S.E.R. cardenal Angelo Scola  
Arzobispo de Milán*

Queridísimo Angelo,

En estos días el Señor nos ha sorprendido haciéndonos experimentar esa alegría de la que nos has hablado en tu mensaje. Meditando la carta que el Papa nos ha enviado, volvemos a nuestras casas más conscientes de que somos pobres, es decir, necesitados de Él, llenos solo de Cristo. Don Giussani sigue hablándonos a través del testimonio de su vida aferrada por Cristo, y por eso fecunda en nosotros, sus hijos, deseos de volver a vivir hoy su misma experiencia.

*Julián Carrón, pbro.*

*S.E.R. monseñor Filippo Santoro  
Arzobispo Metropolitano de Taranto*

Queridísimo Filippo,

Agradecidos por tu mensaje, volvemos a casa de estos Ejercicios espirituales más necesitados de Él y más disponibles a compartir la vida con todos, sobre todo con los necesitados, como nos ha pedido el papa Francisco, para testimoniar a Cristo presente, que alegra la vida en cualquier circunstancia.

*Julián Carrón, pbro.*

*S.E.R. monseñor Corrado Sanguineti  
Obispo de Pavía*

Queridísimo Corrado,

Te agradecemos tu mensaje y te aseguramos que «esa alegre certeza» de la que nos has hablado es un poco más real en nosotros por la experiencia de Cristo, que se ha inclinado de nuevo sobre nuestra necesidad ilimitada y nos ha hecho más pobres y más libres, porque más llenos de Él.

*Julián Carrón, pbro.*

## EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

*A cargo de Sandro Chierici*

*(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban la audición de piezas de música clásica a la entrada y a la salida)*

El patrimonio de los mosaicos bizantinos de Rávena se cuenta entre los más importantes testimonios iconográficos cristianos del primer medioevo (siglos V-VI). El recorrido parte de la Basílica de San Vital, con escenas del Antiguo Testamento, y prosigue con las cúpulas del Baptisterio de los Arrianos y del Neoniano, para seguir después con las escenas de la vida y de la pasión de Cristo en las paredes de San Apolinar nuevo, concluyendo con el ábside de San Apolinar in Classe y con el Mausoleo de Gala Placidia.

1. Basílica de San Vital, bóveda del coro, *El cordero místico*
2. Basílica de San Vital, bóveda del ábside, *Cristo señor del mundo*
3. Basílica de San Vital, luneta meridional, *El sacrificio de Abel y de Melquisedec*
4. Basílica de San Vital, luneta septentrional del presbiterio, *La hospitalidad de Abrahán*
5. Basílica de San Vital, luneta septentrional del presbiterio, *La hospitalidad de Abrahán, detalle, El sacrificio de Isaac*
6. Basílica de San Vital, luneta septentrional del presbiterio, *La hospitalidad de Abrahán, detalle, Los tres ángeles*
7. Basílica de San Vital, pared septentrional del presbiterio, *Moisés recibe la Ley*
8. Basílica de San Vital, pared meridional del presbiterio, *Moisés pastor en la tierra de Madián*
9. Baptisterio de los Arrianos, cúpula, *El bautismo de Jesús*
10. Baptisterio Neoniano, cúpula, *El bautismo de Jesús*
11. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *El milagro de las bodas de Caná*
12. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La multiplicación de los panes y los peces*
13. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La vocación de Pedro y Andrés*
14. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La curación de los ciegos de Jericó*
15. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La curación de la hemorroisa*



16. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *Jesús y la samaritana*
17. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *Jesús y la samaritana*, detalle
18. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La resurrección de Lázaro*
19. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La oración del publicano y del fariseo*
20. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *El óbolo de la viuda pobre*
21. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *Cristo juez separa las ovejas de las cabras*
22. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La curación del paralítico*
23. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La curación del paralítico*, detalle
24. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La curación de un joven con un espíritu inmundo*
25. San Apolinar nuevo, pared septentrional de la nave, *La curación del paralítico de Bethseda*
26. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *La última cena*
27. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Jesús en el huerto de los olivos*
28. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *El beso de Judas*
29. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Jesús llevado a juicio*
30. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Jesús delante del Sanedrín*
31. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *El anuncio de la negación de Pedro*
32. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *La negación de Pedro*
33. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Judas devuelve los treinta denarios*
34. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Jesús ante Pilato*
35. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *La subida al calvario*
36. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Las mujeres en el sepulcro*
37. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *Los discípulos de Emaús*
38. San Apolinar nuevo, pared meridional de la nave, *La incredulidad de Tomás*
39. San Apolinar in Classe, *La cruz absidal*
40. San Apolinar in Classe, *San Apolinar a los pies de la cruz*
41. Mausoleo de Gala Placidia, *La bóveda con la cruz en el cielo estrellado*
42. Mausoleo de Gala Placidia, luneta sobre la capilla, *El martirio de san Lorenzo*
43. Mausoleo de Gala Placidia, luneta sobre la entrada, *Jesús buen pastor*
44. Museo arzobispal, *Cristo guerrero*

## Índice

---

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO	3
<b><i>Viernes 28 abril, por la noche</i></b>	
INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO</i>	24
<b><i>Sábado 29 abril, por la mañana</i></b>	
PRIMERA MEDITACIÓN – « <i>Bienaventurados los pobres en el espíritu</i> »	25
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE S. E. R. CARDENAL EDOARDO MENICHELLI ARZOBISPO DE ANCONA-OSIMO</i>	49
<b><i>Sábado 29 abril, por la tarde</i></b>	
SEGUNDA MEDITACIÓN – « <i>Daré a conocer el poder de mi nombre por la alegría de sus rostros</i> »	53
<b><i>Domingo 30 abril, por la mañana</i></b>	
ASAMBLEA	79
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI</i>	103
MENSAJES RECIBIDOS	105
TELEGRAMAS ENVIADOS	107
EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA	110



